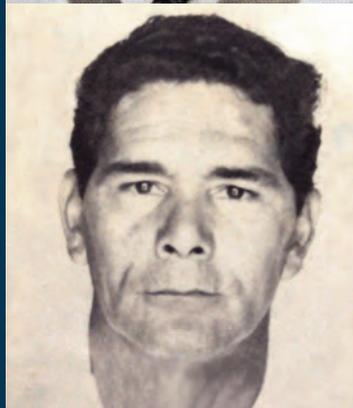


EL LEGADO DE LOS AUSENTES

LÍDERES Y PERSONAS IMPORTANTES EN
LA HISTORIA DE EL SALADO



REPARACIONES



Centro Nacional
de Memoria Histórica

EL LEGADO DE LOS AUSENTES

Líderes y personas importantes en
la historia de El Salado

EL LEGADO DE LOS AUSENTES
Líderes y personas importantes en la
historia de El Salado

Gonzalo Sánchez Gómez
Director General del Centro Nacional de
Memoria Histórica

Andrés Fernando Suárez
Relator de la investigación

Gloria González
Investigadora

CONSEJO DIRECTIVO
CENTRO NACIONAL DE MEMORIA
HISTÓRICA

Presidenta
Tatyana Orozco de la Cruz
Directora del Departamento para la
Prosperidad Social

Mariana Garcés Córdoba
Ministra de Cultura

Gina Parody d'Echeona
Ministra de Educación Nacional

Yesid Reyes Alvarado
Ministro de Justicia y del Derecho

Paula Gaviria Betancur
Directora de la Unidad para la Atención y
Reparación Integral a las Víctimas

Kelly Julieth Leal Castillo
Leonardo Favio Benítez Montes
Representantes de víctimas

CENTRO NACIONAL DE MEMORIA
HISTÓRICA

Gonzalo Sánchez Gómez
Director General

Andrés Fernando Suárez, María Emma
Wills Obregón, Patricia Linares Prieto,
Paula Andrea Ila, Doris Yolanda Ramos
Vega y César Augusto Rincón Vicentes
Asesores de Dirección

DIRECTORES TÉCNICOS

Camila Medina Arbeláez
Dirección para la Construcción de la
Memoria Histórica

Álvaro Villarraga Sarmiento
Dirección de Acuerdos de la Verdad

Ana Margoth Guerrero de Otero
Dirección de Archivo de los Derechos
Humanos

Martha Nubia Bello Albarracín
Dirección de Museo de la Memoria

Janeth Cecilia Camacho Márquez
Dirección Administrativa y Financiera

Adriana Correa Mazuera
Coordinación Equipo de
Comunicaciones

EL LEGADO DE LOS AUSENTES

Líderes y personas importantes en la historia de El Salado

ISBN: 978-958-59068-9-1

Primera edición: septiembre de 2015.

Número de páginas: 164

Formato: 15 x 23 cm

Coordinación editorial:

Tatiana Peláez Acevedo

Edición y corrección de estilo:

Martha J. Espejo Barrios

Diseño y diagramación:

Andrea Leal Villarreal

Mapas y gráficos:

Heidy Rocio González

Fotografía:

Portada: © álbum familiar.

Internas: © álbum familiar, Andrés Fernando Suárez, Jesús Abad Colorado y Comisión Colombiana de Juristas.

Reproducciones: Andrés Suárez

Impresión:

Imprenta Nacional de Colombia

© Centro Nacional de Memoria Histórica

Carrera 6 N° 35 – 29

PBX: (571) 796 5060

comunicaciones@centrodememoriahistorica.gov.co

www.centrodememoriahistorica.gov.co

Bogotá D.C. – Colombia

Impreso en Colombia. *Printed in Colombia*

Queda hecho el depósito legal.

Cómo citar:

Centro Nacional de Memoria Histórica. *El legado de los ausentes. Líderes y personas importantes en la historia de El Salado*. Bogotá, CNMH, 2015.

Este informe es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente y/o en cualquier caso, se disponga la autorización del Centro Nacional de Memoria Histórica como titular de los derechos morales y patrimoniales de esta publicación.

Suárez, Andrés Fernando

El legado de los ausentes : líderes y personas importantes en la historia de El Salado / autor fotógrafo Andrés Fernando Suárez, Gloria González.

-- Bogotá : Centro Nacional de Memoria Histórica, 2015.

164 páginas : mapas, fotos ; 23 cm.

ISBN 978-958-59068-9-1

1. Corregimientos - Bolívar (Colombia) - Historia 2. El Salado (Bolívar, Colombia) - Historia I. González, Gloria, autora II. Tít.

986.131 cd 21 ed.

A1502571

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Contenido

AGRADECIMIENTOS	9
INTRODUCCIÓN.....	11
PEDRO ELOY COHEN RIVERA.....	19
AGUSTÍN RAFAEL REDONDO PÉREZ	45
ÁLVARO PÉREZ PONCE	67
GUSTAVO REDONDO SUÁREZ.....	89
MARÍA DEL CARMEN CABRERA TORRES	101
LOS TABACALEROS.....	123
UNA HISTORIA POR CONTAR	147
CONCLUSIONES.....	153
REFERENCIAS.....	159
BIBLIOGRAFÍA	161

AGRADECIMIENTOS

El Centro Nacional de Memoria Histórica agradece a los habitantes de El Salado, desplazados y retornados, que participaron en los grupos focales convocados para conocer y reconocer a los líderes y personas importantes de su pueblo que perviven en su memoria individual y colectiva. También agradece a los familiares, vecinos y amigos que aportaron testimonios, anécdotas y fotografías de cada uno de los hombres y mujeres que conforman las biografías sociales de este libro.

Agradecemos en especial a los familiares que compartieron con nosotros las tristezas y las alegrías que llevan consigo el recuerdo de los ausentes. A Sofía Rico por compartir sus lágrimas de dolor con la evocación de Don Agustín Redondo, pero también su fuerza ejemplar para dignificar su memoria. A Edilma Cohen por su cálida acogida en aquella casa junto al mar en Puerto Colombia, por ese estilo narrativo que uno nunca quiere que acabe, por ese bien merecido reconocimiento como la poeta de los Montes de María como le decía el locutor de Radio Libertad. Muchas gracias por compartir con nosotros las fotografías de El Salado de los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado, por permitirnos conocer y compartir las poesías de Don Pedro Eloy, un patrimonio histórico y cultural para la comunidad de El Salado.

A Elvia Badel por su valor para enfrentarse a la tristeza y sacar coraje de su dolor para escribir de su puño y letra su historia y su reclamo por la reivindicación del buen nombre de Don Álvaro. A Inés Redondo por no desfallecer en la búsqueda de la foto de Don Gustavo, pero sobre todo por compartir con nosotros sus emociones cuando validó la biografía de su padre, nunca olvidaremos que

tus palabras siempre nos recuerdan que el poder de la memoria yace en que ésta nos permite conocer a quienes nunca veremos. A Ignacio por recibirnos en su casa de Cartagena y por su generosidad para compartirnos sus recuerdos de Doña María. A Socorro, quien pidió que respetáramos su silencio por el dolor que aún pervive por la muerte de su madre, pero que sabemos que siguió cada conversación con Ignacio y que solo intervino una única vez para aportarnos la frase que distingue a Doña María.

A Vicente Duarte por compartir sus historias en la lucha campesina de la ANUC, a Pedro Duarte por contarnos la historia de Don Alejandro y recordar su propia vivencia del desplazamiento forzado y el retorno, a Francisco Tapias por recibirnos en su casa y contarnos su versión de la historia de los tabacaleros de El Salado. Un reconocimiento especial a Carlos Armando Torres por narrarnos la historia del Parque 5 de Noviembre y compartir tantas historias de El Salado a pesar de haberse ido del pueblo hace más de treinta años.

A Lucho Torres, Samuel Humberto Torres y Alida Torres por el tiempo brindado y las historias compartidas con cada una de las personas, cuyas biografías sociales se reconstruyen en este libro. En especial a Lucho Torres, quien siempre habló con mucha generosidad de los demás y nunca reclamó para sí un reconocimiento. La suya es una historia de lucha y resistencia que como el retorno, deberá ser contada muchas veces. A las mujeres que con tanta insistencia me buscaron para que escuchara su testimonio sobre el recuerdo de María Cabrera. Sabemos lo importante que era para ustedes y nos alegra que no hayan desistido hasta lograrlo, esperamos que sus palabras hayan sido recogidas en este libro con la misma fuerza expresiva y emotiva con que nos fueron narradas.

También agradecemos a los miembros del Comité de Impulso del Plan de Reparación Colectiva de El Salado por su escucha atenta y su observación oportuna sin la cual el CNMH no hubiese podido implementar la medida de satisfacción.

INTRODUCCIÓN

El Salado es un corregimiento enclavado en la región de los Montes de María hacia el suroriente del municipio de El Carmen de Bolívar, en el departamento de Bolívar. Se llega allí desde Cartagena por la troncal de occidente, uno de los principales ejes viales de la economía exportadora del país que lleva y saca mercancías hacia los puertos de Barranquilla y Cartagena. Por eso es habitual encontrarse en la ruta con tractomulas en doble dirección cargadas con pesados contenedores de las zonas portuarias. En un recorrido de dos horas el viajero descubre la belleza de un paisaje único en el que extensas planicies son adornadas con solitarios guayacanes, árboles de una imponencia única en medio de la llanura, que cuando florecen en verano parece como si sus copas fueran albergue de miles de mariposas amarillas, por ese color intenso son sus flores. El trasfondo de este paisaje es la cadena montañosa que da su nombre a la región de los Montes de María.

Cuando se llega a El Carmen de Bolívar, un pueblo ruidoso y desordenado en el que se ven más mototaxistas que personas caminando y donde un enjambre de vendedores ofrece a los viajeros todo tipo de productos, desde chepacorinas¹ y diabolines² hasta todo tipo de refresco y fruta para menguar el calor. Cuando llega, el viajero se dirige hasta el caucho, un árbol ubicado junto a una cancha de fútbol a una cuadra de la troncal, lugar en el que desde antaño se ubican los jeeps que hacen recorridos a El Salado. Un

¹ Una galleta grande y dulce típica de la región.

² Pasabocas preparados a base de harina de yuca, leche, queso y huevo, con la cual se forman pequeñas bolitas que luego de horneadas son empacadas en bolsas plásticas para su venta ambulante.

carro en el que caben hasta quince personas y al que le colocan de todo como a los *jepaos* del eje cafetero.

Diecinueve kilómetros separan a la cabecera municipal de El Carmen de Bolívar del corregimiento El Salado, en una carretera hoy transitable que nada tiene que ver con aquella de hace cinco años que en pleno invierno era espectáculo de las más singulares acrobacias de los conductores y ayudantes, para poder subir las decenas de lomas de un camino resbaloso e intransitable. En aquella época, un viaje podría durar tres o cuatro horas, hoy a lo sumo treinta minutos de una vía pavimentada que desde hace algunos años se viene construyendo para optimizar los tiempos del desplazamiento y la movilidad.

A medida que el *jeep* avanza hacia el corregimiento el viajero se sumerge en la ruralidad del país con la experiencia sensorial de ver y oler el verde de sus paisajes, ese verde que reclama la vocación agrícola del territorio. Pero el verde que se contempla en el recorrido hacia El Salado es distinto al de los Montes de María, porque es el color de la identidad saladera, es el verde de las frondosas hojas del tabaco. Un paisaje en el que el guayacán es sustituido por el cañahuate, también de flores amarillas, aunque más pequeñas, y que solo florece una vez al año.

Luego de pasar la loma de las vacas y la loma de San Pedrito, lo primero que se ve de El Salado es su cementerio, distante un kilómetro del casco urbano. Luego se desciende por ese túnel natural que forman las montañas y la vegetación antes de llegar a la cabecera del corregimiento en una experiencia extraña pero sobrecogedora, el único lugar del camino en el que se siente un fresco en medio del sol ardiente que acompaña todo el trayecto.

Y por fin se llega a un pequeño pueblo de calles polvorientas donde se distingue, en primer lugar, el centro cívico, con su iglesia, su casa de la cultura, su cancha de microfútbol y los pozos de La Trampa y El Pindán. Por sus calles polvorientas en las que de vez en cuando aparecen mariposas amarillas como en el imaginario Macondo se observa a los hombres que regresan del campo en sus burros con esa singular postura para montar en la que se

cruzan las piernas, y a los *pelaos* bañarse con aguas que sacan de El Pindán y que también dan de beber al ganado que habitualmente pasa por el pueblo. Esa imagen de libertad que en medio del sofocante calor no quisiera verse sino vivirse. Hombres y animales coexisten en el trasegar cotidiano del pueblo, pues es común ver a los cerdos buscando cualquier charco fangoso para sumergirse en él y paliar el calor.

De lado y lado de las casas abiertas de par en par se comunican las y los saladeros con sonidos difícilmente discernibles para el foráneo, pero plenamente comprensibles para ellos. No se responde saludo cuando se llega a una casa si no usas la expresión ¡oh! seguida del nombre de aquel a quien se busca; aquí no sirve el *cachaquismo* “buenas”. Y de pronto aparece o se escucha a Samuel Humberto cantando sus décimas, o se siente el olor del mote de queso, sonidos y olores inconfundibles que le dicen al visitante que está en El Salado, en los Montes de María.

Este pueblo en el que también florecen los guayacanes con sus flores de amarillo intenso, que tiene en su parque principal a la virgen de Santa Rosa de Lima cubierta con una hoja de tabaco, que puede despertarlo a medianoche con el rebusnar de los burros, que le llama cerrero al café sin azúcar, tiene más de 150 años de historia y que, como Macondo, estuvo a punto de desaparecer, pero por el huracán de la violencia feroz desencadenada por el conflicto armado entre mediados de los años noventa y la primera mitad del nuevo milenio.

Los actores armados persistieron en su empeño de arrasar este pueblo, no con una sino con dos masacres (1997 y 2000), seguidas de éxodos que le convirtieron en un pueblo fantasma, primero por tres meses, luego por dos años. El pueblo que estaba desapareciendo en medio de una vegetación que rápidamente lo enmontó hasta hacerlo irreconocible para quienes decidieron retornar en 2002, sigue siendo hoy en día parte del recuerdo en el que hasta los hombres lloraron, recuerdan algunos saladeros cuando lo único que vieron fue su pueblo lleno de ahuyamas. Recuperar el pueblo era mucho más que volver habitable un territorio, era rescatar la

historia de todos forjada por más de 150 años, preservar el legado de varias generaciones que lo construyeron, y ante todo, impedir la disolución de la identidad colectiva.

Las biografías de líderes y personas importantes de El Salado recoge el legado de quienes dejaron sus marcas físicas y simbólicas en el pueblo que hoy conocemos y que forjaron en parte el presente de El Salado.

Este propósito común de resistirse a desaparecer es lo que ha impulsado a la comunidad de El Salado a reclamar entre las medidas de su plan de reparación colectiva la elaboración de un libro biográfico de líderes y personas importantes en la historia de El Salado con el acompañamiento del Centro Nacional de Memoria Histórica, preservando el legado de los ausentes que forjaron la identidad de su pueblo.

¿CÓMO SE HIZO EL LIBRO?

El Centro Nacional de Memoria Histórica inició la tarea de implementación de la medida de reparación colectiva en abril de 2013 luego de que el Comité de Justicia Transicional de El Carmen de Bolívar aprobara el Plan de Reparación Colectiva en noviembre de 2012.

Siendo una medida de reparación colectiva con una connotación simbólica, el Centro Nacional de Memoria Histórica optó por una ruta metodológica para la elección de los líderes y personas importantes en la que se prescindía de criterios objetivos previos para la nominación como la posición social, la pertenencia y la permanencia en una organización comunitaria, los logros o la trayectoria de una persona, poniendo todo el acento en el reconocimiento social que confiere el recuerdo de los sobrevivientes, pero ante todo relevando el significado social de lo que es importante y lo que hace a un líder en la memoria colectiva de los saladeros. Entender lo que es importante para las víctimas es lo que hace reparadora a una medida de satisfacción.

Con el criterio de nominación basado en la memoria de los sobrevivientes, el paso siguiente consistió en promover diálogos colectivos que permitieran construir consensos comunitarios sobre la nominación de los líderes y las personas importantes, para lo cual se eligió la realización de grupos focales con las personas retornadas en los cuatro barrios del corregimiento El Salado (Barrio Arriba, Barrio Abajo, Barrio Medio y La Loma), así como con las personas desplazadas en El Carmen de Bolívar y Barranquilla.

En cada grupo focal se propuso una pregunta guía que sirviera como detonante para la nominación de los líderes y personas importantes (¿quiénes son o han sido los líderes o personas importantes en la historia de El Salado?), luego de lo cual los participantes argumentaban su nominación y profundizaban en los aspectos relevantes de la vida, el contexto y el legado de la persona.

Una vez surtido el proceso en cada uno de los grupos focales, la elección de las personas que integrarían el libro se basó en un criterio avalado por el Comité de Impulso del Plan de Reparación Colectiva de El Salado en sesión del 27 de agosto de 2013. Este criterio consistió en que las personas seleccionadas serían aquellas cuya nominación se repitiera en la mayoría de los grupos focales, en el entendido de que la recurrencia en las nominaciones revelaba la dimensión colectiva de la memoria de los saladeros.

Con base en el criterio aprobado por el Comité de Impulso, los líderes y personas importantes cuyas biografías sociales se reconstruyen en el libro, son: Pedro Eloy Cohen, Agustín Redondo, Gustavo Redondo Suárez, Álvaro Pérez Ponce y María Cabrera. A este grupo de individuos se suma un sujeto colectivo: los tabacaleros. Aunque los nominados no siempre fueron las mismas personas, como gremio, los tabacaleros fueron postulados en la mayoría de los grupos focales. Como reconocimiento a esta singularidad, y en el entendido de que la historia de El Salado no puede disociarse de la del tabaco, el Comité de Impulso acogió la propuesta del Centro Nacional de Memoria Histórica de que se reconociera el gremio tabacalero como sujeto colectivo en el libro biográfico. Once saladeros con relación directa con el gremio tabacalero en

calidad de representantes de las compañías tabacaleras o de corredores (Alejandro, Pedro y Vicente Duarte, Hernando Yepes, Gustavo Redondo Suárez, Carlos Herrera, Virgilio Donado, Eduardo Medina, Julio Torres, Armando Torres y Francisco Tapia) fueron postulados en los grupos focales.

Por fuera de los elegidos, cuarenta y cinco personas más fueron postuladas en los grupos focales. Se cuentan entre ellas:

- los líderes de las luchas campesinas de la ANUC Elías Márquez, Alida Torres, Abel Montes, David Montes, Josefa Álvarez y Pura Chamorro;
- los educadores que formaron a varias generaciones de saladeros cuando ni siquiera había infraestructura educativa más allá de un rancho: Elías Fuentes, Amirita Redondo y Petrona Alvis;
- los líderes de ASODESBOL (Asociación de Desplazados del Salado Bolívar) como organización comunitaria que gestó y sostuvo el retorno a pesar del asedio: Lucho Torres, Neida Narváez, Roberto Pérez, Samuel Torres, Humberto Torres y José Montes;
- los que alegraban la vida cotidiana de los saladeros como Juanor Catalán Mesa, el organizador de fiestas, Plutarco Torres, el que organizaba el pueblo para las corralejas, y Mario Medina, Bartolo Guerra o Julio César Torres (“El Poeta”), quienes hacían reír a sus paisanos con sus historias, sus cuentos y sus chistes.
- A estos se suman los grandes comerciantes que dieron prosperidad al pueblo como Carlota Álvarez y Ana Caro, así como quienes dedicaron su vida a la promoción de la práctica del fútbol: Gai Alvis, Luis Alberto Alvis, Alberto Galeano, Luis Ponce Torres, Manuel Enrique Medina y William Torres.

Una vez elegidos los líderes y personas importantes que conformarían el libro, el CNMH llevó a cabo entrevistas en profundidad con familiares, amigos y vecinos de los personajes, acopió fotografías y escritos de los mismos, consultó fuentes secundarias e

integró, cuando fue necesario, el acumulado previo del Grupo de Memoria Histórica en El Salado desde 2007. Una de las fuentes secundarias más importantes fue sin duda la historia local escrita por el profesor Nicolás Montes titulada *Historia de un pueblo fantasma. El Salado*, obra premiada en el III Concurso de historia local del departamento de Bolívar en 1997. Su valor fue inconmensurable debido a la escasez de fuentes secundarias, lo que permitió una mínima contrastación con las fuentes orales.

Cuando se contaba con un primer borrador de las biografías sociales, el CNMH las entregó directamente a los familiares de los elegidos para su revisión y aprobación, procediendo a recibir e integrar sus observaciones en la versión final. Cada uno de los familiares suscribió el consentimiento de aprobación y publicación de la biografía social con el CNMH. Posteriormente, el escrito fue presentando ante el Comité de Investigaciones para la designación de pares evaluadores, quienes profirieron concepto aprobatorio con modificaciones menores. Surtidas las dos instancias de evaluación, la versión ajustada fue presentada y aprobada por el Comité de Impulso en su sesión del 28 de mayo de 2015.

Este libro está integrado por cinco biografías sociales y una historia colectiva del gremio tabacalero. Las cinco primeras presentan a cada líder o persona importante con una frase que lo identifica, sea porque la persona la pronunciaba insistentemente o porque en ella se condensa lo que esa persona representaba o la distinguía. Luego se reconstruye la biografía social de cada uno sin que estas respondan a un mismo guión, reconociendo con ello la particularidad de cada historia y su estilo narrativo. Si bien todas comparten los mismos ejes descriptivos, entre los que se cuentan los datos biográficos, la trayectoria, el contexto sociopolítico, la personalidad y el legado, todas se estructuran diferencialmente en un relato acorde con la particularidad de cada personaje.

El libro propone unas conclusiones en las que se identifican los rasgos compartidos y diferenciadores de las biografías sociales, poniendo el énfasis en los valores asociados con el liderazgo y lo que hace a alguien importante en la memoria colectiva de los saladeros.

Esta es una obra inconclusa, pues muchas biografías sociales están aún por escribir. Es por ello que al final se dejan unas páginas en blanco para que los saladeros puedan escribir la biografía de ese líder y persona importante que siempre hace falta. Este libro empieza con seis historias, pero aspira con el paso de los años a ser un libro de cientos de historias cuando cada saladero aporte la suya al inconmensurable legado de los ausentes.

PEDRO ELOY COHEN RIVERA

“El remedio adecuado, con o sin plata”



Foto 1. Olga Torres, Rafael Castro, Pedro Eloy Cohen y Enrique Imitola (izquierda a derecha)
Fuente: álbum familiar. Reproducción: Andrés Suárez para el CNMH

Pedro Eloy Cohen era un hombre alto, fornido, calvo, con voz recia y carácter fuerte. Pero tras esa personalidad estaba el hombre que servía a los otros como el médico del pueblo, el que luchaba por el progreso del mismo mediante la gestión con intermediarios políticos para la provisión de bienes públicos, y el que alzaba su voz contra las injusticias con su poesía, porque como él mismo afirmaba: “mi única arma se llama lapicero”.

Todo este reconocimiento social derivaba de la profunda admiración que despertaba en los saladeros su inteligencia, su inquietud intelectual, su capacidad autodidacta, su inventiva, pero no era esta una admiración que se agotara en la curiosidad sino que la trascendía en la certeza de que el conocimiento en manos de quien sirve a otros es un recurso político contra la invisibilización, la vulnerabilidad y la arbitrariedad.

El contexto social en el que transcurre su vida marcará su trayectoria, dotándolo de recursos y capacidades, pero también enfrentándolo a las situaciones que lo convertirán en una persona importante y un líder en la historia de su pueblo.

Pedro Eloy nació el 6 de noviembre de 1928 en el corregimiento El Salado. Era el cuarto de los cinco hijos del hogar conformado por Pedro Cohen Mesa y Ana María Rivera. Cursó sus estudios de primaria en el corregimiento con los profesores Rafael Bobadilla y Elías Fuentes, personajes que gozan de un vasto reconocimiento social en el pueblo porque enseñaron a leer y a escribir a varias generaciones de saladeros en épocas en las que ellos dictaban todos los cursos de primaria y todos sus alumnos recibían las clases bajo un mismo techo de palma. Una vez hubo terminado sus estudios de primaria, sus padres decidieron enviarlo a Cartagena para que prosiguiera la secundaria en el colegio Fernández Baena, institución en la que se graduó en 1950 (ver foto 2).

El traslado de Pedro Eloy desde el corregimiento El Salado hasta Cartagena para proseguir sus estudios de secundaria revela que su familia gozaba de posibilidades económicas superiores a las del resto de la población dado que la mayoría apenas podía asegurar la primaria, y si contaba con los medios económicos para continuar en la secundaria solo podía enviar a sus hijos hacia El Carmen de Bolívar. Esta diferenciación social de la familia de Pedro Eloy era mucho más marcada si se tiene en cuenta la baja cobertura educativa y el bajo índice de alfabetización que registraba Colombia a mediados del siglo XX, en particular en las zonas rurales. En 1950 tan solo el 10 por ciento de los alumnos que terminaba primaria proseguía con la educación secundaria y la tasa de analfabetismo



Foto 2. Pedro Eloy Cohen, 1950
Fuente: álbum familiar. Reproducción: Andrés Suárez para el CNMH

representaba el 38 por ciento de la población del país, muy por encima de países como Argentina (12 por ciento), Uruguay (14 por ciento) y Chile (21 por ciento) (Ramírez y Téllez, 2006).

Pedro Eloy eligió estudiar medicina como su hermano Donaldo en la Universidad de Cartagena, en una época en la que solo existían en Colombia tres facultades de medicina (Bogotá, Medellín y Cartagena) (ver fotos 3 y 4).



Foto 3. Pedro Eloy en la Facultad de Medicina de la Universidad de Cartagena, 1952 (a la derecha de la foto). Fuente: álbum familiar. Reproducción: Andrés Suárez para el CNMH



Foto 4. Pedro Eloy en Cartagena, 1950
Fuente: álbum familiar. Reproducción: Andrés Suárez para el CNMH

En 1950 inició su carrera, pero la abandonó tres años después. Su recurrente consumo de alcohol mientras estudiaba en Cartagena llevó a su padre a condicionarle la ayuda económica, lo que hizo que Pedro Eloy finalmente desistiera de sus estudios y regresara a El Salado. Este gusto por el trago no era mera cuestión social o cultural, hundía sus raíces en una decepción amorosa que cambió para siempre su vida. A sus 17 años la mona Ariza, el amor de su vida, se casó con otro. A partir de ese momento su vida cambió, irrumpió el trago, pero también la poesía.

Su larga estadía en Cartagena siendo tan joven, sumado a la aparición de la poesía en su vida, jugó un papel determinante en la vida de Pedro Eloy. Cartagena le abrió la ventana a una oferta cultural y a unos espacios de sociabilidad atípicos para un joven procedente de la zona rural de los Montes de María. Fue así como Pedro Eloy empezó a llevar libros a El Salado con cada viaje que hacía a Cartagena y a formar su biblioteca. Llegaron los poemas de Antonio Machado, el Tuerto López, Luis Enrique Arciniégas y Pablo Neruda.

Una vez interrumpió sus estudios universitarios Pedro Eloy regresó a El Salado. Pero ya no era el mismo que se había ido unos años antes. Interpelado por su padre para que se dedicara a las labores del campo, el joven Pedro Eloy, marcado por el mundo citadino, insistía en que no había nacido para ser hombre de campo, así que empezó a explorar las posibilidades de un oficio en el casco urbano del corregimiento, decidido esta vez a adquirir una posición y a dotarse de un rol en la vida de su pueblo para no salir nunca más de él.

En su propia búsqueda de un proyecto de vida en el pueblo, varios hechos empezaron a concurrir para determinar el papel que haría a Pedro Eloy una persona importante en la historia de El Salado.

En primer lugar, su avidez de conocimiento hizo que la suspensión de sus estudios de medicina en la Universidad de Cartagena no lo apartara de su vocación, así que siguió aprendiendo con los libros de medicina que le enviaba su hermano Donald, quien sí había culminado sus estudios y se había especializado como traumatólogo y ortopedista. Se hizo de un vademécum que luego marcaría la memoria colectiva de todos los saladeros como el símbolo

de su eficacia en el diagnóstico y tratamiento de enfermedades. En segundo lugar, la labor que ejercía Antonio Yepes Torres como médico "tegua"³ del pueblo le marcó un camino a Pedro Eloy, quien con el paso de los años acabó asumiendo su función cuando Antonio Yepes decidió irse de El Salado y radicarse en Ponedera (Atlántico). Pedro Eloy empezaba a vislumbrar su lugar en la vida de su comunidad como médico "tegua".

Y, en tercer lugar, la construcción del puesto de salud por parte de la Junta de Acción Comunal en 1961 abrió paso a la prestación de servicios de salud por parte del Estado, lo cual, simultáneamente creó una demanda que acabó por definir el destino de Pedro Eloy: los medicamentos. En 1963, Pedro Eloy monta su propia farmacia y con ello su lugar en la vida de El Salado empezaba a tomar forma (ver fotos 5 y 6).



Foto 5. Farmacia de Pedro Eloy Cohen ubicada en su residencia
Fuente: álbum familiar. Reproducción: Andrés Suárez para el CNMH

3 Apellido para quienes sin ser médicos con titulación profesional, diagnostican, recetan y ofrecen servicios ambulatorios de salud a partir de su conocimiento empírico o autodidacta.



Foto 6. Pedro Eloy en El Salado con la casa de Santander Cohen de fondo
Fuente: álbum familiar. Reproducción: Andrés Suárez para el CNMH

El hecho de que el médico solo acudiera una vez a la semana al pueblo cuando se puso en funcionamiento el puesto de salud, sumado a la existencia de su farmacia y sus conocimientos de medicina, erigieron a Pedro Eloy Cohen como el médico del pueblo. Cualquiera fueran los síntomas o el padecimiento los saladeros empezaron a acudir a la farmacia de Pedro Eloy, donde encontraban en él a un médico que consultaba sus síntomas, diagnosticaba y ofrecía un tratamiento, apoyándose siempre en su vademécum para elegir las dosis y el medicamento adecuado. La certeza de sus diagnósticos y la eficacia de sus tratamientos fueron forjando su reputación como médico, lo que permitió que solo los casos que revestían mayor gravedad fuesen remitidos por Pedro Eloy hacia el hospital de El Carmen de Bolívar.

Todos los saladeros buscaban a Pedro Eloy para una sutura, para poner dextrosa, para tomar la presión arterial, para que los inyectara, para que hiciera lavados gástricos, curara quemaduras e incluso realizara pequeñas intervenciones quirúrgicas. Pero más allá de su eficacia o su capacidad, lo que hizo que Pedro Eloy ganara el afecto de su comunidad fue su disposición a atender y a tratar a cada uno de quienes pedían su ayuda “con o sin plata”. Ese es el lema con el que pervive en la memoria colectiva su recuerdo.

Su reputación como médico del pueblo provocó colisiones con los médicos que eran enviados para atender el puesto de salud. En un caso ampliamente recordado por los saladeros, un médico que recetaba a todos sus pacientes con un medicamento llamado “Renutril”, recomendado para casos de deficiencia en vitaminas, recibió la interpelación permanente de Pedro Eloy que cuestionaba el diagnóstico del médico. Fue así como decidió hacerse a un perro al que llamó Renutril como símbolo de su rebeldía. Este canino lo acompañó desde entonces hasta la muerte del animal.

El prestigio ganado como médico del pueblo no implicó que renunciara a su pasión por la poesía. Por el contrario, su máquina de escribir marca Remington que llevó a El Salado en 1950, cuando no dejaba de ser un objeto exótico para una comunidad rural en la que apenas se luchaba por aprender a leer y escribir, se convirtió

en parte central de su existencia, pues siempre madrugaba o se desvelaba escribiendo sus poemas. De los contenidos amorosos que marcaron los inicios de su obra, Pedro Eloy convirtió su poesía en un recurso para incursionar en la política, apelando al reclamo, a la denuncia o a la crítica. Su rol de liderazgo empezó entonces a trascender su función como médico del pueblo y detrás del mostrador de su farmacia empezó a proyectarse en la vida política sin asumir ningún cargo público o participar en la organización comunitaria.

Pedro Eloy era poeta, recuerdo que mi papá decía que cuando se ponía la situación difícil en el Salado, que la gente no tenía trabajo, no tenía comida, escribió “Me voy para Venezuela”, decía: ‘A Caracas llegaré capital de la nación, donde nació el gran Simón, hombre patriota que fue, al que con honra y con fe al ser militar recuerdan, en su Palomo que vuela libertó cinco naciones y en busca de salvación me voy para Venezuela. Tres bolívares y medio es el mínimo salario que se gana un proletario sin apuro ni agonía pues trabaja en armonía, porque al trabajar se desvela como lo hace el centinela, cuando lo hace una nación y en busca de salvación, me voy para Venezuela’. Con la muerte de él perdimos un gran líder, un gran amigo y perdimos al médico del pueblo. Una voz, lo que sentía el pueblo, él se atrevía de decirlo (CNMH, grupo focal, Barranquilla, 18 de julio de 2013).

En sus poesías Pedro Eloy tocaba temas que era un crítico del gobierno, criticaba al alcalde, a los concejales, al gobernador y al presidente. Él con su grabadora ya estaba al día de lo que estaba sucediendo en el país, entonces de acuerdo a la noticia del día él hacía su poesía y hacía la crítica si el gobierno no estaba actuando bien en la población a la que se estaba refiriendo, entonces muchas personas decían ¡Don Pedro es de izquierda!, entonces él decía ‘no, es que yo no soy de izquierda, ni soy de derecha, ni del centro, yo soy yo y más nada!, porque si el gobierno hace bien, también lo elogio y también le hago su poesía’ (CNMH, entrevista a Edilma Cohen, Puerto Colombia, 17 de julio de 2013).

elección de Alcalde amarrado.

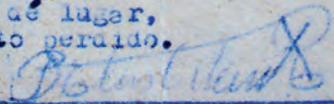
El tarro politiquero,
el cotarro bien diría
amanece noche y día
revuelto casi avispero,
y el pueblo en puro cuero
sin saber por quien votar
porque hay un pulular
de aspirantes que dan grima,
del teatro la pantomima.
¡espera ajuste! ni respirar.

II

Desconcierto, confusión
hay en la jerga política
que la gente hace crítica
con justísima razón:
pues, el po qué sabrosón
será el de la alcaldía
que el alcalde noche y día
sonará con los millones,
con haciendas y mansiones.
pobrecita patria mía.

III

pero en fin, hay que votar
por el honrado y honesto,
por el que esté dispuesto
a moverse, a progresar
en su dominio y mandar,
pues el pueblo lo ha elegido
para que el feudo porrido
florezca en bienestar
y el progreso de lugar,
o si no es voto perdido.


Pedro Eloy Cohen R.

El Caimán, Bolívar Diciembre 1. 1987

TODO TIEMPO PASADO FUE MEJOR.

Entre una encrucijada,
entre el caos y confusión,
conterrorismo y tensión
de día y de madrugada
la paz es martirizada,
ya que reina el desosiego
entre uno y otro fuego
del cañón atronador
que causa angustia y temor
e insomnio desde luego.

-0-

Mas todo no está perdido
para darle solución
a esta disolución
de un país adolorido
con aire enrarecido
y con futuro incierto
cual nave que no ancla en puerto
y cual potro desbocado;
alguien culpa al estado
de este loco desconcierto.

-0-

No son versos a la luna,
no es vivir de utopía,
mas la paz, nota del día
mezclada con la hambruna
más a la gente importuna;
y si hay frentes de trabajo
la guerra se va al carajo
y habrá confraternidad,
sosiego y tranquilidad
desde el alto hasta el de abajo.

P. Eloy Cohen R.

Abril 2 de 1.988 El Salado Bolívar.

La cuestión es con dinero.

Después que pasó el Joén
de ingrata recordación,
ahora la situación
es de seguro y de afén.
Las alzas cual narecén
pelerán todo bolsillo
que ni un solo cigarrillo
sin duda podrá comprarse,
que más habrá de alarmarse
el pueblo honrado y sencillo.

-0-

La cuestión es con dinero,
es el quid de la cuestión
que pone al mundo en función,
al comercio, al usurero,
al empresario, al obrero;
don dinero es el poder
que compra todo a su haber.
don dinero es corruptor,
amo, dueño y señor
que hasta hace enloquecer.

-0-

Es necesario el dinero
para artículos comprar
pero no vaya a pensar
que un mundo placentero
de la vida en el sendero
le hará dichoso y sonriente,
si muy dentro en su alma siente
que lo corroe un dolor
que lo angustia en su interior;
que infeliz entre la gente.

Pedro Eloy Cohen Rivera

=====

P. Eloy Cohen R.

El Salado Bolívar 27 de Enero de 1.989/

Diversificó el principio de servir a otros desde la medicina y lo proyectó hacia la política, con una opción que combinaba la búsqueda de progreso de su comunidad con la denuncia de las injusticias. Su contacto con las precarias condiciones de vida de los saladeros que estaban en el origen de muchas de las enfermedades que debía atender, lo llevaron a la arena política. De allí surgió su obsesión por gestionar un acueducto para el pueblo, la que luego se extendió hacia la electrificación y el mejoramiento de la vía hacia El Carmen de Bolívar.

Pedro Eloy decidió entonces entrar en contacto con las redes políticas locales para gestionar la provisión de bienes públicos e inscribirse con un sentido oportunista en las prácticas clientelistas tradicionales que se erigían en ese momento en la única vía para el acceso a la inversión pública. Se asoció con la red política de David Turbay, político bolivarense, quien inició su carrera política como concejal de El Carmen de Bolívar en los años setenta y se fue proyectando hacia la política nacional dentro del Partido Liberal hasta convertirse en precandidato presidencial en la primera mitad de los años noventa. Su nombre se hizo ampliamente conocido durante el “proceso 8.000” que investigaba la penetración de dineros del narcotráfico en la campaña presidencial de Ernesto Samper Pizano. El hallazgo de cheques del Cartel de Cali girados a su nombre condujo a su renuncia como Contralor General de la Nación y marcaron el final de su carrera política.

Mientras emergía como una nueva y renovada figura política en El Carmen de Bolívar y el departamento de Bolívar, David Turbay se convirtió en el aliado que buscó Pedro Eloy para contrarrestar la influencia de la familia Torres que había dominado por varias generaciones el poder local en El Carmen de Bolívar. David Turbay era parte de una de las familias políticas más importantes del departamento que lideraba el movimiento Convergencia Liberal, una facción del Partido Liberal que había surgido luego de la fragmentación de los partidos tradicionales que había provocado la competencia interna promovida por el Frente Nacional. Este movimiento político competía con la familia García que

había convertido su capital económico acumulado con la exportación de tabaco en capital político, conformando el movimiento Nueva Fuerza Liberal, otra facción del Partido Liberal (Madero, 2010). Los García, quienes luego se hicieron tristemente célebres por el escándalo de la “parapolítica”, cobijaban políticamente a los Torres, conocidos como Los Chaporros, quienes dominaban la política local.

Acérrimo crítico de la gestión de los Torres, a quienes acusaba de corrupción, Pedro Eloy se asoció políticamente con el principal contendor de los Torres: David Turbay Turbay. Las campañas políticas que se hicieron con David Turbay no cambiaron el mecanismo tradicional de la práctica clientelista de cambiar votos por obras públicas. El hito de la transacción exitosa del pacto clientelista entre los saladeros y David Turbay fue la consecución de una planta eléctrica para el pueblo que tuvo como contraprestación 500 votos en las elecciones locales, lo que permitió la provisión parcial de energía eléctrica para el pueblo en los años sesenta.

La planta eléctrica que nunca funcionó de manera óptima se convirtió en el primer paso hacia la electrificación de El Salado, que solo llegó en la segunda mitad de los años setenta gracias a la gestión incansable de Pedro Eloy Cohen ante la empresa Corelca. Pedro Eloy pudo concretar su sueño de la energía eléctrica, “cesó la horrible noche” recuerdan algunos saladeros que fue lo primero que dijo cuando se encendió la planta, pero nunca pudo ver realizado el del acueducto.

Pedro Eloy luchó hasta el último minuto de su vida por el acueducto, esa fue la idea más fuerte y la mayor ilusión que él tuvo, él soñaba con bañarse bajo una regadera y no con una totuma (...) él no alcanzó a ver su mayor vocación y devoción que era eso, en El Salado los niños sufrían mucho de parasitosis y decía que era porque el agua no era tratada, pero no alcanzó a ver esa obra (CNMH, entrevista a Edilma Cohen, Puerto Colombia, 17 de julio de 2013).

Pero los servicios públicos no eran su única prioridad. La educación no era ajena a sus preocupaciones y por ello abogó muchas veces por la construcción de un colegio de bachillerato, pero sobre todo por una biblioteca pública para El Salado. Como homenaje póstumo, El Salado inauguró la biblioteca pública con su nombre el 23 de abril de 1991, incluyendo en su colección la biblioteca privada de Pedro Eloy. Luego de la masacre del 23 de marzo de 1997, la biblioteca pública que funcionaba junto a la iglesia fue trasladada hacia El Carmen de Bolívar.

La biblioteca de Pedro Eloy y su avidez de conocimiento ya eran bien sabidas y admiradas por los saladeros. Una peregrinación de niños que salían de la escuela o el colegio acudían al fresco solar de su casa para consultar su biblioteca o a él mismo en busca de respuesta a las tareas escolares. Un saladero recuerda su asombro cuando Pedro Eloy fue a su biblioteca por el libro adecuado para una tarea y luego sacó una lupa para que ellos pudiesen leer la letra más pequeña. La lupa era un artefacto absolutamente novedoso para los niños saladeros de ese entonces.

Me acuerdo que una vez llegamos a la casa de Don Pedro y ¡buenas!, esperando en la puerta a ver si él respondía, se paró y nos dijo '¿qué se les ofrece?', Don Pedro nosotros venimos aquí a hacer una investigación, a ver qué da el oro con la plata, tareas que nos ponían del colegio, entonces nos dijo: '¡eso da lo mismo que da la yuca y el suero!', entonces como que nos quería dar la respuesta, entonces nos sentamos en un piso que él tenía fresco ahí en la casa, al ratico salía con un libro y una lupa, ahí fue donde yo conocí la lupa porque el libro tenía la letra muy pequeña y ahí investigamos (CNMH, grupo focal, Barranquilla, 18 de julio de 2013).

No obstante todo lo anterior, Pedro Eloy no era solo conocimiento teórico; lo que prevalece en la memoria colectiva es el recuerdo del conocimiento aplicado, hecho invento. Muchos saladeros vieron en la inquietud de Pedro Eloy a un inventor. Sus dos

creaciones más recordadas por los saladeros fueron el reloj solar y la captación de las frecuencias sonoras. El Salado no es Macondo, pero tenía su propio Melquiades, porque eso era Pedro Eloy, el alquimista de un pueblo en el que también hay mariposas amarillas.

La historia del reloj solar fue una iniciativa de Pedro Eloy consistente en instalar una cuerda sobre un árbol en frente de su casa que marcara las horas del día a medida que la rotación de la tierra hacía cambiar la posición del sol. Pedro Eloy pretendía demostrarle a los saladeros que no era necesario el reloj, que este invento, antiguo para la humanidad pero nuevo para los saladeros, les permitiría saber con exactitud la hora del día. Su invento no tuvo una exposición efímera por cuenta de una demostración puntual, el reloj solar permaneció varios días a la vista de los saladeros en la calle.

A diferencia del reloj solar, la captación de frecuencias sonoras con su radio se convirtió en una invitación que hacía informalmente Pedro Eloy a los transeúntes para pasar un momento divertido. Los llamaba a su casa para enseñarles cómo desde su radio podía captar la frecuencia sonora del puesto de policía o de la cabina telefónica en la que los saladeros recibían o hacían llamadas a las personas que vivían en otras regiones o en otros países como Venezuela.

Tanta inquietud intelectual de Pedro Eloy lo llevó a convertirse en un asiduo consumidor cultural que ya no limitaba su interés hacia la poesía sino a todas las áreas de conocimiento. Adquiría libros de poesía, pero también de matemáticas, química, física, historia y otros temas científicos. Se convirtió en ferviente lector de revistas con artículos científicos como el *Almanaque Mundial* o *Selecciones*, publicaciones seriadas muy populares en los años sesenta y setenta. Todo este interés se vio reflejado en una biblioteca personal con una colección de libros cada vez más extensa.

Junto con su avidez por el conocimiento, Pedro Eloy siguió escribiendo sus poemas en su máquina de escribir Remington o a mano, casi todos firmados con su puño y letra, llegando a consolidar una obra conformada por cinco mil poemas a lo largo de su vida. Esta dedicación a la escritura no inhibió su interés por asumir nuevos retos y desafíos intelectuales. Fue así como adquirió varios

cursos de inglés, francés y portugués para aprender por sí mismo los tres idiomas. Como si no le faltaran nominaciones, Pedro Eloy era también políglota.

Toda la erudición de Pedro Eloy estaba lejos de abstraerlo de los problemas de su pueblo, por el contrario, su saber parecía implicarlo mucho más y lo comprometía con un destino que lo convenía que estaba atado con el de su pueblo. Interpelado varias veces por sus amigos que consideraban que un hombre tan inteligente se estaba desperdiciando en un lugar tan pequeño y marginado, Pedro Eloy respondió siempre que su conocimiento estaba puesto al servicio de otros y del progreso de su pueblo, que quedarse era permitirle a ese mismo pueblo reconocerse en su potencial y su capacidad para la grandeza.

La conciencia de su papel en la vida comunitaria llevó a Pedro Eloy a ampliar el espectro de su participación en la vida política. No se quedó en la gestión de obras públicas para el progreso de El Salado mediante su relación con políticos locales o regionales, sino que trascendió el horizonte de las necesidades o las carencias de bienes públicos de tipo material para imprimir una dimensión moralizadora a su acción política. Optó entonces por la denuncia como forma de lucha y levantó su voz contra las injusticias. Criticó la corrupción de los políticos tradicionales de El Carmen de Bolívar, a la vez que denunció abiertamente los problemas de seguridad que empezaron a azotar a su pueblo desde mediados de los años setenta y a lo largo de los ochenta. El cuatrерismo y el robo de ganado se convirtieron en el blanco de sus denuncias con los desafueros que habían empezado a recrudecer la violencia desde mediados de los años setenta. Esta se convertiría en su lucha más importante, pero también la última, aquella que le costaría su propia vida.

Pedro Eloy plasmó su denuncia en sus poemas y los difundió a través del medio de comunicación masivo de la época: la radio. Decidido a que su denuncia se escuchara en tantos lugares como fuese posible, que lo que ocurría en El Salado se supiera más allá del corregimiento y aún de El Carmen de Bolívar, logró que sus

poemas fueran leídos todos los días en el programa radial *Quiero Amanecer* de una de las emisoras con mayor cobertura en la costa Caribe: Radio Libertad. Esta emisora tiene su sede en Barranquilla y hoy en día la sobrina de Pedro Eloy, Edilma Cohen, lee allí sus propios poemas y es reconocida como la poeta de los Montes de María.

Todos los días a las 4:30 de la mañana los poemas de Pedro Eloy llegaban a los campesinos de la región con la denuncia de lo que ocurría en este pequeño poblado de El Carmen de Bolívar. La radio en ese entonces no era únicamente el medio elegido por Pedro Eloy para transmitir sus opiniones, era también una fuente de conocimiento, el medio con el cual se conectaba con la realidad de la región, el país y el mundo. No en vano su sobrina Edilma Cohen recuerda que Pedro Eloy nunca se apartaba del radio y que gracias a este podía opinar sobre los distintos temas de la actualidad nacional.

No conforme con el impacto que podría tener este medio de comunicación en la difusión de sus denuncias, Pedro Eloy encontró en el periódico local de El Carmen de Bolívar llamado *Ecos de la Montaña*, una nueva tribuna para que sus opiniones llegaran a más gente.

A medida que Pedro Eloy tensaba la cuerda con sus denuncias, los cuatrereros y los poderosos intereses económicos que lo apuntalaban desde El Salado, no menguaban su accionar. Pedro Eloy estaba profundamente preocupado por el recrudecimiento del abigeato o robo de ganado y la creciente ola de criminalidad que afectaba el pueblo, en particular por lo que ello implicaba como ejemplo para las nuevas generaciones. Temía que el cuatrerismo se convirtiera en un modo de vida deseable para los jóvenes de El Salado y que con ello colapsaran los referentes de moralidad construidos alrededor del trabajo propio como fuente de ingresos.

Si bien Pedro Eloy era liberal por convicción, el desgaste político del Partido Liberal tras el Frente Nacional no le era indiferente. Fue crítico de la represión durante el gobierno Turbay y acabó por moverse en el espectro ideológico hacia el discurso conservador

del Movimiento de Salvación Nacional de Álvaro Gómez Hurtado, quizá porque era el que más se acercaba a sus reivindicaciones de restauración moral y recuperación de la seguridad en medio del desbordamiento del abigeato y la violencia.

En este contexto, los cuatrerros redoblaron su desafío frente a las presiones que se erigían con las denuncias de Pedro Eloy. No conformes con el robo de ganado, los cuatrerros decidieron que toda la carne de los sacrificios de ganado fuera llevada directamente a El Carmen de Bolívar, Cartagena y Sincelejo, prohibiendo su venta en El Salado. En la memoria colectiva de los saladeros se arraigó profundamente una frase que condensaba lo que estaba ocurriendo: “se comen la carne y nos dejan el cuero”.

Restringir el acceso a bienes de consumo básico como la carne para una población dedicada a la exigente labor del campo, elevó la tensión entre Pedro Eloy y los cuatrerros a su nivel más crítico. Fue entonces cuando decidió jugarse una última carta que marcaría su destino. Con plena conciencia del riesgo, él reiteraba que la suya no sería una muerte en cama, con lo que aceptaba el trágico destino de su muerte violenta. Ante el agravamiento de la situación, Pedro Eloy decidió formalizar su denuncia ante el alcalde de El Carmen de Bolívar el 27 de junio de 1990. En ese momento, el alcalde puso en conocimiento del comandante de policía la situación y le ordenó actuar.

La reacción de los cuatrerros no se hizo esperar. El 13 de julio de 1990 un sicario se acercó a la farmacia de Pedro Eloy, solicitó un medicamento y cuando él se volteó para alcanzárselo le disparó a quemarropa. Ni siquiera en la muerte Pedro Eloy renunció a luchar, forcejeó con su verdugo antes de caer herido de muerte. Una vez perpetrado el ataque, el servicio de energía eléctrica fue interrumpido.

El asesinato de Pedro Eloy Cohen se instaló en la memoria colectiva de los saladeros como el punto de no retorno hacia una etapa de violencia que cambiaría para siempre la historia del pueblo y que pondría en riesgo su propia existencia colectiva. Todos los saladeros lloraron la muerte de Pedro Eloy y siguen considerándolo

hasta la fecha un mártir. Hasta los perros lloraron. Su fiel Renutril visitó su tumba todas las noches hasta la muerte del animal, no sin antes emitir un maullido desgarrador cuando lo mataron.

La vida de Pedro Eloy marcó cada espacio de la vida cotidiana de los saladeros, así que no se le haría justicia a su memoria evocar la muerte, cuando su legado había sido la vida.

Uno de los rasgos más importantes de la vida de Pedro Eloy es una proyección de la identidad colectiva del saladero: el deporte. Como todo saladero, Pedro Eloy fue jugador de uno de los equipos de fútbol de El Salado por allá en los años cuarenta y cincuenta. Conocido como “El Bombardero”, inscribió su historia personal en la larga tradición futbolera de El Salado, contemporánea de la era del dorado que marcó el inicio del fútbol profesional en Colombia (ver foto 7).

Sin embargo Pedro Eloy tampoco agotó su afición en el fútbol. Contagiado por la pasión que generó Pambelé con sus épicas peleas por el campeonato mundial de boxeo, Pedro Eloy vibró desde los años sesenta con las gestas de Pambelé, prosiguió con las de Rodrigo Valdéz y llegó hasta las de Miguel “Happy” Lora en los años ochenta. Se volvió tan ferviente aficionado al boxeo que conformó una cuerda de boxeadores con jóvenes de El Salado que escenificaban combates en un improvisado cuadrilátero en la casa del viejo Gustavo Redondo en donde hoy funciona la Casa de la Cultura. Reconocidos personajes de El Salado como Samuel Torres, Lucho Torres, Julio Padilla, Julio Cohen, entre otros, protagonizaron aquellas peleas organizadas por Pedro Eloy. Ya en su edad madura, y siendo consecuente con su inquietud intelectual, sus preferencias se inclinaron hacia el ajedrez. Imbuido por la efervescencia de las contiendas por el campeonato mundial de ajedrez entre los rusos Anatolie Karpov y Gary Gasparov en los años ochenta, Pedro Eloy incorporó a su consumo cultural los libros especializados en las tácticas de juego del joven campeón mundial Gary Gasparov.

A su pasión por el ajedrez sumaba su gusto por la música y la parranda. Le apasionaban las rancheras de Pedro Infante y los boleros de Agustín Lara, pero también oía la música de artistas



Foto 7. Pedro Eloy Cohen, "El Bombardeo", 1948
Foto: álbum familiar. Reproducción: Andrés Suárez para el CNMH

colombianos como José A. Morales, Garzón y Collazos y Silvio Brito y de los ecuatorianos Julio Jaramillo y Olimpo Cárdenas. Pedro Eloy no era ajeno a la fuerte influencia que había tenido la cultura mexicana en Colombia en la primera mitad del siglo XX.

El hombre tras el médico, el gestor y el denunciante, de carácter recio, estuvo siempre acompañado por sus sobrinos Edilma, Oliverio y Romualdo, pero fue sin duda Edilma y sus hijos quienes conformaron su familia. Como lo que se hereda no se hurta, Edilma continuó con la farmacia de Pedro Eloy hasta que la masacre del 23 de marzo de 1997 la forzó a ella y a su familia a desplazarse. La impronta de Pedro Eloy en Edilma se revela en su vena poética y su inclinación por la salud, lo que la llevó a convertirse en promotora de salud de El Salado. Aunque Pedro Eloy no tuvo hijos, Yarima, Cristina y Consuelo, los hijos de Edilma, alegraron su existencia y se convirtieron en su debilidad.

Don Pedro era un hombre de carácter fuerte, digamos que solamente yo le conocía cuál era su debilidad, él tras de esa, de ese hombre rudo que aparentaba ser, era un hombre muy sentimental y no había nada que lo pusiera a él pequeñito, que era cuando yo me le acercara a él, me le metía en las piernas, lo abrazaba, le sobaba la calvita, ya eso él perdía el año enseguida como dice uno, con esas caricias que yo le daba (...) Yo recuerdo que cuando estaba pequeña a mí me gustaba cantar mucho, entonces cuando eso existían las grabadoras y los casetes, él ponía un casete en blanco y comenzaba a grabarme, eso para él era felicidad. Entonces en sus parrandas, cuando él estaba bastante tomado de tragos, él comenzaba a colocar lo que me grababa a mí. Yo me acuerdo que una vez en El Salado hubo un brisón, un vendaval, y se le cayó el techo al colegio, entonces yo le dije que estábamos fregados, que al colegio le íbamos a poner pama, yo no dije palma, sino pama, eso era algo que él lo festejaba, le causaba risa (...) (CNMH, Yarima Caballero, Barranquilla, 21 de noviembre de 2014).

Pedro Eloy Cohen fue médico, poeta, inventor, político, deportista y también intelectual, pero lo que lo distinguió es que puso todo eso al servicio de su comunidad y a la reivindicación de que ninguna injusticia es ni aceptable ni legítima, que los derechos, como la dignidad, no son negociables (ver foto 8).

Su fortaleza era luchar por la verdad, él siempre se mantuvo firme. Su debilidad, la injusticia. Él cuando le tocaban un tema que veía que era algo que no era justo, él perdía la cordura, él explotaba, él era de los que hablaba, señalaba, decía, él se formó en lo próspero y lo que era adverso para su gente, ¿por qué?, porque él quería siempre era que salieran adelante, le daba rabia cuando la injusticia se ponía de por medio (...) (Yarima Caba-
llero, Barranquilla, 21 de noviembre de 2014).



Foto 8. Pedro Eloy Cohen con su inconfundible boina roja en el centro de la foto. El Salado, 1982
Fuente: álbum familiar. Reproducción: Andrés Suárez para el CNMH

A Pedro Eloy en sus 25 años de muerto

Por: Edilma Cohen

I

No ha sido fácil vivir sin ti
Extraño tanto tu compañía
Por qué tenías que morir así?
Yo me pregunto día tras día

II

El tiempo pasa inexorablemente
Y con el tiempo llega la resignación
Aunque ya me acostumbré a no verte
Tu recuerdo vive en mi corazón

III

Lazos sanguíneos no respetaron
Sin temor a Dios fuiste asesinado
Como una ofrenda te sacrificaron
Y fue la maldición para El Salado

IV

Tu muerte se quedó en la impunidad
A la justicia le tembló la mano
Maquillaron a su antojo la verdad
Aunque todos sabemos quién fue el villano

V

Hijo ilustre de un pueblo olvidado
Que luchaba por su superación
Solo pensaba en el progreso del Salado
La igualdad fue su más grande ilusión

VI

En cada calle quedó grabado
El ejemplo de la lucha tesonera
Fuiste la voz líder del Salado
Nuevas generaciones recogerán tu bandera

AGUSTÍN RAFAEL REDONDO PÉREZ

“Un pueblo sin cultura está condenado a ser víctima de su propio destino”



Foto 9. Agustín Redondo
Fuente: álbum familiar. Reproducción: Andrés Suárez para el CNMH

Agustín Redondo era llamado por Pedro Eloy Cohen “La Violina del Diablo”, evocación de ese gusto por bailar y montar a caballo. En ese espíritu inquieto yacía la personalidad inspiradora de un pionero, de un mentor, de un hombre de ideas nuevas que irrumpió para cambiar la forma de pensar de los saladeros. La memoria colectiva de este pueblo recuerda a Agustín Redondo como un hombre que leía mucho, lo que no alude simplemente a una afición personal sino al reconocimiento social de un hombre que llegó a ser lo que fue porque leyendo asumió conciencia de sus derechos y lo transmitió a otros para que pudieran defenderlos frente a las arbitrariedades.

Agustín Redondo nació el 19 de noviembre de 1930 en el corregimiento El Salado. Hijo de Apolinar Redondo y María Cristina Pérez, Agustín era el segundo de cuatro hermanos. Realizó sus estudios de primaria en El Salado y luego continuó con sus estudios de secundaria en El Carmen de Bolívar, los cuales interrumpió cuando cursaba octavo grado. Al igual que Pedro Eloy, de quien además era contemporáneo, Agustín procedía de una familia con una solvencia económica superior a la de la mayoría de la población, pues su padre era un ganadero con los recursos económicos suficientes para garantizar el acceso a la educación secundaria de sus hijos.

Su acceso a la educación básica y secundaria le permitió adquirir nuevos conocimientos y nuevas habilidades para conectarse con los cambios en su entorno social, político y económico, lo que se reforzó con la experiencia acumulada en su trasegar errante por Armenia, Cúcuta y Venezuela entre los años cincuenta y sesenta (ver foto 10).

En cada uno de estos lugares permanecía por largos periodos, alentado en unos casos por la presencia de familiares como su hermana Isabel en Armenia o Nelson Redondo en Cúcuta, empujado en otros por la crisis económica que limitó las fuentes de trabajo en El Salado y la región durante los años cincuenta y sesenta y que lo llevó a él, junto con otros tantos saladeros, a trabajar en Venezuela.

El impacto de las crisis económicas locales y regionales que se escampaban en Venezuela llevó a que se estableciera una colonia saladera en ese país que aún preserva sus lazos con el territorio.



Foto 10. Don Agustín en uno de sus viajes a la ciudad de Armenia
Fuente: álbum familiar. Reproducción: Andrés Suárez para el CNMH

La vivencia de las crisis económicas, su contacto con otras experiencias regionales, su acceso a la educación y la herencia del liderazgo que corría por sus venas, pues Apolinar (el padre de Agustín) además de ganadero gozaba del reconocimiento social como inspector de policía, fueron forjando la potencialidad de un liderazgo que irrumpió con mucha fuerza aprovechando las oportunidades que generaron los cambios políticos e institucionales en el ámbito nacional e internacional en los años sesenta. Sucesos de trascendencia política como el nuevo modelo institucional instaurado por el Frente Nacional con la creación de las JAC (juntas de acción comunal) como mecanismo de participación social y estímulo a la autogestión del desarrollo, el éxito de la revolución cubana y el maoísmo que propagaron las ideas de la izquierda política en América Latina, la reforma agraria y las luchas de la ANUC

(Asociación Nacional de Usuarios Campesinos) con las que el gobierno frentenacionalista de Carlos Lleras Restrepo buscaba la modernización del campo, catapultaron el liderazgo de Agustín Redondo.

Mediante la Ley 19 de 1958 el Estado institucionaliza las JAC como una organización social de base para promover el desarrollo. Se trataba de que los recursos públicos y el trabajo comunitario permitieran la provisión de bienes públicos centrados en obras de infraestructura como carreteras, puentes, caminos, puestos de salud, escuelas, viviendas, acueductos, alcantarillados, puestos de policía, empresas comunitarias y espacios comunales. A partir de esa oportunidad derivada del nuevo modelo institucional del Frente Nacional, Agustín Redondo se puso a la tarea de organizar y dirigir la primera Junta de Acción Comunal de El Salado. Por un lapso de dos décadas su figura se convirtió en la personificación de la Acción Comunal en el corregimiento El Salado. En sus primeros años de gestión en la década del sesenta, la Junta de Acción Comunal logró la construcción del puesto de salud y las murallas del pueblo.

La Junta de Acción Comunal forjó en los años sesenta el acumulado organizativo sobre el cual se montó la ANUC en los setenta en el corregimiento El Salado, razón por la cual no es casual que Agustín Redondo haya liderado la movilización campesina de la ANUC.

Con la Junta de Acción Comunal se abrió un canal de comunicación entre las comunidades y el Estado que rápidamente fue cooptado por las redes clientelistas de los partidos políticos. El clientelismo tradicional dio paso a un clientelismo moderno en el que los intermediarios políticos empezaron a generalizar el intercambio de votos por bienes públicos. La trama clientelar que fue cooptando las juntas de acción comunal desencadenó una competencia entre las comunidades por la provisión de bienes públicos, cuyo éxito dependía de la habilidad de los dirigentes para lograr el acuerdo más ventajoso con la red clientelar con mejores probabilidades de éxito electoral. Este tipo de arreglos con las redes

políticas locales implicaba compensaciones que iban desde bultos de cemento por una campaña política hasta la priorización de la inversión pública por una alta votación por una candidatura que resultase electa en un cargo público. Agustín Redondo recibió en muchas ocasiones bultos de cemento por su apoyo a campañas políticas, que, siendo entregados como una contraprestación a título individual, siempre fueron destinados a las murallas como bien público.

La relación con redes políticas locales que establece Agustín Redondo desde su gestión en la Junta de Acción Comunal, al igual que lo hiciera Pedro Eloy Cohen, tuvo un sentido oportunista, pero siempre guiado por un principio: más que la cuantía de la oferta, lo importante era la procedencia de la misma. No se trataba de quién ofrece más, se trata de quién cumple, pero sobre todo de quién hace la oferta. En este tema, la preferencia de los líderes y las personas importantes de El Salado era por redes políticas distintas de Los Chapolos apoyados por la familia García y más inclinadas hacia su oposición, en este caso, las familias Turbay o los Facionline.

La oportunidad que se abrió con la Junta de Acción Comunal se inscribió en un contexto social y político signado por el cambio. La irrupción de nuevas ideas políticas fue propagada por el éxito de la revolución cubana, el ímpetu del maoísmo en el comunismo internacional, el radicalismo de los sindicatos y los estudiantes y el creciente protagonismo de la izquierda política en la vida nacional. Nuevas ideas políticas con sesgo comunista que se inscribían en un contexto de crispación ideológica continental y mundial por la guerra fría que confrontaba a las dos superpotencias que habían emergido triunfantes de la segunda guerra mundial (Estados Unidos y Unión Soviética). En particular, el maoísmo como tendencia política dentro de la izquierda internacional resultaba próximo a las reivindicaciones de la ANUC en el contexto nacional por el papel protagónico del campesinado en el cambio revolucionario.

La irrupción y propagación de nuevas ideas políticas de tinte comunista no fueron indiferentes para Agustín Redondo, pues el

núcleo de las mismas interpelaba las realidades que hacían parte de la vida cotidiana de los saladeros: explotación, pobreza, marginalidad, desigualdad y exclusión. Lo que llevó a que Agustín Redondo abrazara las nuevas ideas políticas y diera prioridad a su enseñanza y su difusión entre los saladeros no fue su preferencia por un cambio revolucionario, más bien lo impulsó la conciencia sobre los derechos que entrañaban las nuevas ideas políticas, cuestionando el supuesto de que la arbitrariedad y el abuso del poder eran parte del orden natural de las cosas. Sin las nuevas ideas políticas Agustín Redondo no hubiese podido levantar su voz contra las injusticias, ni reivindicar el servicio a otros, ni luchar por el progreso del pueblo como pilares de su liderazgo. Una lucha política que, en todo caso, siempre libró por medios pacíficos.

Agustín es recordado por muchos de sus compañeros de lucha en la ANUC como el hombre con mayor conocimiento en el ideario comunista, profundamente estudioso y con amplia capacidad teórica. Algunos señalan que él era el hombre de las ideas, mientras que Alida Torres y Elías Márquez eran la mujer y el hombre de la acción dentro del movimiento campesino.

Cuando ideas y acciones convergieron, el movimiento campesino reveló todo su potencial político.

Estas nuevas ideas políticas de resonancia continental tuvieron su eco nacional. El miedo a la propagación del comunismo en América Latina con el éxito de la revolución cubana y la crispación de los problemas sociales, económicos y políticos en los distintos países de la región como una amenaza latente frente a un estallido revolucionario, llevó a que el gobierno de Estados Unidos bajo la administración de John F. Kennedy convocara a todos los países de la región en Uruguay para alinearlos en torno a su política de la Alianza para el Progreso, cuya finalidad era propiciar reformas sociales, económicas y políticas en la región que permitieran contener la amenaza comunista y erigir un modelo de desarrollo exitoso que se contrapusiera al ejemplo de Cuba. Una opción reformista para neutralizar la opción revolucionaria. La Alianza para el Progreso buscaba impulsar el desarrollo económico y expandir

la democracia en la región para contener el potencial revolucionario de la pobreza, la desigualdad y la exclusión.

Uno de los más fervientes seguidores de la política de la Alianza para el Progreso fue el dirigente liberal Carlos Lleras Restrepo, quien estaba convencido de que el reformismo era el único medio de contener la revolución. Siendo senador, Carlos Lleras Restrepo promovió y aprobó en el Congreso de la República la reforma agraria (Ley 135 de 1961). Cuando fue elegido presidente de la República (1966-1970), su gobierno se empeñó en acelerar la implementación de la reforma agraria. Consciente de las profundas resistencias y oposiciones que esta iba a generar entre la clase terrateniente poseedora del latifundio improductivo que era el nudo que buscaba desenredar su propuesta de modernización del campo, el presidente Lleras promovió la creación de una organización campesina de cobertura nacional que presionara y apalancara la implementación de la reforma agraria. Así surgió la ANUC que se organizó a partir de 1968 mediante la conformación de comités veredales, seguidos de asociaciones municipales y posteriormente de asociaciones departamentales, proceso que llevó a que su primer congreso nacional se realizara el 7 de julio de 1970. El proceso organizativo fue apoyado por toda la institucionalidad pública que se creó para la implementación de la reforma agraria, en particular por su ente rector: el INCORA.

La implementación de la reforma agraria del gobierno Lleras Restrepo y la conformación de la ANUC tuvieron su mayor impacto social y político en la costa Caribe, especialmente en los departamentos de Córdoba, Sucre y Bolívar. Entre estos últimos, los Montes de María se convirtieron en una de las regiones con mayor peso dentro de los procesos organizativos de la ANUC. La lucha no se agotó en el acceso a la tierra sino que se extendió a las reivindicaciones de los campesinos contra los exportadores tabacaleros.

El Comité de la ANUC en el corregimiento El Salado fue conformado en medio del proceso nacional de constitución de la organización campesina entre 1968 y 1970. El funcionario público del INCORA, Hugo Acero, emerge como un protagonista cen-

tral en todo el proceso de conformación y funcionamiento de la ANUC. No solo acompañaba, también asesoraba.

Todo el proceso social que se desencadenó con la conformación del comité de la ANUC puso nuevamente en el centro de la escena a Agustín Redondo. Además de su participación activa en la conformación de la organización, fue elegido como presidente del comité de la ANUC, siendo secundado por Alida Torres como vicepresidenta. Su designación reconoció a la Junta de Acción Comunal como el soporte organizativo sobre el que se levantaba la organización campesina.

Acompañado por Alida Torres, Abel Montes, Elías Márquez, Julio Ponce, Josefa Álvarez, Pura Chamorro y Román Torres, entre otros, la ANUC se sumó a la movilización social que se desencadenó en la región de los Montes de María con la implementación de la reforma agraria. La reivindicación de los saladeros no se centró en el acceso o la distribución de la tierra, no cuestionó la aparecería ni el microfundio, sus luchas se centraron en las arbitrariedades de las empresas tabacaleras con los campesinos. Sus reclamos no apuntaron al desmonte de la explotación capitalista de la economía tabacalera, la nacionalización de la comercialización del tabaco, la derogación del sistema de pagos anticipados y la ampliación del crédito, la proscripción de los intermediarios y su sustitución por cooperativas que trabaran relaciones directas con las empresas tabacaleras e incluso con los compradores en el exterior. No. Su lucha era la adulteración de la pesa.

No era un reclamo revolucionario, era la denuncia de una arbitrariedad que violaba las reglas de un juego que en sí mismo no era cuestionado. Era el reclamo contra un abuso que no era menor en tanto que era vital porque resultaba crítico para la supervivencia. La alteración de la pesa tenía profundas implicaciones sociales y económicas para los saladeros. Se reducía el ingreso, que de por sí era volátil en tanto que el precio del tabaco no estaba regulado sino que dependía del mercado, y con menos ingresos había que suplir el pago anticipado para la siembra de tabaco por parte de los intermediarios y además los costos de la supervivencia propia y la

del grupo familiar, lo que implicaba la reproducción de un ciclo de dependencia indefinida del sistema de pago anticipado porque no había opción de acumular un capital de base para invertir en la siguiente siembra.

Cualquier margen de ganancia de la producción de tabaco quedaba fraudulentamente en manos de la empresa y eso no solo acrecentaba sus ganancias, sino que reproducía la relación de dependencia económica del campesino. Por ello, la adulteración de la pesa significaba para el campesino una alteración en las reglas de juego de la relación económica, ya que el rendimiento productivo del pago anticipado no era respetado.

La lucha contra la adulteración de la pesa fue promovida por el comité de la ANUC e impulsada por una movilización social previa que tuvo la misma reivindicación en el municipio de San Jacinto. De hecho, el funcionario público del INCORA que asesoraba el comité de la ANUC recomendó la movilización reconociendo la legitimidad del reclamo.

Con este horizonte, los campesinos exigieron a las empresas tabacaleras el peso de su tabaco en una báscula que no estuviese adulterada, para lo cual promovieron la iniciativa de comprar e instalar una pesa pública en la casa campesina, exigiendo que las empresas y los intermediarios reconocieran el peso registrado. La reacción de las empresas y los intermediarios no se hizo esperar. Como medida de presión contra los campesinos, todas las empresas tabacaleras que compraban tabaco en El Salado decidieron no aceptar la exigencia y prohibieron la compra de tabaco.

Frente a la adulteración de la pesa, el comité de la ANUC liderado por Agustín Redondo propuso hacer una colecta entre los saladeros para adquirir una pesa nueva y no una usada que estuviese viciada. Una vez recogido el dinero, Agustín Redondo se fue a Barranquilla a comprarla con la asesoría del empresario tabacalero Vicente Duarte. Se había decidido que la pesa se transportaría por partes y que luego sería armada en la casa campesina en donde se instalaría y probaría. Cuando se produjo el traslado de la báscula, Agustín Redondo no encontró ningún transportador dispuesto a

llevarla hasta El Salado, entre otras razones porque las empresas tabacaleras lo habían prohibido y los conductores tenían miedo de las represalias por contravenir esa orden. Así las cosas, la pesa tuvo que ser llevada a pie por el área rural y luego de ser descargada en la vereda Arenas. Una comitiva de saladeros se dirigió hasta el lugar, la recogió y la transportó en una hamaca. Una vez en la casa campesina, en donde hoy funciona Cocosalado, la pesa fue armada y probada con un kilo de azúcar:

En el año 69, para que los señores compradores de tabaco no estafaran tanto a los campesinos, se decidió que se iba a comprar una báscula para que los propios campesinos pesaran el tabaco, el presidente de la Junta de Acción Comunal en ese entonces fue Agustín Redondo, uno de los líderes. Cuando iban a comprar la báscula, los señores que compraban el tabaco no querían, entonces una organización Alida Torres, Manuel Cárdenas, Abel Montes, Lorenzo Peña, ocho o veinte personas compraron un lote Cocosalado, ahí vino una báscula que no quisieron los señores compradores de tabaco entrarla en su carro, porque a ellos no les convenía, entonces los campesinos empezaron a buscar por donde era que iban a meter esa báscula, entre ellos los señores que compraban. Entonces la trajeron por vuela del 46 de a pie, entonces la báscula la pusieron ahí, los señores no querían aceptar, por eso Pedro Duarte entró a trabajar por eso, Vicente que era hijo de Alejandro Duarte no estaba de acuerdo por lo que estaban especulando al campesinado. En vista de que ya él aceptó llevaron un kilo de azúcar el señor Virgilio Donado *pa'* ver si la báscula... porque unos decían usted sabe cómo son las cosas, entonces trajeron el kilo de azúcar *pa'* ver si era verdad que estaba completa la báscula y así fue y funcionó todo el tiempo y aceptaron ellos eso, el tabaco después lo sacaban ellos mismos, lo aceptaron (CNMH, grupo focal, Corregimiento El Salado-Barrio Centro, 19 de abril de 2013).

Entonces recogieron 40.000 pesos y mandaron a Agustín a comprar la báscula, no la querían vieja porque ya estaba viciada y Agustín la compró en Barranquilla y al dejó por ahí en la carretera y ahí me llamaron a mí que fuera por ella, cuando yo le digo a una volqueta que la lleve, me dicen que no, porque eran las compañías de tabaco las dueñas de los carros y entonces la llevé a la 46 al lado de Ovejas y llamé a la gente para que fuera a buscarla de a pie y allá fueron a buscarla mujeres y hombres para llevarla *pa'l* Salado en hamaca, el señor Chico Tapias la armó y la gente le ponía flores a esa báscula, la besaban y la pusieron donde Ponce (CNMH, entrevista a Alida Torres, El Carmen de Bolívar, 18 de abril de 2013).

La báscula se convirtió en un bien público, siendo instalada en la casa campesina con la atención permanente de Julio Ponce y Josefa Álvarez. Todos los campesinos llevaban su tabaco a la pesa pública y el peso registrado era certificado para el conocimiento de las empresas tabacaleras y los intermediadores.

Las empresas tabacaleras y los intermediarios decidieron presionar a los campesinos y a la ANUC para reversar su exigencia, prohibiendo la compra de tabaco a quien reclamara el reconocimiento de lo certificado en la pesa pública. Este tipo de presión implicaba una apuesta arriesgada para campesinos pobres y endeudados que no contaban con una fuente de ingresos alternativa en una región económicamente dependiente del monocultivo de tabaco. Este pulso desigual entre empresarios y campesinos fue hábilmente aprovechado por una nueva empresa exportadora que incursionaba en la región y que contrató a Vicente Duarte como su representante en El Salado. Tabarama aprovechó el conflicto y contrató a Vicente Duarte para que comprara toda la producción de El Salado que le fuese posible, aceptando la báscula pública de los campesinos.

Enfrentados a la nueva competencia, los empresarios y los intermediarios acabaron por aceptar el peso registrado por la báscula pública para realizar la compra de tabaco. Vicente Duarte jugó un papel importante en la lucha social por la reivindicación de la

pesa pública. Hijo de Alejandro Duarte, primer representante de Coltabaco en El Salado, Vicente Duarte trabajaba para una de las empresas tabacaleras. Alineado desde el comienzo con la causa de los campesinos, Vicente enfrentó la reacción de los empresarios tabacaleros que acabaron expulsándolo del gremio y pactando su no contratación entre las empresas tabacaleras. Segregado del gremio, pero ampliamente reconocido entre los campesinos por el apoyo a su lucha, Vicente llegó incluso a aportar dinero para la compra de la báscula pública. Tabarama vio en su situación una oportunidad para incursionar en la competencia de la exportación de tabaco y lo contrató, sacando provecho hábilmente de la situación conflictiva y forzando a las empresas tabacaleras a ceder a la exigencia de los campesinos tabacaleros.

Con la Junta de Acción Comunal y la ANUC, Agustín Redondo forjó su reconocimiento social entre los saladeros, pero pagó un alto costo por ello.

A pesar de su procedencia de una familia con posibilidades económicas, Agustín Redondo concentró todas sus energías y sus esfuerzos en sus ideas, sus convicciones y su vocación inquebrantable de servir a otros, sin importar que ello le significara su empobrecimiento, su segregación y su estigmatización. Acoger nuevas ideas, difundirlas y llevarlas a la acción en un contexto de polarización ideológica atizada como el que se vivía en la Colombia de los años sesenta y setenta, tuvo un alto costo para Agustín y su familia. Las reivindicaciones que lideraba tocaban poderosos intereses económicos que le hicieron sentir el precio de lo que ellos consideraban una osadía.

Agustín vivió confinado a la explotación de una pequeña finca que había heredado de su padre y que a duras penas le proveía lo necesario para su subsistencia. Estigmatizado como comunista en un momento histórico en el que esa etiqueta resultaba socialmente tan descalificadora y portadora de un peligro que había que evitar, como hoy en día puede serlo el que se califique a alguien como guerrillero o terrorista, Agustín debió enfrentar desde hostigamientos por parte de la policía que en alguna ocasión lo llevó al

cementerio para interrogarlo por allá en los años sesenta, pasando por el allanamiento de su casa de donde se lo llevaron en los años noventa acusándolo ahora de guerrillero, hasta letreros en los caminos en los que le insistían en que se fuera porque lo iban a matar.

Y no fue solo persecución, también segregación. El estigma de comunista con el que era etiquetado restringió sus oportunidades laborales, pues muchos no querían darle trabajo porque a los comunistas se les consideraba como “perezosos” u “holgazanes” por organizar huelgas, paros o protestas. Agustín enfrentaba dificultades para conseguir quien le anticipara un pago para sembrar y sus luchas sociales contra las empresas tabacaleras le cerraron cualquier posibilidad de dedicarse a la siembra y cultivo de tabaco.

El empobrecimiento económico de Agustín a medida que continuaba su trasegar en la vida pública de El Salado, se convirtió en un ejemplo de la transparencia con que debe conducirse un liderazgo, lo que se exalta en la memoria colectiva de los saladeros que ven en su humildad una prueba de que toda su gestión tuvo como vocación el servicio a los otros y el progreso del pueblo, más no su beneficio personal. Muchos saladeros recalcan en sus relatos que si Agustín hubiese empleado todo su ingenio para su beneficio personal, sin ninguna duda se hubiese convertido en uno de los hombres más ricos de su pueblo.

Con el declive de la ANUC, Agustín Redondo promovió el relevo generacional en el liderazgo comunitario y decide reconstruir su vida privada. Se encontró nuevamente en su camino con Sofía Rico, a quien unió su vida por los siguientes cuarenta años en 1971. Su primer hijo, Agustín, nació en 1972, luego vino Isabel en 1973 y finalmente Ana Tulia en 1975.

En medio de la creciente radicalización de la ANUC, un nuevo escenario de lucha se desencadena en El Salado con el protagonismo del Comité de la ANUC. Con un perfil más bajo de Agustín Redondo, pero con el acumulado que había dejado la Acción Comunal y la lucha por la pesa pública por parte de la ANUC, este nuevo proceso de movilización social reivindicativo tendrá el protagonismo de nuevos liderazgos dentro de la ANUC.

En 1973, luego de que el INCORA pusiera en marcha un plan de emergencias que contemplaba amplios créditos para enfrentar la presión de los aparceros sobre los latifundistas y el creciente desempleo, se presentó una superproducción de tabaco y las empresas exportadoras aprovecharon las oportunidades para especular a la baja con el precio. El oportunismo de las empresas tabacaleras frente a la bonanza generó un creciente malestar e inconformidad en toda la región de los Montes de María. Varias manifestaciones se registraron en El Carmen de Bolívar, Ovejas y Palmitos, y en ellas los campesinos indignados quemaron varias pacas de tabaco.

El Salado no escapó a las tensiones de la coyuntura regional, pero sus reivindicaciones trascendieron el reclamo por la especulación con el precio. La superproducción de tabaco en El Salado en 1973 provocó, como en el resto de la región, que las empresas tabacaleras redujeran el precio de compra, incumpliendo el precio acordado durante el periodo de siembra. Si en ese entonces ofrecieron pagar el kilo a 15 pesos, cuando se produjo la cosecha lo pagaban a 3 pesos. Esto generó indignación entre los campesinos cosecheros, quienes decidieron ir más allá de exigir que se regulara el precio.

La bonanza de El Salado tuvo la particularidad de que la inclenencia del invierno volvió intransitable la vía hacia El Carmen de Bolívar y eso impedía que el tabaco pudiese ser sacado del corregimiento por las empresas tabacaleras y sus intermediarios. Ante esta situación, los saladeros convirtieron la dificultad en una oportunidad. Frente a la imposibilidad de sacar el tabaco, los saladeros se reunieron y elevaron una petición a las empresas tabacaleras: alisar, prensar y procesar el tabaco en el pueblo y sacarlo listo para su exportación. Ante el riesgo de perder la producción por la imposibilidad de sacarlo, la opción era procesarlo en el pueblo y ganar tiempo mientras mejoraba el clima y se arreglaba el tránsito por la vía. La propuesta fue rechazada por las empresas tabacaleras y los campesinos saladeros decidieron irse a un paro que duró 15 días y que impedía la salida del tabaco de El Salado. Ante la presión, las empresas tabacaleras cedieron a las exigencias y aceptaron que a

partir de entonces el tabaco fuera alisado, prensado y procesado en las bodegas de sus empresas que serían acondicionadas para ese fin.

Este logro significó para los saladeros la generación de nuevas fuentes de trabajo dentro de la economía tabacalera más allá de la producción de la hoja de tabaco, garantizando oportunidades laborales a las mujeres que se vinculaban como alisadoras y a más hombres que ahora asumían los oficios de una bodega tabacalera que iban desde el cargue, pasando por el prensado, hasta la supervisión de la temperatura para evitar incendios por la alta concentración de alquitrán del tabaco.

En el año 73, después que había pasado una cosecha muy grande de tabaco, las empresas no la habían podido sacar por motivos de invierno. Ya nosotros, entre la Acción Comunal y la ANUC decidimos hacer una asamblea e invitar a la gente del pueblo a discutir si éramos capaces de que ese tabaco se elaborara en El Salado, hicimos una reunión muy amplia en la casa de la señora Aideth Ortega donde fueron aproximadamente 120 personas y unánimemente todos estuvieron de acuerdo que se hiciera la petición, levantamos un acta con todos los presentes y al día siguiente se había llamado a las personas más sobresalientes del Salado, en ese caso el médico Pedro Eloy Cohen, el inspector Manuel Yepes, los gerentes de las empresas en El Salado Carlos Herrera, Pedro Duarte, Hernando Yepes, Julio Torres, Carlos de la Rosa y otros y también formaron y nos fuimos a Ovejas donde estaban los hermanos Pizarro y el gerente de Tairona y se sorprendieron mucho y quisieron decirnos que no se podía, pero la fuerza de la gente era tan grande que decían que sí se podía y no hubo arreglo ese día y nos fuimos a un paro, no dejar sacar ni un solo kilo de tabaco del Salado, después de una lucha de 15 días la gente permanecía en la entrada al Salado, nos mandaron algunas comisiones de policías, de control y demostrábamos tener mucha educación en la lucha, mucha diplomacia y lo único que se pedía era el trabajo para El Salado y logramos tener el trabajo y fue la primera victoria entre la ANUC y Acción Comunal

(CNMH, entrevista a Elvia Badel y Samuel Torres, Corregimiento El Salado, 20 de abril de 2013).

Luego de las gestas de la ANUC que limitaron las arbitrariedades de las empresas tabacaleras, reivindicaron los derechos de los campesinos tabacaleros y propiciaron el desarrollo económico con el procesamiento del tabaco en las bodegas del pueblo, erigiendo el corregimiento en un centro económico subregional; Agustín Redondo promueve nuevos liderazgos y prioriza la vida privada que ahora empezaba a construir con Sofía y sus tres hijos, lo que no significa que abandonase la vida pública. Dedicado a las labores agrícolas y al trabajo por días, Agustín sobrevivió en medio de una situación económica precaria con la cual logró con mucho esfuerzo solventar la educación de sus hijos (ver foto 11).

A pesar de las vicisitudes, Agustín nunca dejó de leer. Ya no leía solo sobre política, como cuando abrazó las nuevas ideas en los años sesenta, ahora su oferta literaria se diversificó a los temas más variados: ciencia, cultura, religión y matemáticas, entre otros.

Agustín nunca perdió su condición de mentor, inspirador y pionero, razón por la cual era visitado, escuchado y consultado de manera permanente por los nuevos líderes que iban emergiendo en el pueblo como Álvaro Pérez Ponce, Lucho Torres y María Cabrera.

Su permanencia en la vida pública lo convirtió en uno de los gestores de la iniciativa de construir un colegio de bachillerato en El Salado en la primera mitad de los años ochenta, razón por la cual presidió la primera junta directiva del nuevo colegio inaugurado en 1985.

Presente aún en la vida pública, Agustín tuvo que atestiguar cómo el conflicto armado irrumpió en la vida de su pueblo en la primera mitad de los años noventa con la presencia de la guerrilla de las FARC y la guerra desencadenada con la fuerza pública y los grupos paramilitares, lo que provocó una estela de devastación que casi desaparece el pueblo que él había ayudado a construir. Como muchos saladeros, Agustín afrontó el éxodo que provocaron las masacres del 23 de marzo de 1997 y la del 16 al 21 de febrero de 2000, pero también los retornos. El pueblo enmontado que encon-



Foto 11. Don Agustín, Sofia Rico y su hijo Agustín durante su graduación como bachiller. Fuente: álbum familiar. Reproducción: Andrés Suárez para el CNMH

traron las personas retornadas luego de dos años de abandono tras la masacre de febrero de 2000 escondía tras la maleza un puesto de salud en ruinas y unas murallas destruidas.

Agustín tuvo que atestiguar cómo muchos de sus logros colapsaron por la devastación provocada por los actores armados. El puesto de salud construido por la Acción Comunal convertido en ruina, totalmente desmantelado, situación que solo se revirtió diez años después de la masacre cuando la CNRR con el apoyo de la OIM reconstruyeron el puesto de salud dentro de los mínimos vitales para el plan de reparación colectiva. Hoy en día el puesto de salud luce restaurado, totalmente equipado y, lo más importante, cuenta con un equipo médico y una ambulancia. Las murallas que permitieron la movilidad por el pueblo igualmente quedaron destruidas y hace apenas un año se puso en marcha un proyecto de la Gobernación de Bolívar con el apoyo de la Fundación Semana para su recuperación (ver fotos 12 y 13).



Foto 12. Actual puesto de salud de El Salado
Fotógrafo: Andrés Suárez para el CNMH



Foto 13. Una de las murallas restaurada en El Salado hoy
Fotógrafo: Andrés Suárez para el CNMH

Pero quizá el impacto más devastador fue la desestructuración económica de la industria tabacalera en El Salado. El reacomodamiento del mercado mundial del tabaco en los años noventa desaceleró la industria nacional, pero en el caso particular de El Salado esto se aunó a las extorsiones de la guerrilla a las empresas tabacaleras y al comercio, lo que desembocó en el desmonte de las bodegas tabacaleras del pueblo y con ello el fin del periodo de auge asociado al procesamiento del tabaco en el mismo (ver foto 14). Se perdieron fuentes de empleo y El Salado quedó sumido en una crisis económica de la que aún hoy no ha podido recuperarse, agravada además por las masacres, los desplazamientos forzados y la precariedad económica que marcó el retorno. Las bodegas aún permanecen vacías y siguen esperando por ser llenadas como augurio de una prosperidad por venir.



Foto 14. Bodega tabacalera de Julio y Armando Torres en los años de la bonanza tabacalera
Fuente: Comisión Colombiana de Juristas

Todo lo material puede perderse, pero lo que nunca les podrá ser arrebatados a los saladeros será la memoria de sus luchas y sus gestas, y mientras ellas pervivan, todo puede reconstruirse. Es por ello que se exalta en la memoria colectiva el recuerdo de Agustín Redondo: el hombre que le enseñó a los saladeros que existían derechos y que había que organizarse para defenderlos. Ese es el legado de Agustín Redondo que ni la devastación del conflicto armado pueden arrasar.

En medio de las vicisitudes y las dificultades de un conflicto armado que amenazaba la existencia de su pueblo, Agustín jugó un papel protagónico en los momentos más críticos del conflicto armado. Así, luego del primer éxodo tras la masacre del 23 de marzo de 1997, Agustín Redondo participó activamente en la reorganización de la junta de acción comunal. A pesar del profundo impacto personal que le provocó la muerte violenta de su hija Isabel en 1998, Agustín no abandonó totalmente la vida pública,

siendo parte de la primera junta provisional de Asodesbol junto con María Cabrera, Pedro Duarte y Lucho Torres, lo que lo convirtió en uno de los mentores del retorno de 2002.

En medio de la problemática del retorno, sumado a las huellas que le dejó su tragedia familiar, la salud de Agustín Redondo se deterioró rápidamente, lo que lo llevó a la muerte el 25 de agosto de 2010. El tiempo no le alcanzó para atestiguar cómo su legado ha inspirado la reconstrucción de El Salado (ver foto 15).



Foto 15. Agustín Redondo a sus 87 años, 2009
Fuente: álbum familiar. Reproducción: Andrés Suárez para el CNMH

Álvaro Pérez Ponce

“El que no la deba, no la tema”

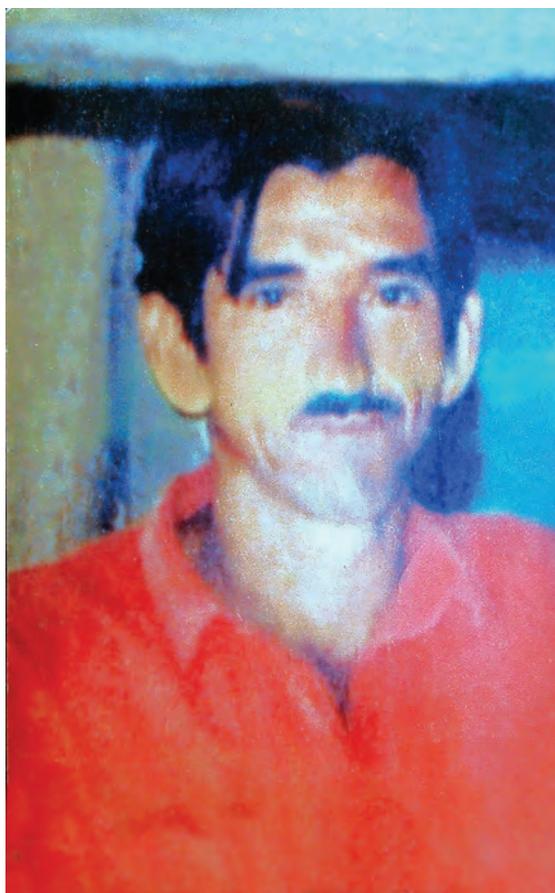


Foto 16. Álvaro Pérez Ponce. Fuente: archivo familiar.
Reproducción: Andrés Suárez para el CNMH

Conocido como el “Chino Pérez” por su pelo liso, “Padilla” por el apellido de su papá y “El Cachaco” por su piel blanca, Álvaro Pérez Ponce fue uno más de los saladeros a quienes se recuerda por sus apodos y no por su nombre de pila.

Formado en las luchas de la ANUC en sus reivindicaciones por una pesa pública y la elaboración del tabaco en el pueblo entre finales de los años sesenta y la primera mitad de los años setenta, Álvaro Pérez hizo parte de la nueva generación de líderes que irrumpieron en la vida pública de El Salado como herederos de las nuevas ideas de Agustín Redondo y la lucha ejemplar de Alida Torres y Elías Márquez. Álvaro se convirtió en uno de los campesinos que mejor vendía su cosecha de tabaco.

El sino trágico del relevo generacional del liderazgo será su desenvolvimiento en medio de las turbulencias del conflicto armado y la letalidad de la estigmatización. Es el tránsito de una estigmatización que va desde el comunista hasta el guerrillero como criminalización del liderazgo comunitario. Álvaro Pérez se convierte en el primero de una saga trágica de líderes comunitarios asesinados como Luis Pablo Redondo y María Cabrera.

Álvaro Pérez Ponce nació el 12 de junio de 1955 en el seno del hogar conformado por Juan Agustín Pérez Padilla e Isabel Ponce, siendo el mayor de sus nueve hijos (ver foto 17). Nacido en una familia de campesinos pobres, Álvaro tuvo que trabajar desde muy niño en las labores del campo para ayudarlo a su padre. La precariedad económica en que transcurrió su infancia apenas le permitió suplir sus estudios de básica primaria. Pero lo que no pudo aprender en la escuela, se lo enseñó con creces la experiencia de la ANUC.

En su juventud abrazó el fútbol como la mayor afición de su vida. Se integró al equipo Unión Bolívar y participó en varios campeonatos que ya por entonces eran parte de la tradición de El Salado y de la región (ver foto 18). El mentor del equipo fue el señor David Álvarez, quien en el periodo 1994-1997 se convirtió en uno de los concejales electos por El Salado para el concejo municipal de El Carmen de Bolívar. La pasión de Álvaro por el fútbol fue vital para él y eso probablemente sin proponérselo permitió que despuntara su liderazgo. Dos hechos son importantes en esta faceta de su vida.



Foto 17. Lorena Pérez, Arnaldo Pérez, Álvaro Pérez Ponce y Libardo Ponce (de izquierda a derecha en la foto) Fuente: archivo familiar. Reproducción: Andrés Suárez para el CNMH



Foto 18. Álvaro Pérez Ponce en el equipo de fútbol Unión Bolívar (primero de derecha a izquierda en la primera fila de los futbolistas junto a David Álvarez con camisa blanca) Fuente: archivo familiar. Reproducción: Andrés Suárez para el CNMH

El primero de ellos fue la decisión de entrar una noche a una parte del predio del señor Eduardo Medina en el barrio arriba para habilitar allí un campo de fútbol con el que no contaba en ese momento el pueblo. El Salado tenía equipos de fútbol, pero no campo. A pesar de su malestar, don Eduardo consintió el uso dado al lote como campo de fútbol para que los muchachos jugaran e hicieran sus campeonatos. Hoy en día, el campo de fútbol del barrio arriba sigue siendo el mayor escenario deportivo con el que cuenta El Salado. Un bien privado habilitado como escenario deportivo significó para Álvaro y sus acompañantes la provisión de un bien público basado en la autogestión (ver foto 19).



Foto 19. Campo de fútbol de El Salado. Barrio arriba frente al colegio de bachillerato
Fotógrafo: Andrés Suárez para el CNMH

Junto con el logro del campo de fútbol, la pasión de Álvaro hizo que promoviera una iniciativa para que el paso de los años no fuese un impedimento para seguir jugando. Propuso la formación de un equipo de fútbol integrado por los adultos que eran considerados como veteranos y no aptos para continuar la práctica del deporte. Fue así como nació el equipo de fútbol de Los Rodillones que participó en distintos campeonatos hasta su disolución luego de la masacre del 23 de marzo de 1997.

El fútbol no fue la única pasión de Álvaro. En su juventud desarrolló su inclinación por la música, integrándose a un conjunto vallenato liderado por Antonio Ramos que pervivió por 15 años. Como guacharaquero, cajero y cantante, Álvaro recorrió durante su juventud varios pueblos amenizando parrandas vallenatas y haciéndose unos pesos de más que no le sobraban. *Caño Lindo* era su canción preferida y también la de muchos saladeros que como don Gustavo Redondo le pedían de manera insistente que la cantara. Este tema fue compuesto por un campesino, Adriano Salas, y se convirtió en un éxito en la región.

Caño Lindo

Por Adriano Salas

Adiós caño lindo
ya me voy despidiendo
adiós panorama delicioso de los llanos
se va Adriano Salas y es por motivos de invierno
ahora volveré con el próximo verano.

Julio Sierra dijo: "yo me llevo mi ganado"
como cajonero yo me llevo a Adriano Salas
rogándole a Dios que no se presente el diablo
con un tiple viejo hablándole de parranda.

Ya no se ven los pastos por el agua
está inundada toda la región
ya no acompaño más con mi guitarra
a las aves silvestres del playón.

Adiós caño lindo con tus aguas encantadas
tu bella rivera y tu rica vegetación
se quedó Ana Sierra y eso sí me parte el alma
por eso me voy sufriendo del corazón.

Aún todavía hay recuerdos en el alma
que son imborrables pa' mi pobre corazón
adiós caño lindo con tus aguas encantadas
tu bella rivera y tu rica vegetación
Me voy muy triste y lleno de guayabo
al devolverme no encuentro el camino
con la esperanza que llegue el verano
para volver de nuevo al caño lindo.

Adiós caño lindo
ya me voy despidiendo
adiós panorama delicioso de los llanos
se va Adriano Salas y es por motivos de invierno
ahora volveré con el próximo verano.

Julio Sierra dijo: “yo me llevo mi ganado”
como cajonero yo me llevo a Adriano Salas
rogándole a Dios que no se presente el diablo
con un tiple viejo hablándole de parranda.

Ya no se ven los pastos por el agua
está inundada toda la región
ya no acompaño más con mi guitarra
a las aves silvestres del playón.
Adiós caño lindo con tus aguas encantadas
tu bella rivera y tu rica vegetación
se quedó Ana Sierra y eso sí me parte el alma
por eso me voy sufriendo del corazón.

Aún todavía hay recuerdos en el alma
que son imborrables pa' mi pobre corazón
adiós caño lindo con tus aguas encantadas
Tu bella rivera y tu rica vegetación
Me voy muy triste y lleno de guayabo
Al devolverme no encuentro el camino
Con la esperanza que llegue el verano
Para volver de nuevo al caño lindo.

En medio del fútbol y la música en su juventud, Álvaro conoció a Elvia Badel, con quien unió su vida en 1974 luego de cuatro meses de noviazgo. Juntos participaron en las luchas de la ANUC bajo el liderazgo de Agustín Redondo, Elías Márquez y Alida Torres. Formados políticamente en la movilización campesina, Álvaro y Elvia hicieron parte de la nueva generación de liderazgos que relevó a Agustín Redondo, Alida Torres y Elías Márquez. Junto con Álvaro aparecieron Samuel Torres, David Montes, Luis Alberto Alvis, Elsy Cortés y Ester Alvis. Esta nueva generación asume el liderazgo desde la segunda mitad de los años setenta conformando un comité de participación comunitaria para continuar con la labor de la acción comunal. Este comité logró proveer una unidad odontológica para el puesto de salud, arreglar las murallas, construir un aula múltiple para la escuela de primaria con la venta de la planta eléctrica que había gestionado Pedro Eloy con David Turbay, hacer el puente sobre el arroyo Morrocoy y promover la llegada de los primeros hogares comunitarios:

En los años 75 o 76, recuerdo que mientras Álvaro Pérez era el presidente de Acción Comunal yo estaba siendo presidente de la ANUC acá en el Salado, porque ya Agustín Redondo y Elías Márquez habían dejado de serlo y entra Samuel Cárdenas y Pura Chamorro. La lucha era crear un comité de participación comunitaria y de esa forma íbamos conformando el comité y se nos dieron algunas herramientas jurídicas y comenzamos a hacer contacto y a tocar puertas. Decidimos vender una planta eléctrica que había en el Centro de Salud que tenía 18 años y nadie se había atrevido a meterse con eso porque no le entendían, nosotros lo hicimos y recogimos una colaboración que se necesitaba para la primaria que era hacer una aula múltiple, en el bachillerato no había rector y se necesitaba cambiar la estructura metálica al bachillerato. La gente que reunía alrededor de la salud necesitaban una unidad odontológica, nosotros supimos sortear esa dificultad. Bueno, tuvimos que afrontar la construcción de unas murallas que se nos destruían, hacer el

puente sobre el Arroyo Morrocoy, la compra de la báscula y en el 91 o 92 nos tocó hacer una botica en el centro de salud y los hogares comunitarios llegaron a este pueblo gracias a ese comité (CNMH, entrevista a Elvia Badel y Samuel Torres, Corregimiento El Salado, 20 de abril de 2013).

Esta irrupción en la vida pública a través del comité de participación comunitaria fue llevada a cabo por Álvaro desde la zona rural. Luego de su unión con Elvia y la llegada de los hijos, la familia se fue a trabajar en la finca Babilonia durante un año. Tras esa corta estancia decidieron tomar camino hacia Soarero-Arizona, siguiendo la vida errante de los campesinos sin tierra que dependían de la aparcería, es decir, el acceso a la tierra que daban los propietarios a cambio de pastos.

La oportunidad de Soarero-Arizona surgió luego de que la tierra fuese abandonada por su ocupante tras un intento de asalto en el cual resultó un herido. Con el predio abandonado, Eduardo Medina, quien con el paso de los años se convirtió en un padre para Álvaro, luego de superar el incidente del campo de fútbol, lo animó a que ocupara el predio con la promesa de que él hablaría con sus propietarios para que le permitieran trabajar allí. Con el permiso de los propietarios, Álvaro y Elvia llegan al Soarero en 1978 y comenzaron a trabajar la tierra sin que los propietarios exigiesen contraprestación por el uso del predio. Luego otras familias llegaron al predio con el permiso de los propietarios bajo las mismas condiciones de trabajar y cultivar la tierra. Después de un tiempo el señor Pedro Arrieta, propietario del predio, lo hipoteca en el banco y pide a los campesinos que hagan la solicitud al INCORA para que adquieran dicho predio y este les quede a los campesinos ocupantes. Esta situación pronto propiciaría un conflicto con el banco que reclamaba el desalojo de los campesinos, mientras estos reivindicaban que el mismo ya había sido adquirido por el INCORA y que solo restaba la titulación.

Con ello se dio inicio a la lucha por la tierra de Álvaro y Elvia, junto con las otras familias, quienes se organizaron en un comité

y reeditaron el capítulo de las luchas campesinas de la ANUC. El pleito judicial se ha prorrogado por más de 30 años y aún sigue sin fallo resolutorio.

En medio de su lucha por la tierra en el Soarero, Álvaro siguió asistiendo a las movilizaciones campesinas que se presentaban en la región y participando del comité comunitario de El Salado. Permaneció en el Soarero desde su ocupación en 1978 hasta inicios de 1997 cuando se recrudeció la violencia desencadenada por los cuatrereros y atizada por la irrupción del conflicto armado en la zona con la llegada de la guerrilla. Los asesinatos selectivos cada vez más recurrentes en la zona rural, incluyendo el de uno de los compañeros de la lucha por la tierra en el Soarero, precipitaron la decisión de Álvaro y su familia de desplazarse a la cabecera del corregimiento. Vivían en el pueblo, pero todos los días iban a trabajar a la finca.

Vivir en el pueblo catapultó el liderazgo de Álvaro Pérez, siendo elegido presidente de la Junta de Acción Comunal, posición desde la cual lideraría la obra pública más importante de su gestión: el acueducto comunitario. Álvaro permaneció cinco años en la Junta de Acción Comunal, de la cual también hacían parte Samuel Humberto Torres, David Montes Torres, Luis Alberto Alvis Badel, Gilberto Arroyo, Elsy Cortes y Roberto Pérez.

El Salado debe su nombre a la importante reserva acuífera de su suelo. Los pozos de La Trampa y El Pindán ubicados en el centro del pueblo se convirtieron en el eje del poblamiento de este asentamiento humano. Por muchos años, los saladeros se proveían del agua yendo a los pozos, pues se carecía de un acueducto que la distribuyera hacia los tanques de sus viviendas. A medida que el corregimiento iba creciendo, la provisión de agua desde los pozos se hacía más difícil.

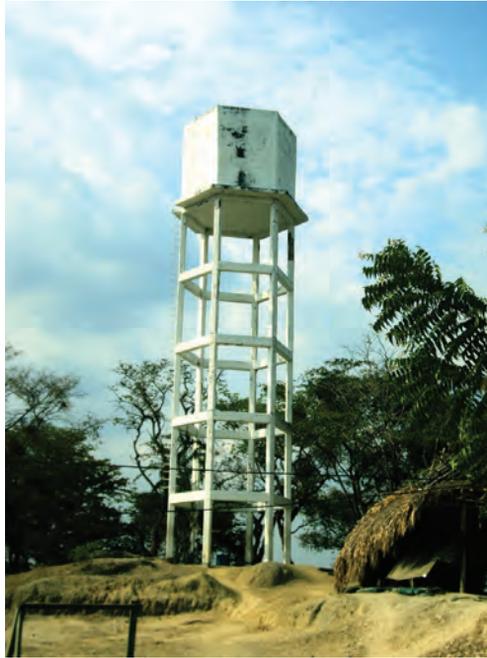
Inspirados en la filosofía de la Acción Comunal que había permitido la construcción mediante trabajo comunitario de obras públicas como el puesto de salud o las murallas, Álvaro Pérez y su Junta de Acción Comunal pusieron en marcha la empresa de construir un acueducto comunitario. Se construyó un tanque en

la parte alta del pueblo que era abastecido con una motobomba y luego era bombeado por redes de distribución hacia los tanques de las casas (ver fotos 20 y 21). La gestión comunitaria no se quedó únicamente en la construcción de la obra sino que se extendió hasta su administración. Se conformó una Junta de Administración del acueducto comunitario y se nombraron los fontaneros para que se ocuparan del mantenimiento y la operación diaria del bombeo. Esta junta del acueducto fue presidida por Gilberto Arroyo. De hecho, los saladeros recuerdan que la selección de los fontaneros se llevó a cabo en la casa de Álvaro.

Lo distintivo de la gestión de Álvaro Pérez en la Junta de Acción Comunal no residió únicamente en la provisión de bienes públicos como el acueducto comunitario, sino que se inscribió en una apuesta política más amplia que buscaba trascender la intermediación de las redes políticas locales.

Para las elecciones locales de 1994 los saladeros hicieron una apuesta política novedosa por fuera de los arreglos clientelistas tradicionales. En primer lugar, decidieron buscar representación política directa en el poder local y no depender de las promesas de los políticos tradicionales. Fue así como Emiro Cohen y David Álvarez se postularon por el Partido Liberal y resultaron electos como concejales de El Carmen de Bolívar. En segundo lugar, decidieron apoyar una candidatura independiente para la alcaldía de El Carmen de Bolívar, por fuera de las maquinarias electorales de los partidos tradicionales. Apostaron por Olmes Torres, quien se presentó a nombre de un movimiento independiente (Unión Cristiana) y ganó la alcaldía, derrotando a los principales caciques electorales del municipio.

Más que la instrumentalización del intercambio clientelista con las redes políticas tradicionales, lo que los saladeros buscaron fue la identificación con un proyecto político alternativo en sintonía con lo que estaba ocurriendo en el país que cada vez se identificaba menos con los partidos tradicionales y que desde el voto de opinión empezaba una búsqueda de nuevas opciones, especialmente después de la Asamblea Nacional Constituyente que promulgó



Fotos 20 y 21. Sistema de acueducto en El Salado
Fotógrafo: Andrés Suárez para el CNMH

una nueva Constitución Política en 1991 y dio paso a un nuevo movimiento político con gran éxito electoral como la Alianza Democrática M-19, organización política surgida de los acuerdos de paz entre el gobierno Barco y la guerrilla del M-19.

Este alineamiento político era coherente con las ideas que abrazaba Álvaro Pérez desde sus luchas en la ANUC y que había aprendido de Agustín Redondo, Alida Torres y Elías Márquez. De hecho, las preferencias políticas de Álvaro en el ámbito nacional iban en sintonía con la irrupción de movimientos políticos nuevos como la Unión Patriótica, el Nuevo Liberalismo y la Alianza Democrática M-19 entre mediados de los ochenta y comienzos de los noventa.

Con representación política en el concejo de El Carmen de Bolívar y la alianza ganadora con el alcalde electo Olmes Torres, El Salado empezó a recibir más inversión pública y más atención estatal por parte de la administración de El Carmen de Bolívar. Se arreglaron caminos, se mejoró el puesto de salud, se realizaron campañas de vacunación y se brindó capacitación para la formación de promotoras de salud. De hecho, Elvia Badel, su esposa, fue designada como promotora municipal de salud.

A pesar de lo anterior, tanto la gestión de Álvaro Pérez en la Junta de Acción Comunal de El Salado como la de Olmes Torres en la alcaldía de El Carmen de Bolívar, tuvieron que enfrentar los efectos del recrudecimiento del conflicto armado en la región desde 1995 con la expansión de la guerrilla de las FARC y el surgimiento de los grupos paramilitares. A las limitaciones que se impusieron a sus gestiones por la alteración del orden público, se sumó una creciente estigmatización sobre líderes comunitarios a quienes se les asoció e identificó por su posición y su rol como parte orgánica de la guerrilla. Las extorsiones de la guerrilla contra las empresas tabacaleras y el comercio provocaron una crisis económica por la pérdida de fuentes de trabajo, lo que sumado a una creciente tensión por los ataques a las propiedades de medianos y grandes propietarios del pueblo, desencadenó una guerra sin cuartel entre la guerrilla de las FARC, Santander Cohen y los

Méndez (medianos y grandes propietarios afectados por las FARC que dieron origen a los grupos paramilitares y a quienes se asocia con el cuatrero de los años ochenta). Las FARC emboscaron una patrulla militar que intentaba sacar a Santander Cohen del pueblo el 28 de agosto de 1995, asesinando al propio Santander y al comandante del Batallón de Infantería No 5 Coronel Alfredo Persand. Al mes siguiente atacaron el puesto de policía y destruyeron la casa de Santander Cohen. Para 1997, el corregimiento El Salado ya no contaba con presencia de la policía y las hostilidades entre las FARC y los Méndez estaban en su punto más álgido.

En medio de la creciente tensión los paramilitares irrumpieron el 3 de marzo de 1997 en el corregimiento profiriendo amenazas contra la población y ordenando el cierre del comercio so pena de una nueva incursión veinte días después. El 23 de marzo de 1997 un comando paramilitar incursionó en el corregimiento, reunió a la población en la plaza principal y frente a todos asesinó a la profesora Doris Torres. Como reacción ante la arbitrariedad, José Esteban Domínguez, Ender Domínguez y Néstor Torres increparon a los paramilitares y fueron acribillados en el mismo lugar. Los paramilitares llevaban en su lista el nombre de Álvaro Padilla. Álvaro fue interrogado por los paramilitares y cuando estos constataron que su documento de identidad no coincidía con el de su lista, lo dejaron ir. Cuando regresó a su casa, los paramilitares entraron violentamente en la misma y se lo llevaron por la fuerza, destruyendo a su paso todos los enseres e increpando a Elvia y a su esposo por sus supuestos vínculos con la insurgencia (ver foto 22).

Álvaro Pérez Ponce fue llevado a la fuerza por los paramilitares y su paradero era desconocido hasta que en 2007 el jefe paramilitar Salvatore Mancuso confesó su responsabilidad en la masacre del 23 de marzo de 1997 en el corregimiento El Salado y reconoció que Álvaro había sido asesinado. Su cuerpo nunca pudo ser recuperado, pero sus familiares como su pueblo siguen reclamando la restitución del buen nombre de su líder, de quien Salvatore Mancuso indicó que fue asesinado por sus vínculos con la guerrilla.

La masacre del 23 de marzo de 1997, una de cuyas víctimas fue el presidente de la Junta de Acción Comunal, Álvaro Pérez Ponce, provocó el primer desplazamiento forzado masivo del corregimiento El Salado y confrontó por primera vez a este pueblo con su desaparición, pues durante tres meses fue un pueblo fantasma. Solo retornaron 4.500 de sus 7.000 habitantes, quienes sufrieron tres años más tarde la masacre más grande de la historia del conflicto armado contemporáneo en Colombia. Con toda su tragedia a cuestas, la Junta de Acción Comunal no renunció a seguir trabajando por el pueblo, ahora bajo el liderazgo de Luis Pablo Redondo. Entre 1997 y 2000 la Acción Comunal construyó la cancha de microfútbol en el centro del pueblo, la misma que sería paradójicamente el escenario de la barbarie paramilitar en el que caería inmolado Luis Pablo Redondo el 18 de febrero de 2000.



Foto 22. Recorte de prensa sobre el desplazamiento forzado tras la masacre del 23 de marzo de 1997. Fuente: archivo familiar. Reproducción: Andrés Suárez para el CNMH



Foto 23. Álvaro Pérez Ponce con sus amigos (a la derecha con una camisa blanca a rayas tomando cerveza junto a Elias Márquez, con camisa azul a cuadros). Fuente: álbum familiar. Reproducción: Andrés Suárez para el CNMH

Crónica de una tragedia. El día en que mi vida cambió.

Por Elvia Badel

“La guerrilla le hace una emboscada en el kilómetro 5 de El Salado Bolívar en la vía que conduce al Carmen de Bolívar, en un cerro llamado San Pedrito. Eran aproximadamente las 4 pm del día 28 de agosto de 1995. Allí en esa emboscada muere Santander Cohen, unos infantes y un coronel Persand de la infantería No 5. De allí se toman el poder los grupos subversivos en la zona. La guerrilla destruye el puesto de policía y la casa de Santander Cohen. En ese entonces el pueblo queda sin protección alguna, quedamos a la merced de cualquier grupo armado, siguieron los asesinatos de campesinos y los hostigamientos entre grupos, guerrilla-Méndez.

Desde ese suceso se respiraba ambiente de temor, por el pueblo, por los hijos, por el vivir de nosotros mismos, qué va a pasar, nos preguntábamos, había un desespero en nuestros corazones, en nuestro vivir. Veíamos cruzar la guerrilla y no entendíamos este conflicto, ni tampoco conocíamos estos grupos, veíamos esto con mucha preocupación.

Dos años habían pasado desde que hubo el suceso en el cerro San Pedrito. 3 de marzo del año 1997. Entra un grupo desconocido y reúne a algunos campesinos en el parque 5 de noviembre, entre ellos la docente Doris Torres y dijeron cerrar el comercio, pero la profes se opone y dice “eso no se puede porque aquí hay hogares comunitarios y yo le vendo quien venga con la plata. El Salado, tierra pujante de mucho comercio, se destacó por sus abundantes cosechas, empresas tabacaleras donde gran parte de las mujeres elaboraban el tabaco para ganar su sustento. La madre tierra del Salado, con sus grandes riquezas de agricultura, el comercio ganadero, de cerdo, carnero. Su agricultura como yuca, plátano, maíz, ajonjolí. Sus riquezas minerales- agua abundante, arena, piedra caliza, y

muchas riquezas que no sabíamos que había en la región como la explotación de gas. Era la despensa agrícola y minera en los Montes de María, zona baja. Y lo más hermoso de todo esto, era que el campesino vivía en sus parcelas con su familia y sus hijos. Vivíamos felices en nuestro hábitat. Los paras, ese día 3 de marzo de 1997, lanzaron una amenaza contra los campesinos del Salado, porque ellos trajeron lista en mano y dieron tiempo para irse. Volveremos en 20 días y en la próxima venida va a haber muerto, veíamos salir familias, pero no entendíamos qué pasaba. Todo el pueblo estaba en suspenso, con miedo, no teníamos quién nos defendiera, estábamos bajo la merced de cualquier grupo.

Pasaron los días y llegó el 23 de marzo de 1997, 5:30 de la mañana, por cierto, domingo de ramos. Despiertan al pueblo con ráfagas de fuego, entran los paramilitares al pueblo, la mañana se iba tornando gris, y ellos desde los cerros disparaban sin cesar, un olor a pólvora se extendió en el ambiente. Se oían gritos, perros aullando, las gallinas cacareaban, se percibía un ambiente de muerte, como un presentimiento de dolor. Los paramilitares se dividieron en grupo, barrio abajo, barrio arriba. Iban sacando a los campesinos de las casas, que fueran a la plaza 5 de noviembre porque había reunión. Estaban vestidos con prendas de uso privativo de las fuerzas armadas, portaban fusiles de largo alcance, armas cortas, portaban radio de comunicación y tenían el rostro cubierto con pasamontañas y gritaban por las calles "somos los paramilitares AUC", pintando las casas" y gritaban "vamos a quemar el pueblo, lo vamos a sembrar de yuca, ahuyama y maíz. Queremos el pueblo solo" Tocaban las puertas de la casa, invitando a los campesinos a una reunión en la plaza 5 de noviembre, algunos campesinos fueron sacados a la fuerza dentro de sus casas, otros se brincaban los corrales de las casas llegando hacia el monte. Para esa época nombramos a la inspectora Everlinda Castro, ella se encontraba en convalecencia por un accidente que tuvo ella y la promotora de salud cuando venían de vacunar en el colegio de San

Pedrito, en el cerro La Puente, en el carro del hoy fallecido y concejal Emiro Cohen, quien fuera asesinado en la masacre de 2000. El grupo que subió hacia arriba, a su paso cogieron a un muchacho que estaba en su casa, lo encañonaron y le preguntaron dónde vivía Álvaro Padilla, lo traían a la fuerza, y encañonado el muchacho venía llorando.

A Álvaro, otro grupo lo había cogido y lo dejaron ir porque él iba para donde sus padres. Era costumbre de él tomar el café donde su mamá y ver cómo estaban por lo que estaba sucediendo en el pueblo, pero le toca devolverse porque encontró la casa cerrada. Su papá madrugaba para el campo y su hermana se refugió donde una vecina. Cuando Álvaro llega a su casa alcanza a ver el grupo que venía del barrio abajo con el muchacho encañonado y le decían “dinos dónde vive, si no te mueres” Llegan a la casa de Álvaro y le tocan, él había cerrado la puerta. Él mismo abre y le dicen “su cédula”. Él saca la cédula y se la entrega al paramilitar en la puerta, mientras que los otros entran a la casa a destruir todo lo que tenía. Entraron al cuarto donde tenía sobre una mesa todos los implementos de trabajo que la alcaldía nos había donado a todos los promotores de la región. Lo primero que agarraron fue una máquina de escribir donde pasaba los informes mensuales a la secretaría de salud de mi trabajo. La estrellaron contra el piso, partiéndola en mil pedazos, diciendo “Aquí es donde El Boris hace las cartas”. El Boris, un guerrillero que nunca jamás conocí, porque para esos tiempos ellos cruzaban por el pueblo, pero no se dejaban ver. Como es natural, como nunca habíamos visto guerrilla (sino ejército), le teníamos miedo a la guerrilla. Todo lo destrozaron, buscaban en los colchones, como si buscaran algo. El muchacho estaba recostado en la cerca de enfrente y lloraba, no sé si lo golpearon, porque jamás lo he vuelto a ver. El paraco cuando llega le dice a Álvaro “Su cédula”, él le responde entregándole la cédula al paraco “El que no la deba, no la tema”. El paraco al ver su cédula, ve que su nombre no es Álvaro Pérez Ponce. Da un paso atrás, saca su radio comunicador y se comunica,

no sé con quién, y dice con la cédula de Álvaro en la mano y mirándola "Álvaro Pérez Ponce" y se oyó claro donde le dicen "Es él", entonces el paraco lo invita a una reunión en la plaza 5 de noviembre donde presuntamente debían haber muchos campesinos reunidos, también dijeron "allá no queremos mujeres ni niños". Cuando ya lo llevan, se oyeron ráfagas de tiros y la gente corría despavorida, mujeres, niños, hombres, hacia el barrio arriba, ya habían masacrado a la profé Doris Torres, Néstor, Ender, José Esteban. A su paso saquearon las tiendas, robaron prendas, dinero y tiraron bombas a la tienda de Pedro Alvis, a la inspectora le gritaban que saliera que le iban a hacer lo que ya sabemos, pero ella estaba oculta en el patio donde ella vivía. El otro grupo que llevaba a Álvaro se iba a encontrar con el resto de ellos en la plaza 5 de noviembre, pero cuando ellos llegan, se encuentran que habían adelantado la masacre, y se llevan a Álvaro a rastras hacia la vía que conduce a La Sierra, Córdoba-Bolívar.

En su recorrido, varios campesinos que veían de su parcela para el pueblo, porque oyeron la tirotera, venían a ver su familia, no sabían qué había pasado, se encontraron con los grupos que iban, ahí llevaban a Álvaro con el rostro ensangrentado, en ropa interior, con las manos amarradas y dándole golpes. En un rancho que quedaba cerca donde lo dejaron, se oyó la tirotera, quedó vuelto nada. Esto se supo años después, fue asesinado a 4 kilómetros del pueblo. Ese día 23 de marzo nos fuimos con mis hijos a dormir en el monte, porque ellos dijeron que volverían a regresar. Teníamos miedo. Al día siguiente regresamos. Sus familiares, vecinos, salieron en busca de él, pero no fue posible encontrarlo. Además, el pueblo tenía miedo, y para esa zona más, la gente empezaba a salir. Había cuatro muertos en el pueblo. Un miedo, dolor, angustia, desesperación se veía en el rostro de cada persona, niño, mujeres, era aterrador, nunca habíamos visto esto que estaba pasando, en un pueblo lleno de vida como era El Salado, Bolívar.

Ya en vista que no se pudo hacer nada en la búsqueda, pensamos en salir. Desde el día de la masacre hasta el 25 de marzo entró un carro a las 5 de la mañana porque no teníamos comunicación con nadie, algunas personas nos decían “salgan porque se les va a empeorar el niño”, mi hijo último, que lloraba a su padre, tenía la vista paralizada y me decía “más nunca volveré a ver a mi papá”. Se me partía el corazón en mil pedazos, un abismo se me abría a mis pies, no sabía qué hacer, dónde coger, ya el pueblo salía a pie o en burro. Salí temprano esa mañana del 25 de marzo, dejando todo, los seres queridos, nuestros sueños, nuestras esperanzas, el trabajo, nuestra parcela, nuestra cultura, el hábitat, los vecinos, amigos y un pensamiento que nos agobiaba “qué será de nosotros” y lloramos nuestro infortunio, y nos preguntamos “por qué nosotros” y con mis hijos me fui a una comunidad desconocida: Cartagena.

Cuando yo llego a El Carmen esa mañana es que doy la alarma de lo que había pasado en El Salado, y es que empieza la romería: familiares buscando a la gente, carros y camiones sacando la gente. A las 4 de la tarde entra la guerrilla al pueblo y se da cuenta que el pueblo se está saliendo. Los reúne en la plaza 5 de noviembre y dice “(El Boris) no se vayan, no dejen el pueblo solo, nosotros nos vengaremos por ustedes lo que han hecho con el pueblo”, se arrodilla, besa la tierra y lloró, luego terminó diciendo “cuando veníamos encontramos un cadáver como de tres días en la intemperie, con ropa interior, todo tiroteado, si los familiares están aquí, nosotros podemos acompañarlos para que rescaten el cadáver” Pero nosotros ya habíamos salido en la mañana. Esto fue a oído de nosotros días después por algunas personas que estuvieron en la reunión y no era fácil la comunicación con nosotros porque todo el pueblo se dispersó para barranquilla, Cartagena, Sincelejo, El Carmen, Corozal, Magangué, Guaimaral, por toda parte se dispersó el pueblo de El Salado, no se sabía dónde estaba el uno o el otro. Aquí se perdió todo contacto con nuestros coterráneos. A los ocho días, el 31 de marzo, entra el periódico El Universal, sale

en una gran página El Salado, Pueblo Fantasma, estaba solo, todos habíamos salido.

El día 4 de abril de 1997 regreso a El Carmen, donde aún se respiraba olor a muerte. Llego a la Fiscalía y pongo la declaración de lo que había sucedido en El Salado y la muerte de Álvaro Pérez Ponce. Me instalo en Cartagena, a esperar qué pasaba, con el sufrimiento de mis hijos, el dolor de su padre desaparecido, un cadáver que no sabíamos dónde estaba, el orden público alterado, pero así seguíamos viviendo. Y empieza la estigmatización con el sinónimo guerrillero, nos rechazaban porque éramos malos, que nos habían hecho salir por malos, eso le decían a mis hijos en el colegio y en el barrio. Hasta que empecé a trabajar unos años en el centro hospitalario de Villanueva, Bolívar, donde tuve mucha acogida, entendió mi situación, tuve amigos muy profesionales que me tendieron la mano y seguí adelante. Y de allí empecé a buscar hablar con la Cruz Roja para rescatar el cadáver de Álvaro. Volví a El Salado en 1998 para ver cómo estaba el ambiente, pero regresé enseguida, al día siguiente asesinan a El Charo. Al año siguiente llega una carta de Cruz Roja descartando la búsqueda, pues habían desaparecido cinco funcionarios del DAS en esta región. El entorno seguía caliente. El Salado, después del desplazamiento, regresaron algunos a los tres meses, pero seguían los asesinatos, las desapariciones, hasta el 2000 que ocurre la horrible masacre. De allí no sé nada de Álvaro Pérez. En 2008, de la Fiscalía llega un oficio donde le dicen a mi hijo que debe asistir a Sincelejo que el postulado Salvatore Mancuso va a hablar sobre la masacre del 23 de marzo de 1997 y allí confiesa que es el autor material del homicidio de Álvaro Pérez Ponce. Lo asesinó porque presuntamente era un guerrillero, pero no mostró la evidencia, un video o una foto, algo que dijera que sí era guerrillero. Pregunto yo: ¿Será que un guerrillero está con su familia en su casa y vestía ese día pantalón gris con camisa de rayas manga larga, un sombrero de color marrón y unas pantuflas, será que así visiten los guerrilleros?, no usan fusil, y más piedra que El Boris,

con quien presuntamente hacía las cartas aquí, no lo conocía. Y así como Álvaro, muchas gentes inocentes han perdido la vida por una mala información, un mal comentario destruye un mundo, una nación, un pueblo.

No tengo rencor con quien lo haya hecho, los perdono en nombre de mi familia, queremos la paz en nuestro territorio y que nos devuelvan todo lo que perdimos. Álvaro, te queremos por siempre”.

Gustavo Redondo Suárez

“Lo que él ordenaba había que cumplirlo”

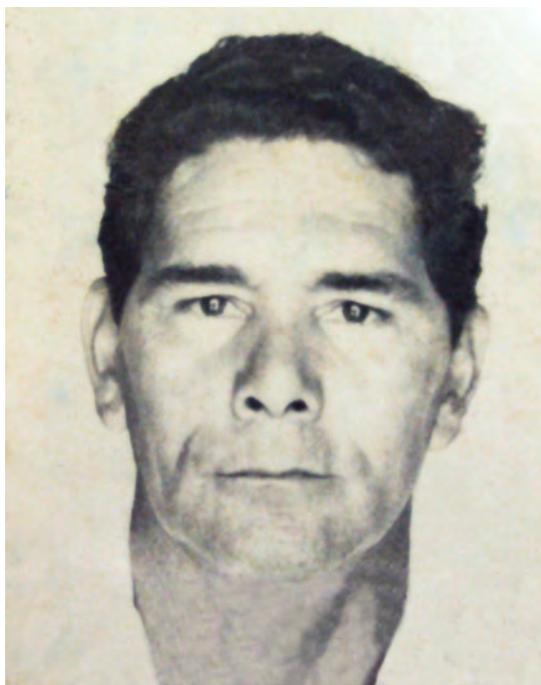


Foto 24. Gustavo Redondo en su cédula de ciudadanía.
Fuente: álbum familiar. Reproducción: Andrés Suárez para el CNMH

La historia de Gustavo Redondo revela que lo que es significativo para las personas no se expresa únicamente con palabras o con letras, sino que en muchas ocasiones lo hace con la gestualidad. Cada vez que se nombraba a Gustavo Redondo a los saladeros, su primera reacción era una sonrisa pícaro que se dibujaba en sus

rostros; no había palabras, solo un gesto. Y luego la palabra se liberaba para poner el acento en un cúmulo interminable de anécdotas cuyo protagonista era Gustavo Redondo.

Cualquiera podría pensar que si alguien es recordado con una sonrisa debería tratarse de una persona que deliberadamente buscaba hacer reír a sus paisanos para alegrarles la cotidianidad. Nada más contrario a la realidad. Gustavo Redondo era un hombre de voz recia, carácter fuerte y sobre todo malgeniado. Lo único predecible de Gustavo Redondo era lo impredecible de sus reacciones. Lo que provocaba entonces la sonrisa cuando se le evoca es la cólera impredecible y excéntrica, única del viejo Gustavo, que nunca iba más allá de las palabras o los gestos. Los *pelados* lo molestaban mucho, solo para hacerle dar rabia, aunque también son recordadas sus peleas con Juan Medina y Juan Suárez, así como sus desavenencias con tabacaleros como Hernando Yepes y Virgilio Donado.

Todos podrían reírse de sus reacciones impredecibles y excéntricas, pero pocos osaban provocarlas, con excepción de los *pelados*, pues estas eran parte de su temperamento y afloraban en cualquier situación de la vida cotidiana. Y no eran provocadas deliberadamente porque don Gustavo era un hombre respetado en la comunidad, pero no por la consideración que pueda tenerse por un hombre mayor sino que era el tipo de respeto forjado en el ejercicio de la autoridad.

Se sonríe como un viejo gruñón que a la vez es símbolo de autoridad en la memoria colectiva, pero una no deslegitima a la otra, más bien se refuerzan. El recuerdo de una figura de autoridad como la de Gustavo Redondo es la evocación de una autoridad en espera de ser restaurada luego de las distorsiones provocadas por el ejercicio arbitrario del poder para fines particulares de las familias poderosas de El Salado o del orden armado que impusieron luego las guerrillas. Porque la autoridad de Gustavo Redondo se construye no desde el poder de las armas sino desde el respeto que inspira un hombre que se guía por la ley y que persigue el bienestar colectivo.

Gustavo Redondo nació el 6 de enero de 1900 en el seno del hogar conformado por José Gertrudis Redondo e Inés Marcelina Suárez. Hijo de una familia con una importante capacidad económica, Gustavo cursó estudios de primaria y bachillerato en El Carmen de Bolívar, privilegio de pocos en aquella época, luego de lo cual inició estudios de educación superior en la facultad de derecho de la Universidad de Cartagena que finalmente abandonó. Su preferencia por el derecho como área del conocimiento explica en buena medida la inclinación de su vida pública hacia el respeto y la observancia de la ley.

Al igual que Agustín Redondo y Pedro Eloy Cohen, el acceso a la educación le abrió el mundo a Gustavo Redondo, quien cultivó con esmero su pasión por la lectura. Leía todo el tiempo, pero con una particular preferencia que fue consolidando con los años: la política. Leía periódicos y revistas que le permitieran estar al tanto de la actualidad política nacional y se convirtió en un ávido admirador de los discursos del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán, admiración que lo llevó hasta el punto de memorizarlos e incorporarlos a su oratoria pública en los actos políticos con los dirigentes liberales de la región y el país con los cuales se relacionó en su vida pública, incluyendo un célebre discurso que compartió en tarima con el presidente Alfonso López Michelsen.

Esta pasión por el discurso de Jorge Eliécer Gaitán le vino de la tradición liberal de El Carmen de Bolívar, pero también de la memoria vivida de la violencia bipartidista que lo llevó a huir en más de una ocasión del pueblo por la persecución de los conservadores.

Gustavo se integró rápidamente a las redes políticas regionales, convirtiéndose en un intermediario político local del liberalismo, razón por la cual su casa se convirtió en la parada obligada de todos los políticos regionales que visitaban el pueblo.

A diferencia de Pedro Eloy, Agustín Redondo y María Cabrera, Gustavo Redondo estaba más cercano a la red política de los García, entre otras razones por el vínculo que tenía Don Gustavo con el negocio del tabaco, ya que era administrador de una bodega de tabaco que alquilaba a la compañía Espinosa Hermanos.

La incursión en la vida política le permitió a Don Gustavo convertirse en inspector de policía casi permanente del corregimiento El Salado, pero también le brindó la oportunidad de llevar por primera vez el cine hasta esa población.

Tras el hombre recio y uraño los saladeros reconocen a un hombre solidario y justo. Gustavo Redondo era parte de las familias más reconocidas del pueblo. Comerciante de tabaco y corredor de las empresas tabacaleras, él tenía su casa en el centro del pueblo, en donde hoy está ubicada la Casa de la Cultura. Allí habilitó una de las bodegas más grandes de El Salado, primero para almacenar tabaco y luego para procesarlo. Llegó a contar con 70 mujeres alisadoras de tabaco. Alquiló y administró la bodega a la empresa Espinosa Hermanos. Su bodega fue junto con la de Alejandro Duarte pionera en el negocio del tabaco en El Salado, y en ella se formaron los futuros corredores y administradores de las empresas tabacaleras que llegaron posteriormente a El Salado como Julio y Armado Torres con Tabacalera El Carmen, así como Francisco “Chico” Tapias con la empresa Tayrona. Estos tabacaleros alquilaron en sus primeros años la bodega de Gustavo Redondo hasta que pudieron hacerse con una propia.

Como comerciante de tabaco Gustavo Redondo empleaba el sistema de pago anticipado que era habitual entre los corredores de las empresas tabacaleras, pero su particularidad era que acreditaba comida para ser pagada con tabaco. Con el dinero del arriendo de la bodega, Gustavo Redondo puso una de las primeras y más grandes tiendas del pueblo, la cual surtía con víveres de primera necesidad como arroz, azúcar, aceite y café, que fiaba a los campesinos en época de verano para que le pagaran con tabaco durante la cosecha. Cada año, una peregrinación de campesinos se acercaba a la tienda de Gustavo Redondo para fiar comida. Lo que recuerdan los saladeros es que en muchas ocasiones no atendía simplemente la demanda de los campesinos sino que indagaba por su situación familiar y daba más de lo que le pedían de acuerdo con el caso.

A pesar de que se recuerda su cólera con los morosos, también se reconoce que nunca negaba el crédito a los campesinos a pe-

sar de su incumplimiento, lo que reflejaba su conciencia sobre las vicisitudes que acompañaban una cosecha de tabaco. Su fiador y moroso más recordado era José Gregorio Urueta, a quien apodaba "mano de plátano" o "barba amarilla":

A Don Gustavo siempre le gustaba tener en su tienda un bulto de azúcar, uno de sal, una lata de aceite, dos paquetes de café, pero la tienda le duraba máximo 3 meses porque la gente al principio le compraba, después les fiaba y les fiaba y no le pagaban, entonces él cogió rabia ¡que ya no le pagaran, que se quedaran con eso!, al siguiente año apenas que le daban lo del arriendo de la bodega, de la casa grande la compañía tabacalera, entonces él venía con su cargamento de compras, otra vez la gente los primeros días le compraba y después ya a fiar y cuando ya se le acaba el surtido, se le acababa la tienda al señor Gustavo y allá iba José Gregorio ¡no señor Gustavo es que yo necesito que me fíe tanto de arroz, tanto de azúcar, tanto de aceite y tanto de café! ¿Y cuántos *pelaos* es que tienes tú? ¡Yo tengo 9!, ¡no eso no te alcanza llévate esto y esto! Y le encima más de lo que el señor pedía y le decía ¡ya sabes, cuando se te acabe vienes otra vez por aquí! (CNMH, entrevista a Inés Redondo, El Carmen de Bolívar, 2013).

Todos los que fiaban eran anotados en un cuaderno con la relación de su crédito y siempre eran recibidos por el viejo Gustavo con un reproche y con un apodo cuando llegaban a la tienda por comida, sin que por ello el viejo se negara a fiarles nuevamente. Cuando el cuaderno de crédito se llenó, en una de sus reacciones impredecibles y excéntricas, Gustavo Redondo decidió continuar con sus anotaciones inscribiéndolas en las paredes de su casa.

Cuando le daba rabia el incumplimiento en el pago de los morosos, don Gustavo usaba las expresiones "Trágame Babilla" o "Trágame Culebra Mapaná" y decidía esconder la provisión de su tienda en un cuarto de su casa y rechazaba a todo el que viniera a pedirle fiado, arguyendo que no tenía surtido, excepto gas. Y para

su desconcierto, muchos le pedían gas para alumbrar las lámparas en las noches en el monte. A pesar de ello, cuando las personas se iban alejando desencantadas por no poder fiar la comida, don Gustavo las hacía regresar y les indagaba por su situación económica. Condolido por las historias, don Gustavo las llevaba al cuarto en el que escondía las provisiones y les daba lo que le pedían, exigiéndoles como contrapartida que no le contaran a alguien más. De caso en caso, todo el pueblo acababa enterándose y Don Gustavo volvía a reabrir el crédito en su tienda.

Además del agradecimiento entre los campesinos por el crédito en su tienda, Gustavo Redondo fue reconocido entre los saladeros por su disposición a permitir que los campesinos sin tierra trabajaran en su finca “Bola de Piedra” o que pudiesen llevar su ganado, pidiendo como única contraprestación la construcción de una cerca. Todos los campesinos que podían cultivar en su tierra le llevaban yuca, maíz, ahuyama, berenjena, papaya y melón como agradecimiento, resaltando el lado humanitario y benevolente del viejo gruñón.

A la par con su oficio como comerciante de tabaco, Gustavo Redondo incursionó en la política. Como ya se mencionó, se articuló a las redes políticas locales del Partido Liberal y como retribución fue nombrado inspector de policía.

Desde esta posición, ocupada en cinco ocasiones, Gustavo Redondo construyó su reputación como símbolo de autoridad en El Salado. El inspector de policía es un funcionario público adscrito a la alcaldía del municipio, quien funge como representante de la autoridad del Estado en las zonas rurales. Su función principal es la prevención y resolución de conflictos que surgen de las relaciones de los ciudadanos y que afectan la seguridad, la salubridad, la tranquilidad, la moralidad y la convivencia en general.

El inspector de policía es para los habitantes de un corregimiento lo que un alcalde para un municipio, razón por la cual los saladeros se refieren a este cargo como el alcalde del pueblo. Una vez en el cargo, Gustavo Redondo imprimió su sello a su gestión.

Cuando asumía sus funciones, Gustavo leía un bando ante toda la comunidad en el que anunciaba las regulaciones a los estable-

cimientos comerciales, los horarios de las casetas los fines de semana, las reglas de convivencia ciudadana, las normas estipuladas en la ley y lo que en general no quería ver en la calle. Una vez proferido el bando, desde el primero hasta el último día de cada periodo como inspector de policía, Gustavo se dedicaba de lleno a cumplir con sus funciones recorriendo cada rincón del pueblo, por lo general en las noches, en busca de posibles infractores. Quien incumpliese era llevado al calabozo del puesto de policía y para poder recuperar su libertad se le imponía como castigo una multa consistente en la entrega de uno o dos bultos de cemento. Si el infractor era mayor de 18 años, su acudiente debía pagar una multa de un bulto de cemento, mientras que si era una persona menor de edad la conducta se consideraba agravada por la falta de supervisión de los padres, razón por la cual se imponían dos bultos de cemento.

Más allá del castigo retributivo contra el infractor, lo que buscaba Gustavo era darle una función social al castigo recuperando su dimensión restaurativa para el beneficio colectivo. A punta de bultos de cemento, Gustavo Redondo promovió el desarrollo de obras públicas en el pueblo. Construyó las murallas del cementerio, adecuó la muralla del pozo La Trampa, arregló las murallas averiadas dentro del pueblo y hasta hizo posible la construcción del puesto de policía en el corregimiento (ver fotos 25, 26 y 27).

Con la gestión de Gustavo Redondo la policía llegó a El Salado, permaneciendo varios años en el corregimiento hasta el ataque de las FARC que en agosto de 1995 la obligó a replegarse del territorio. La policía solo retornó para establecerse nuevamente en el corregimiento en el año 2012 como parte de la implementación del plan de reparación colectiva.

Además de la dimensión policiva de su gestión, Gustavo Redondo gozaba de un reconocimiento social que respaldaba su autoridad y que garantizaba la eficacia de su mediación en la resolución de conflictos entre vecinos, razón por la cual muchos saladeros pedían su intervención para restablecer la convivencia afectada por los conflictos en la cotidianidad.



Foto 25. Las murallas del Cementerio *Los Olivos* en El Salado
Fotógrafo: Andrés Suárez para el CNMH



Foto 26. Las murallas del pozo *La Trampa* en El Salado
Fotógrafo: Andrés Suárez para el CNMH



Foto 27. Actual Puesto de Policía en El Salado
Fotógrafo: Andrés Suárez para el CNMH

Como inspector de policía los saladeros recuerdan que el pueblo caminaba “derechito”, expresión con la que reafirmaban el respeto a las reglas y la eficacia de su autoridad, porque “lo que él ordenaba había que cumplirlo”.

Don Gustavo Redondo era reconocido por su vestir con camisa blanca de manga larga, sus boinas y su hábito de la lectura, siempre confinado en su casa, llevando una vida pública dedicada al servicio a los otros más que a la vida social, la que se limitaba a sus apariciones públicas en las fiestas del pueblo, las peleas de gallos y las corralejas. Le gustaba mucho la papayera, de hecho la escuchaba en la vitrola de su casa y solía contratarla para las fiestas del pueblo. En alguna ocasión, con su inconfundible estilo gruñón e impredecible, llegó a prohibirles a los integrantes de la papayera que bailaran, arguyendo que los había contratado era para tocar.

Ya en su cotidianidad don Gustavo vivía confinado en su casa con la única compañía de su hija Inés Redondo, quien estuvo a su lado la mayor parte de su vida. Siendo un hombre de muchas mujeres y tantos hijos, vivió solo la mayor parte de su vida luego de su separación de la señora Helena Cohen con quien tuvo a sus hijas Elsy y Mariela. Se relacionaba poco con sus hijos y sus visitas eran más bien escasas. Su vida diaria transcurría en medio de sus libros, sin que por ello no hubiese sido un hombre que cuidara de sí en su casa. Se preparaba sus alimentos, le gustaba desayunar plátano asado, pero detestaba lavar los platos. Compartía la comida con quien le ayudaba a traer el agua de los pozos a su casa o con quien le brindara un servicio, de hecho asumió la crianza de su hija Inés.

Las relaciones con sus coterráneos en la vida cotidiana, más allá de su cargo como inspector de policía, eran tan complicadas como su carácter. El pueblo recuerda su pelea permanente con Juan Medina, quien vivía en el barrio La Loma y a quien apodaba “Boqueroso”, así como su desavenencia vecinal con Juan Suárez, quien por la estrechez de su patio solía dejar su ganado en frente de la casa de don Gustavo y acumular basura en su acera. Luego de tanta controversia, don Gustavo decidió llevar al límite la tensión pavimentando su andén en dirección de Juan Suárez, dejándolo sin espacio para que le arrojara basura o le dejara el ganado en frente. En ningún caso las desavenencias fueron más allá de las palabras que iban y venían de lado y lado de la calle.

Tampoco escapaban a la controversia sus relaciones con Hernando Yepes o Virgilio Donado entre los tabacaleros. De Virgilio Donado siempre reprochaba que había llegado a El Salado con pantalones cortos y zapatos rotos, pero que había hecho plata con el comercio de tabaco y ahora calzaba zapato blanco. De hecho, lo apodaba “zapato blanco” o “el farol” para cuestionar la que él consideraba una actitud de don Virgilio que no se compadecía con sus orígenes, todo lo cual hacía parte del temperamento controvertido de don Gustavo.

Gustavo Redondo murió el 30 de abril de 1990, luego de varios años de retiro de la vida pública a causa de los achaques de su

avanzada edad y los rigores de un implacable cáncer de garganta. Murió en su casa con la compañía de su hija Inés Redondo. Para entonces, la situación de violencia se había agravado en El Salado, cobrando tres meses antes la vida de Pedro Eloy Cohen, distorsionando con ello la representación de la autoridad que había ayudado a erigir don Gustavo Redondo. Recordar su autoridad como parte significativa de la memoria colectiva revela la búsqueda incesante en el pasado de los saladeros por recuperar las bases de un orden social basado en el respeto del imperio de la ley.



Foto 28. Inés Redondo a sus 9 años en el patio de la casa de su papá Gustavo Redondo. Fuente: álbum familiar. Reproducción: Andrés Suárez para el CNMH

María del Carmen Cabrera Torres

“Tiempos mejores vendrán”



Foto 29. María Cabrera y su esposo Ignacio Ramos en la entrada de su casa en El Salado. Fuente: álbum familiar. Reproducción: Andrés Suárez para el CNMH

María Cabrera era una mujer baja en estatura, pero grande en espíritu. Erigió su liderazgo desde su rol como promotora de salud en medio del abandono y la precariedad de su pueblo luego del retorno de 2002. Con un puesto de salud en ruinas y sin la menor esperanza de que un médico viniera a un lugar desolado y aún asediado por el conflicto armado, María Cabrera se volvió más que una promotora de salud, fungiendo como la enfermera que atendía y curaba los problemas de salud de sus paisanos sin importar la hora ni la plata, sin dejar de cumplir a cabalidad su labor como promotora mediante la gestión de los carnets que permitían a los saladeros acceder a servicios y medicamentos de una empresa prestadora de salud en El Carmen de Bolívar. Algún saladero llegó a decir de María Cabrera que ella fue el reemplazo de Pedro Eloy Cohen. Aludía a esa disposición de servicio por los otros desde el campo de la salud, pero también a su carácter para levantar su voz contra las injusticias y a su insaciable avidez de conocimiento, porque para María Cabrera el tiempo para aprender solo se extinguía con la vida.

María Cabrera nació el 18 de diciembre de 1951 en el corregimiento El Salado. Hija de Julio Cabrera Arroyo y Aleja Torres Barragán, María era la mayor de tres hermanos. Vivió su infancia en las polvorientas pero animadas calles de El Salado por allá en los años cincuenta. Terminó sus estudios de primaria en el Colegio Moderno de El Carmen de Bolívar en 1964 y cuando continuaba sus estudios de bachillerato, el amor llegó a su vida. A los 16 años, María vivió una relación amorosa con Ignacio Ramos, a la postre su esposo. Pero no fue una relación convencional, María e Ignacio vivieron su amor furtivamente porque sus padres no aprobaban a Ignacio. Lo consideraban muy mayor para ella y además cuestionaban su relación previa con otras mujeres. Sin embargo, el amor de María e Ignacio superó los obstáculos y acabó por imponerse. Se casaron el 12 de diciembre de 1967. Al cabo de un año, el 24 de diciembre de 1968 nació su primera hija: Socorro. Un año más tarde llegó a su hogar su segundo hijo: Julio Manuel. Casada y con dos hijos, la avidez de conocimiento de María Cabrera hizo que su

rol de madre no fuera obstáculo para reiniciar sus estudios de secundaria. Cursó hasta noveno grado de bachillerato en el colegio Marco Fidel Suárez de la ciudad de Barranquilla en el año 1974. Para entonces, María Cabrera ya tenía cuatro hijos, pues a Socorro y Julio Manuel se habían sumado Ignacio Humberto en 1972 y Leandro en 1974. Con un nuevo embarazo que dio vida a Luis Gabriel en 1975, María no tuvo más remedio que abandonar sus estudios de secundaria cuando apenas le restaban dos grados para concluir el ciclo escolar (ver foto 30).



Foto 30. Socorro y Julio Manuel (atrás) Ignacio Humberto, Luis Gabriel y Leandro Ramos Cabrera (derecha a izquierda). Fuente: archivo familiar. Reproducción: Andrés Suárez para el CNMH

Esta frustración en ningún caso hizo que María renunciara a su inagotable deseo de aprender y hacerlo hasta que la existencia misma cesara. Esta pasión por el conocimiento marcará decisivamente su compromiso vital con la educación. Pero María tenía otra gran pasión que no dudó en combinar con su avidez de conocimiento: la salud. Esta pasión le venía por línea materna. Desde muy joven, María se interesó por el oficio de su abuela María Barragán, quien ejercía como partera o comadrona. Los primeros años, María acompañaba a su abuela probablemente sin entender por qué se le prohibía entrar al cuarto en el que se realizaba el parto, lo que seguramente aumentaba su curiosidad y su deseo de conocimiento. La prohibición se levantaba cuando la mujer estaba casada y con ello se develaba el misterio de cómo nacen los niños.

Cuando María se casó pudo entrar en el cuarto del parto y desde entonces nunca salió de allí. Se convirtió en partera, primero asistía a su abuela y luego ella misma se hizo cargo de los partos. A María Cabrera se le reconocen por lo menos 120 ahijados a quienes ayudó a venir a este mundo. Su oficio como comadrona despertó y acrecentó su interés y su pasión por las labores del cuidado y el servicio a otros desde la salud.

Pero creer que María Cabrera se iba a conformar con ser partera era no conocerla lo suficiente. Su avidez por el conocimiento era probablemente como la de Agustín Redondo o la de Pedro Eloy, pero distinta, pues era profundamente práctica. Era aprender para hacer, sin esa acción María se hubiese sentido limitada y frustrada.

Y entonces decidió que sería también modista. Aprendió el oficio y en adelante se convirtió en la costurera incluso para ella. María Cabrera confeccionaba sus propios vestidos, pero no eran vestidos cualquiera (ver foto 31). Las saladeras recuerdan que sus vestidos no pasaban desapercibidos y que marcaban diferencia con los vestidos habituales en la región, diferencia que era reconocida como elegante. Porque a María Cabrera la elegancia es la que la define en el recuerdo de las mujeres saladeras. Una mujer que cuidaba su imagen con mucha dedicación por sus vestidos, su pelo, su maquillaje, sus uñas y su calzado, pues siempre insistía a las salade-

ras que había que tener una buena presentación personal en tantas ocasiones como fuese posible y que el autocuidado era una cuestión de autoestima. Sus vestidos acompañarían los momentos más importantes de su vida, incluyendo su propia muerte. El recuerdo de su muerte está fuertemente marcado por el arreglo personal que se prodigó ese día, vestido negro, zapato formal, corte de pelo y arreglo de uñas, como lo hacía siempre que iba a hacer trámites de la Mutual Ser en El Carmen de Bolívar.



Foto 31. María Cabrera en la graduación de su curso de modistería con un vestido de su confección. Fuente: archivo familiar. Reproducción: Andrés Suárez para el CNMH

María tenía tantas ganas de aprender que su esposo Ignacio recuerda que le obsequió ante su insistencia un curso de modistería por correo en Argentina, el cual finalmente pudo concluir a pesar de las dificultades que impuso el estallido de la guerra de las Malvinas entre Inglaterra y Argentina para el envío de los módulos y los patrones por allá en 1982. Ignacio pagó cinco dólares de ese entonces por el curso.

Esta incansable mujer, además de comadrona y modista, también fue madre comunitaria e inspectora de policía. Con una vida pública tan demandante cualquiera podría pensar que en su casa María descansaba. Pero no era así. María cuidaba su casa y su familia con tanto esmero como lo hacía con su arreglo personal. Atendía todos los quehaceres domésticos, pero en la cotidianidad de su casa, una afición copaba su tiempo: las plantas. María sembraba sus matas en el suelo y cuando se le acababa el espacio, las colgaba; su jardín crecía sin limitaciones de espacio, no en vano Ignacio recuerda que siempre que salía del pueblo María le pedía como regalo una planta. En alguna ocasión, cuando el reconocido cronista Ernesto Mccausland realizó una crónica sobre El Salado luego de la masacre del 23 de marzo de 1997, el lente de su cámara captó una imagen inolvidable de María en su jardín cuando las mariposas amarillas, las mismas de Macondo, revoloteaban entre sus pies mientras ella prodigaba cuidado a sus plantas.

Sin embargo, María no se refugiaba en su hogar imponiendo una barrera con su vida pública. De hecho, una fiesta familiar se convertiría con el paso de los años en una tradición que los saladeros aún recuerdan con nostalgia. El 24 de diciembre de 1983, María Cabrera e Ignacio Ramos celebraron en su casa los 15 años de vida de su hija Socorro. No fue una fiesta privada, fue una fiesta social. Todos los saladeros estaban invitados y llevaran o no comida y trago, siempre eran bienvenidos. Con el paso del tiempo, la celebración de Socorro se convirtió en la fiesta del pueblo, el lugar en el que por una noche todas las diferencias sociales se borraban y todos compartían con o sin plata (ver foto 32). María abría las puertas de su casa todos los 24 de diciembre para departir en una fiesta que se hizo tradición en su pueblo:

María Cabrera fue una persona muy emprendedora y especial. Ella era la enfermera, pasara lo que pasara, ella estaba ahí, ella inyectaba, era la partera, la comadrona del pueblo, ella era modista, hacía mucha variedad de comidas, le gustaban mucho las fiestas, se compró un equipo de sonido y parrandeaba en la

puerta de su casa y compartía con sus vecinos. La fiesta era el 24 de diciembre y ella fue la que inició la fiesta del 16 de julio por la Virgen del Carmen. Ella era consejera, aconsejaba mucho a las jóvenes, fue una líder muy buena, colaboradora porque cuando las personas tenían la tensión arterial alta ella iba donde la mamá y le decía ¡mamá, préstame una pastilla!, si uno tenía un dolor de muela iba donde María, un dolor de hueso donde María, ella era para nosotros un médico. Ella fue madre comunitaria, ella era muy participativa, la primera vez que arreglamos las calles en El Salado ella fue la que nos dio la idea para las fiestas de fin de año adornarlas y ya quedó así como una costumbre. A ella le encantaban siempre sus matas, tenía en su casa siempre un jardín, le gustaba vestir bien bonito, estar bien presentada, un corte de cabello muy lindo. Buena madre, buena esposa, buena hija, buena amiga, buena vecina. María del Carmen era una madre líder (CNMH, entrevista a amigas de María Cabrera, Corregimiento El Salado, 2013).

María Cabrera había hecho de todo, pero iba por más. Convencida de que el progreso de su pueblo dependía de su habilidad para aprovechar su entorno político, María decidió incursionar en la política.

Su pasión por la educación y la salud inclinó su preferencia por la facción liberal de los Faciolince, una de las familias políticas más importantes de Bolívar al lado de los García y los Turbay (ver foto 33). Siguiendo la línea política de otros saladeros, María optó por una red política distinta a la de los García, al igual que lo hicieron en su momento Pedro Eloy Cohen y Agustín Redondo que se inclinaron por los Turbay o Álvaro Pérez Ponce con los movimientos políticos independientes. La familia Faciolince era reconocida en el ámbito político por su control sobre el sector de la salud y la educación en el departamento, siendo estas sus principales ofertas de bienes públicos en la transacción clientelar con las comunidades. La promesa era infraestructura o prestación de servicios de salud, la contraprestación, una alta votación.



Foto 32. Socorro Ramos Cabrera en su fiesta de 15 años en El Salado, 1985
Fuente: archivo familiar. Reproducción: Andrés Suárez para el CNMH



Foto 33. María Cabrera en campaña política con el "Faciolincismo"
Fuente: archivo familiar. Reproducción: Andrés Suárez para el CNMH

María Cabrera se acercó y trabajó con el "faciolincismo" a través del político Élmer Alfredo Vega Berrío, quien fuera concejal de El Carmen de Bolívar y luego diputado a la Asamblea de Bolívar. Este acompañamiento político le permitió a María Cabrera influir en el apoyo y el compromiso de Élmer Alfredo Vega para gestionar ante la Gobernación de Bolívar la construcción y puesta en funcionamiento de un colegio de bachillerato para El Salado, iniciativa en la que también fue protagonista Agustín Redondo. Por medio del proyecto de ordenanza presentado por Élmer Alfredo Vega, la asamblea departamental aprobó la creación del colegio de bachillerato en El Salado en noviembre de 1985, dando inicio a las labores el 14 de febrero de 1986 (Montes, Nicolás, 1997, páginas 26-27).

María Cabrera siempre me comentaba de los proyectos que tenía porque era una mujer muy luchadora y decía ¡yo sueño con ver El Salado diferente, pero que el cambio no sea para unos

cuantos, yo quiero que El Salado cambie para todos, para el que tiene, para el que no, *pa'el* blanco *pa'l* negro, *pa'l* chiquito, *pa'l* grande, pero esto es difícil porque unos están de acuerdo, otros no, esto es una lucha desigual, pero yo no bajo la guardia, yo me he propuesto una meta que yo tengo que sacar adelante a mí población! Entonces comenzó a incursionar en política no aspirando a ningún cargo sino que le hacía campaña a Alfredo Vega que fue concejal y después diputado a la asamblea, con él se consiguió... María tuvo mucho que ver con el colegio de bachillerato, es una obra que El Salado tiene que agradecerle a María Cabrera porque ella luchó mucho y tocó muchas puertas y hablaba con quien tocara hablar. Ella siempre me decía ¡yo sueño con un Salado mejor, yo quiero un bienestar para mi pueblo! Al Salado vienen los políticos y le sacan la votación y después si te vi no te conozco, entonces nosotros tenemos que aprovechar el potencial de votos que tiene el pueblo, pero ¿aprovecharlo cómo? exigiendo y que lo que me des adelante te colaboramos con la votación, entonces cuando Alfredo Vega llegó al Salado María jugó un papel en la población y ese señor sacó una votación muy alta y cumplió con lo prometido porque ahí está el colegio de bachillerato que es un referente de eso que él no prometió en vano (CNMH, entrevista a Edilma Cohen, Puerto Colombia, 18 de abril de 2013).

Con el colegio en funcionamiento (ver foto 34), María hizo parte de la primera junta directiva de la institución. La gestión de Élmer Alfredo Vega fue reconocida mediante una ordenanza de la Asamblea Departamental de Bolívar que puso su nombre al nuevo colegio departamental el 12 de noviembre de 1989. 24 años después, el 20 de febrero de 2010, los saladeros rebautizaron simbólicamente el colegio de bachillerato con el nombre del profesor Luis Pablo Redondo en homenaje a una de las víctimas de la masacre de febrero de 2000 con ocasión de la conmemoración de los 10 años de la tragedia (ver foto 35).



Foto 34. Colegio de Bachillerato de El Salado. Fotógrafo: Andrés Suárez para el CNMH



Foto 35. Placa en honor al profesor Luis Pablo Redondo. Colegio de Bachillerato de El Salado. Fotógrafo: Andrés Suárez para el CNMH

El colegio de bachillerato se convirtió en un importante logro de la incursión en la política de María Cabrera. Contar con un colegio de bachillerato derribaba las principales barreras de acceso a la educación secundaria que enfrentaban las familias saladeras más pobres, pues la única forma de hacerlo hasta entonces implicaba suplir los gastos de desplazamiento y estadía en El Carmen de Bolívar, lo que era económicamente insostenible para la mayoría de las familias. Además del acceso, el colegio tenía como valor agregado su especialización técnica agropecuaria, lo que significaba un conocimiento cualificado y aplicado a los quehaceres cotidianos de la economía campesina.

La educación era muy importante para María, y el colegio de bachillerato fue un logro no solo social sino personal, una deuda saldada consigo misma por su frustración de no haber podido concluir sus estudios de bachillerato. Aún cuando la vocación de María no era la educación por sí misma, no esperaba convertirse en profesora, su pasión era el conocimiento aplicado a la salud, era ser enfermera. Su entusiasmo por la salud como área de conocimiento y su deseo inquebrantable de aprender la llevaron a tomar un curso de prevención y promoción de la salud avalado por el Ministerio de Salud. María se graduó el 6 de marzo de 1994 en El Carmen de Bolívar cuando tenía 42 años.

Este curso de salud cambió para siempre su vida, pues a partir de entonces se proyectó como enfermera en su pueblo. Desde ese momento, María se convirtió en algo más que la comadrona del pueblo y empezó a tomar la presión arterial, a inyectar y hasta encabezar venas con una habilidad innata que aún recuerda con admiración su amiga y entonces promotora de salud, Edilma Cohen. Los saladeros empezaron a reconocer a María como la persona a la que podían acudir para paliar sus males de salud, y ella, con una vocación de servicio a toda prueba, brindaba su atención desinteresadamente. Su labor se hizo más relevante luego del asesinato de Pedro Eloy Cohen en 1990.

La importancia de María Cabrera en el campo de la salud creció aún más por los efectos del conflicto armado en el pueblo. El 23

de marzo de 1997 se presentó la primera masacre paramilitar en el pueblo y su consiguiente éxodo. Entre quienes no regresaron luego de la masacre estaban la promotora de salud Elvia Badel, esposa de Álvaro Pérez Ponce, y Edilma Cohen, sobrina de Pedro Eloy Cohen, heredera de su farmacia.

María se convirtió por cuenta de las circunstancias del conflicto armado en una de las pocas personas con conocimientos básicos de medicina que podría brindar los primeros auxilios y una atención básica a quien se enfermara en el pueblo. Solo ella y Delsy Méndez quedaban en el pueblo. Así las cosas, María decidió realizar el curso como promotora de salud en El Carmen de Bolívar en 1998 y suplir con ello el vacío dejado por la ausencia de Elvia Badel y Edilma Cohen.

La figura del promotor de salud surgió en Colombia en consonancia con una política pública que en el ámbito internacional cambiaba el paradigma con el cual se concebía este servicio y que tuvo su mayor nivel de reconocimiento con la Declaración de Alma Ata de la Organización Mundial de la Salud en 1978, la cual fundaba los principios de la Atención Primaria en Salud. El nuevo paradigma propugnaba por la participación social en los servicios de salud. Esto se traducía en la formación de personal no profesional proveniente de las comunidades en intervenciones seguras, efectivas y estandarizables que fuesen delegadas por parte de personal profesional, lo que implica que la atención primaria no quedaba condicionada a la cobertura del sistema formal de salud. Pero además de la delegación para la atención, lo que se buscaba con la participación comunitaria era enfocar el sistema de salud hacia la promoción y la prevención más que hacia el tratamiento de la enfermedad. En el caso colombiano, el médico y defensor de derechos humanos, Héctor Abad Gómez fue pionero en los años cincuenta de la figura de los promotores rurales de salud que luego fueron replicados por las escuelas de salud pública de las universidades del Valle y Antioquia y más tarde fueron institucionalizados por el sistema de salud pública.

A pesar de que la Ley 100 de 1993 desmontó el sistema público de salud del país y dio paso a la privatización de los servicios con

las EPS (empresas prestadoras de salud), estas no abandonaron del todo la figura del promotor de salud, pero sí pusieron más énfasis en las labores de promoción y prevención, así como de enlaces administrativos entre las EPS y las comunidades.

María Cabrera encontró en la figura del promotor de salud una oportunidad para combinar su avidez de conocimiento con su apego por la prestación del servicio. Su formación como promotora de salud le permitió acceder a cuanto curso o capacitación se cruzaba por su camino (ver foto 36). La estela de diplomas que aún conserva su familia revela una prolífica preferencia por los cursos que no se limitaron a la salud, sino que se extendieron hasta el mutualismo y el cooperativismo. Cuánta razón tenían los saladeros cuando afirmaban que María Cabrera asistía a cuanto curso llegaba a El Salado.

Formada como promotora de salud, María Cabrera se vinculó laboralmente con una nueva empresa prestadora del servicio recién fundada en El Carmen de Bolívar: La Mutual Ser. Héctor Rivas, un dirigente social de El Carmen de Bolívar decidió crear una EPS que atendiera a los sectores sociales más vulnerables de la región.

Realizó diagnósticos en las distintas zonas y priorizó a los beneficiarios de sus servicios, incluyendo entre esos a los habitantes de El Salado. La función de la promotora de salud consistió entonces en gestionar y tramitar ante la Mutual SER todos los carnets que le permitieran a los saladeros acceder a los servicios, pero también fungir como gestora educativa en temas de promoción y prevención. María diversificaba su campo de acción más allá de ser una enfermera empírica para convertirse en una gestora que tramitaba los documentos para que sus paisanos ingresaran al sistema de salud. Con toda la disposición del servicio a los otros que la caracterizaba, María Cabrera visitó cada hogar en El Salado para recoger los papeles y gestionar los carnets, un documento del cual dependía la vida o la muerte para los saladeros en una situación de emergencia o en una situación de enfermedad crónica (ver foto 37).



Foto 36. Diploma de graduación de María Cabrera como promotora de salud
 Fuente: archivo familiar. Reproducción: Andrés Suárez para el CNMH



Foto 37. Carné de la Mutual SER gestionado por María Cabrera como promotora de salud
 Fuente: archivo familiar. Reproducción: Andrés Suárez para el CNMH

El inagotable trabajo de María trajo consigo su reconocimiento cuando fue designada como segunda vocal de la primera junta directiva de la Mutual, de la cual además había sido agente educativa por dieciséis meses (ver foto 38).



Foto 38. Reconocimiento a la labor de María Cabrera en la Mutual Ser, 1997
Fuente: archivo familiar. Reproducción: Andrés Suárez para el CNMH

La masacre de febrero de 2000 la sorprendió junto con su esposo en la vía a El Carmen de Bolívar el 16 de febrero. En la Loma de las Vacas, un retén paramilitar detuvo el vehículo en el que se movilizaba. Allí cayeron las primeras víctimas de la masacre: Edith Cárdenas y Carlos Eduardo Díaz Ortega. Ni sus ruegos ni su intento por interceder por la vida de Edith Cárdenas la libraron de la arbitrariedad de los paramilitares. María e Ignacio se salvaron de las balas de los paramilitares y cuando llegaron a El Carmen de Bolívar se comunicaron vía telefónica con El Salado para informar que estos habían incursionado (GMH, 2009). Cinco días después, la masacre paramilitar más grande de la historia del conflicto ar-

mado contemporáneo ya se había consumado con un total de 60 víctimas fatales y el desplazamiento forzado de todos los habitantes de El Salado.

María y su familia se fueron para la ciudad de Cartagena y allí lograron hacerse a una casa. Su trabajo como promotora de salud la obligaba a viajar permanentemente a El Carmen de Bolívar y con cada viaje su añoranza por retornar a su pueblo se avivaba. Ni las palabras de su esposo pudieron persuadirla de no regresar nunca más, con cada rechazo que hacía expreso su esposo María se afirmaba en su deseo de volver, porque no concebía otra vida por fuera de su pueblo.

Junto con Lucho Torres, Pedro Duarte, Samuel Torres y Agustín Redondo, María Cabrera jugó un papel crucial en la organización del retorno. Cada semana iba a la Secretaría de Orden Público de la Gobernación de Bolívar para indagar cuándo se iba a realizar el retorno. De hecho, María hizo parte de la primera junta provisional de la Asodesbol (Asociación de Desplazados de El Salado-Bolívar). Los primeros días de noviembre de 2001, Lucho Torres y un grupo de ochenta saladeros, entre quienes se encontraba María encabezando un grupo de ocho mujeres, entraron a El Salado para limpiar el pueblo enmontando y recuperarlo. Con la convicción de los saladeros y el acompañamiento de la cooperación internacional y sus representantes legales, los habitantes retornaron el 20 de febrero de 2002 a pesar de la oposición del Estado que consideraba que no existían condiciones de seguridad para el retorno y que no podía garantizarlas.

María no lo dudó, con el retorno ella volvió a su pueblo, lloró las paredes de su casa y a partir de entonces puso al servicio de todos su vocación por la salud en medio de las condiciones más adversas y precarias. Muchos saladeros insisten en que María Cabrera volvió por ellos y por su pueblo, que, a diferencia de muchas personas desplazadas que no tuvieron más opciones en las ciudades, María pudo haber elegido una vida más segura y más estable en Cartagena o El Carmen de Bolívar, y teniendo opciones, eligió la más incierta, la más precaria y la más adversa, porque su decisión se tomó con el

corazón, porque como muchos afirman “ella fue la madre líder que estuvo con nosotros cuando más la necesitábamos”.

María volvió a un pueblo devastado por las huellas del abandono, con un puesto de salud en ruinas, sin una medicina en la botica, sin farmacias, y sin la menor perspectiva de que un médico viniera al pueblo. María viviría el año y medio probablemente más precario de su existencia, con mayores limitaciones materiales, enfrentando situaciones adversas en medio de un conflicto armado que no cesaba y asumiendo un oficio de alto riesgo como ser promotora de salud en una zona de conflicto armado. Pero quizás fue el año y medio más satisfactorio de su vida, porque entonces pudo realizarse personalmente en su vocación de servir a otros cuando todas las condiciones eran adversas y muchos hubiesen optado con razón por no hacerlo. Atendió a los enfermos, aplicó inyecciones, dio una pastilla para la tensión, sacó de urgencias enfermos en hamaca por la intransitable carretera hacia El Carmen hasta llegar con ellos a pie; tuvo que venirse a pie desde El Salado hasta El Carmen de Bolívar para tramitar los carnets o para llevar medicina para el pueblo, aplicó todo su conocimiento sin amilanarse por la adversidad, sin importar la escasez o la ausencia de los recursos para realizar su trabajo.

Pese a toda la adversidad en que debía realizar su labor como enfermera empírica y promotora de salud, la inagotable María Cabrera no renunciaba a su deseo de aprender, y menos ahora cuando ante tanta precariedad había que ser recursivo, por ello no nos sorprende el libro que estaba leyendo cuando las balas de la guerrilla de las FARC cegaron su vida: *Fundamentos de Medicina. Manual de Terapéutica*, Corporación de Investigaciones Biológicas de Medellín.

María Cabrera tenía una vocación de servicio volcada a la salud que no agotaba su liderazgo, su carácter fuerte le permitía alzar su voz contra las injusticias y defender públicamente sus posiciones.

En un debate comunitario en medio de la creciente tensión por el agravamiento del conflicto armado que amenazaba el retorno, uno de sus contradictores intentó descalificar sus posturas alineándolas con la política de seguridad democrática del presidente

Uribe. En medio de la polarización política de ese momento, un juicio de este tipo enunciado públicamente implicaba una estigmatización peligrosa. El incidente llegó a oídos de la guerrilla de las FARC que vio con sospecha los continuos desplazamientos de María hacia El Carmen de Bolívar, los cuales por demás eran inherentes a su oficio como promotora de salud, razón por la que fue interceptada en la vía que comunica El Carmen de Bolívar con El Salado, la bajaron de un vehículo de servicio público, amenazaron a los ocupantes si revelaban lo ocurrido, y luego apareció asesinada en la vía cuando el pueblo acudió en su búsqueda una vez enterado del incidente (ver foto 39). No por casualidad la guerrilla de las FARC le comunicó un mensaje a todos los saladeros con su acción violenta, pues María fue asesinada el 7 de agosto de 2003 cuando se cumplía un año de la posesión del presidente Uribe.



Foto 39. María Cabrera en sus 50 años
Fuente: álbum familiar. Reproducción: Andrés
Suárez para el CNMH

Los saladeros fueron en busca del cuerpo de María, lo recogieron de la vía y lo llevaron en una hamaca hasta el pueblo. Algunos jóvenes recuerdan que una calle de honor se fue formando a medida que la hamaca avanzaba entre los saladeros. No por casualidad el padre Rafael Castillo recordó en la inauguración del Monumento a las Víctimas en 2006 que la cruz erigida en el centro del mismo era el símbolo de aquella cruz de madera que María Cabrera había cargado cuando los saladeros retornaron a su pueblo y que permaneció por muchos años en la iglesia. Hoy, el símbolo de la cruz del Monumento a las Víctimas yace en el cementerio de El Salado como emblema de dignificación de las víctimas en su última morada, incluida la propia tumba de María.

El asesinato de María Cabrera fue el golpe más duro que recibió el retorno y amenazó con acabar para siempre con el pueblo, porque todos sabían que un éxodo más era un punto de no retorno. Los saladeros resistieron este embate y los que se sucederían luego como consecuencia de este asesinato con las detenciones arbitrarias de la Armada Nacional que afectaron a la población desde octubre de 2003 y que no cesarían hasta el exilio de Lucho Torres, el líder del retorno, en julio de 2006. En octubre de 2003, la Armada Nacional reinstaló el puesto militar en el corregimiento.

El Salado se quedó así sin su enfermera y su promotora de salud cuando más la necesitaba, su vulnerabilidad se hizo más crítica a medida que el asedio de los actores armados se acrecentaba.

Un cuaderno de ciencias sociales de una estudiante de El Salado en 2007, provisto para este trabajo por una saladera, contenía una pregunta hecha por el profesor a sus alumnos, ¿quiénes son las personas más importantes del pueblo? Aquella alumna respondió: “El señor Lucho Torres y la difunta María Cabrera”. Y fue así, Lucho Torres y María Cabrera optaron por su pueblo cuando la vida les brindó la oportunidad de elegir entre tantas alternativas, en la que la más desfavorable era el retorno. María fue asesinada en 2003 y Lucho fue forzado al exilio desde 2006 hasta 2011.

María Cabrera se convirtió en un ejemplo para todas las mujeres saladeras y su recuerdo aún perdura no solo en ellas sino en todos los saladeros.

La incansable María Cabrera tuvo tiempo para todo. Devota de la Virgen del Carmen a la cual debía su nombre, organizaba la procesión que recorría el pueblo el 16 de julio de cada año. Aunque organizar es un verbo que limita el alcance de la devoción de María, porque ella misma pedía su espacio entre los cargueros para llevar sobre sus hombros la imagen de la santa. Porque como todo en su vida, las responsabilidades nunca fueron una carga para ella, eran una misión que llevaba a cabo con compromiso y devoción.

La mujer que cuidada de otros, la mujer que nunca renunció a aprender, la mujer que levantaba su voz contra las injusticias, sentó las bases para que las futuras generaciones cumplieran el lema que guiaba su vida y que aún en su ausencia no le gustaría que abandonaran: "tiempos mejores vendrán".

Mapa 1. Infraestructura comunitaria



- | | | |
|-------------------------|----------------------------|-------------------------------------|
| 1 Escuela | 9 Colegio | 9 Pozo La trampa |
| 2 Plaza principal | 6 Monumento a las víctimas | 10 Acueducto Comunitario |
| 3 Cancha de microfútbol | 7 Iglesia | 11 Cementerio |
| 4 Puesto de salud | 8 Casa de la Cultura | 12 Cancha de Fútbol / Barrio Arriba |

Croquis: John Jairo Medina
Elaboración propia por observación en trabajo de campo

LOS TABACALEROS

“El tabaco: prosperidad e identidad saladera”



Foto 40. Bodegas tabacaleras de Alejandro Duarte y Carlos Herrera
Fuente: Comisión Colombiana de Juristas

La historia de El Salado está indisolublemente ligada al tabaco como símbolo de prosperidad e identidad, ya que su cultivo y comercialización ha sido la principal actividad económica del corregimiento.

Esta tradición económica se inscribe en un proceso de larga duración que posicionó al municipio de El Carmen de Bolívar en el epicentro del auge exportador de tabaco que representó importantes ingresos fiscales para Colombia entre 1854 y 1880. El monopolio fiscal sobre su cultivo y comercialización, vigente desde la época colonial, fue derogado mediante la Ley 23 de 1848, contribuyendo con ello a la expansión de la producción y el aprovechamiento del auge exportador que se había iniciado en 1846 con el crecimiento de la demanda mundial. El fin del monopolio fiscal y el auge exportador posibilitaron la emergencia de nuevas zonas de producción como Bolívar y Tolima que disputaron la prevalencia en el mercado a Santander. El Carmen de Bolívar y Ambalema se posicionaron como los principales proveedores de tabaco de Colombia en el mercado internacional.

El posicionamiento de El Carmen de Bolívar fue potenciado por su cercanía con los principales puertos de la Costa Caribe: Barranquilla y Cartagena, lo que le dio una ventaja comparativa sin igual en medio del auge exportador. De ello derivó la instalación en el municipio de distintas empresas exportadoras, la mayoría de ellas de empresarios extranjeros de origen alemán y holandés. Esta bonanza exportadora generó una importante dinámica comercial tras la cual vinieron comerciantes extranjeros, entre quienes se cuentan los ascendientes de dos de los troncos familiares más importantes de El Salado: los Cohen y los Redondo. Los primeros de origen judío y los segundos catalanes.

El auge exportador del tabaco cesó en 1880 como consecuencia de la entrada en el mercado internacional de nuevos productores, competencia que provocó una caída del precio del producto. A partir de entonces la producción tabacalera sirvió para abastecer la demanda interna y estabilizar la participación de las exportaciones en el mercado mundial, lo que si bien no generó las ganancias del

auge exportador, no implicó que dejara de ser un negocio rentable. El estancamiento de la economía tabacalera a partir de 1880 se revirtió en 1920 con el florecimiento de la industria de los cigarrillos, cuyo principal insumo era el tabaco. A las empresas exportadoras internacionales se sumó una empresa nacional fundada en 1919 y que se posicionó fuertemente en el mercado interno de los cigarrillos: la Compañía Colombiana de Tabaco -Coltabaco-.

La entrada de Coltabaco en el mercado de El Carmen de Bolívar cambiará la historia del corregimiento El Salado, estimulando la expansión del cultivo de tabaco y creando las condiciones para su comercialización.

Con el posicionamiento del monocultivo del tabaco, la temporalidad y las rutinas de la vida de los saladeros se adecuarán a las etapas del ciclo productivo del mismo. En el mes de marzo, época de verano, la semilla se planta en una troja por un periodo de un mes, luego se saca la planta de la troja y se lleva a un semillero cubierto por otro mes, cuando la mata tiene entre 20 y 25 centímetros de altura se lleva del semillero a la tierra, mientras tanto se preparan huecos en la tierra a la espera de la temporada de lluvias entre abril y mayo. Cuando cae la primera lluvia, las plantas son llevadas a los huecos. Una vez sembradas, las plantas comienzan a crecer y a partir de julio empieza una sucesión de tres cortes semanales en los que se desprenden tres hojas; una vez finalizada esta etapa comienza la cosecha propiamente dicha en la que se arrancan cinco o más hojas y que se extiende desde agosto hasta noviembre.

Todas las hojas son llevadas hacia el caney en donde se ensartan con una puya en una cabuya y luego se cuelgan para que se inicie el secado de la hoja. A los 15 días de permanecer en el caney, las cuerdas con la hoja seca son descolgadas y llevadas a la empresa para su pesaje por kilo y su pago. Una vez recibido, el tabaco es prensado para iniciar su proceso de fermentación y permanece cubierto con fique por un lapso de 20 días. Luego de ese lapso, el tabaco inicia su proceso de elaboración. Las mujeres alisadoras lo reciben, abren cada hoja y la clasifican de acuerdo a distintas clases. Si la hoja está en perfecto estado, la clasifican como de primera

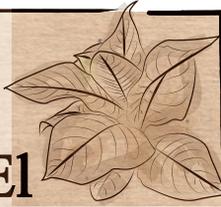
clase. Si tiene un pequeño orificio, la catalogan como de segunda clase. Y así sucesivamente hasta identificar siete clases. Las hojas de primera y segunda clase son de exportación, mientras que las restantes se utilizan en el mercado interno.

Una vez clasificado, el tabaco vuelve a prensarse y se coloca en filas dentro de la bodega. Un supervisor toma permanentemente la temperatura de las columnas para garantizar que el tabaco tenga suficiente oxigenación y prevenir un incendio. Cuando la temperatura es elevada, las filas se desarman y vuelven a reorganizarse, procedimiento que se repite cuantas veces sea necesario si se eleva la temperatura. El tabaco puede permanecer en estas condiciones hasta tres años sin ser exportado y no perder sus características (ver infografía del ciclo del tabaco).

Con la llegada de Coltabaco aparecen los tabacaleros como personas importantes de El Salado. Sea como empleados de las empresas exportadoras o como sus corredores, su papel de intermediarios los posiciona con singularidad en la memoria colectiva de los saladeros.

Como se ha podido constatar en los relatos precedentes, los hitos más significativos de la historia contemporánea de los saladeros se han erigido alrededor de las luchas contra las empresas exportadoras, primero con la báscula pública y luego con el procesamiento y elaboración del tabaco en el pueblo. Pero esa contradicción en las relaciones económicas que enfrentaba a campesinos cultivadores con empresas exportadoras no necesariamente se transfirió a los intermediarios que ejercían como representantes o corredores de las empresas exportadoras. La diferenciación que se opera en la memoria colectiva entre unos y otros tiene su razón de ser en el hecho de que la empresa exportadora estaba distanciada de los campesinos cultivadores, pues su relación con estos no era directa ni hacía parte de la cotidianidad de la producción, ya que todo se delegaba en los representantes o los corredores, sumado a que estos eran –en últimas– empleados.

El intermediario gozaba de la inmunidad que le daba el hecho de ser parte de la cotidianidad de los campesinos cultivadores, de



El Ciclo del Tabaco



1. Cosecha de Tabaco



2. Tabaco Ensartado



3. Tabaco Secado



4. Tabaco Empacado



5. Alisamiento del Tabaco



6. Tabaco Alisado



7. Tabaco Enrollado



8. Tabaco Final

Infografía 1

Ciclo productivo del tabaco
Fotografías de Jesús Abad Colorado, corregimiento El Salado, 2009
Diseño: Heidy Rocío González

relacionarse directamente con ellos, pero principalmente del poder social que le daba el ser los operadores del sistema de pago anticipado o crédito con el que operaban las empresas tabacaleras, pues el sentimiento de gratitud permeaba la transacción económica. El pago anticipado era lo que ponía en marcha el circuito económico tabacalero, pues era el que posibilitaba el cultivo de tabaco para el grueso de los productores, campesinos pobres sin tierra o con microfundios.

Esta particular posición de los intermediarios permitió que se les percibiera socialmente como los proveedores de empleo y los posibilitadores de las fuentes de trabajo, en contraste con las empresas exportadoras que por su distancia social con los campesinos se posicionaron en el imaginario social como explotadoras.

El pionero de los intermediarios que inserta el corregimiento de El Salado dentro de los circuitos de comercialización del tabaco es Alejandro Duarte, razón por la cual se le reconoce socialmente dentro de la memoria colectiva como el gestor de la bonanza tabacalera que cambiará para siempre la vida y la identidad del pueblo.

Alejandro Duarte llegó a El Carmen de Bolívar en la década del 30 del siglo pasado huyendo de la pobreza y la violencia partidista de su natal Santander cuando apenas tenía 13 años. Mientras deambulaba por el municipio en busca de una oportunidad laboral, Alejandro recibió una oferta para hacerse cargo de una finca en el corregimiento El Salado. Una vez allí, un paisano suyo que estaba apoyando la inserción en la región de la Compañía Colombiana de Tabaco lo relacionó con la empresa. Cuando uno de los empleados de la empresa tuvo que abandonar su cargo por problemas de salud, Alejandro fue postulado por su paisano y la empresa lo contrató (ver foto 41). Con su nombramiento, Coltabaco decidió incursionar en el corregimiento El Salado promoviendo la construcción de una bodega que sirviera para almacenar el tabaco que se comprara en la zona y luego sacarlo hacia El Carmen de Bolívar (esta bodega continúa existiendo hasta la actualidad diagonal al parque 5 de noviembre en el parque principal del pueblo) (ver foto 42).



Foto 41. Óleo de don Alejandro Duarte
Fuente: archivo familiar. Reproducción: Andrés Suárez para CNMH



Foto 42. Bodega Alejandro Duarte e Hijos. Fotógrafo: Andrés Suárez para el CNMH

Así las cosas, Alejandro Duarte empezó a promover la expansión del cultivo mediante el sistema de pago anticipado, luego de lo cual compraba el tabaco en la época de cosecha y lo almacenaba en su bodega.

Con el paso de los años Coltabaco decidió abandonar la región, entre otras razones porque su interés prioritario estaba en el tabaco de menor calidad para su popular marca de cigarrillos Pielroja y no en la exportación. Cuando se fue de la región, la empresa pensionó a Alejandro Duarte, quien pactó con esta la compra de la bodega que había construido en el pueblo. A partir de entonces, la bodega llevaría el nombre de Alejandro Duarte e hijos.

Con la salida de Coltabaco las empresas exportadoras entraron en la región para copar el espacio que había dejado esta empresa. Alejandro Duarte se convirtió en corredor de las empresas exportadoras aprovechando las ventajas de su bodega de almacenamiento. Luego aparecieron otros corredores como Gustavo Redondo Suárez, quien construyera a su vez una bodega de almacenamiento en donde hoy en día queda la Casa de la Cultura. Ambos trabajaron para Espinosa Hermanos cuando se fue la Colombiana de Tabaco.

En 1973 los saladeros lograron que las empresas exportadoras cedieran a su demanda de que el tabaco se procesara y se elaborara en el pueblo, las bodegas dejaron de ser de almacenamiento para convertirse adicionalmente en espacios de trabajo para las mujeres alisadoras y los hombres empacadores. A la bodega de Alejandro Duarte, quien ahora contaba con la participación activa de sus hijos Pedro y Vicente, se sumó la construcción de una nueva bodega diagonal a la de Alejandro Duarte y que hoy en día se ubica frente al Parque 5 de Noviembre. Esta bodega fue construida por la empresa exportadora Espinosa Hermanos (ver foto 43) y dada a su administración a Julio y Armando Torres, quienes llegaron a El Salado en 1974 trabajando con Tabacalera El Carmen en la bodega de Gustavo Redondo (ver foto 44) y luego se pasaron a Espinosa Hermanos cuando Tayrona compró Tabacalera El Carmen.

A las bodegas de Alejandro Duarte y Julio Torres se sumaron dos más durante el auge de la bonanza tabacalera que se extendió desde 1975 hasta 1990, a saber, la de Francisco “Chico” Tapias en

la casa más grande de la vía principal que hoy habita Ledis Ortega bajo la administración de la empresa exportadora Tayrona (ver foto 45) y la de José de la Cruz Torres en donde hoy funciona la estación de policía (ver foto 46).



Foto 43. Bodega tabacalera de Carlos Herrera ubicada frente al Parque 5 de Noviembre
Fotógrafo: Andrés Suárez para el CNMH



Foto 44. Bodega tabacalera de Gustavo Redondo ubicada en donde hoy funciona la Casa de la Cultura. Fotógrafo: Andrés Suárez para el CNMH



Foto 45. Bodega tabacalera de Francisco “Chico” Tapias ubicada en la calle principal de El Salado. Fotógrafo: Andrés Suárez para el CNMH



Foto 46. Bodega Tabacalera de José de la Cruz Torres ubicada donde hoy funciona el puesto de policía. Fotógrafo: Andrés Suárez para el CNMH

La apertura de las bodegas respondió a la demanda creciente de las empresas exportadoras que pusieron a sus representantes y sus instalaciones en el territorio, pues la bonanza tabacalera convirtió al corregimiento de El Salado en el principal centro de acopio y procesamiento de tabaco de los corregimientos y veredas aledañas. De hecho, Francisco Tapias se inició en el negocio como corredor de tabaco en 1964 comprando él mismo y llevándolo a la bodega de Gustavo Redondo desde el corregimiento Guaymaral en el municipio de Córdoba.

Con la apertura de las bodegas vinieron los representantes de las empresas exportadoras y crecieron los corredores. Las principales empresas exportadoras de El Carmen de Bolívar fueron inicialmente la Colombiana de Tabacos, luego Tabacalera El Carmen y Espinosa Hermanos, y más tarde Tayrona que incursiona con la compra de Tabacalera El Carmen y posteriormente Tabarama.

Los principales representantes de las empresas tabacaleras fueron: Hernando Yepes, Julio y Armando Torres, Carlos Herrera, Francisco Tapia, Pedro y Vicente Duarte, José de la Cruz Varela, Virgilio Donado y Gustavo Redondo. Entre los tantos corredores se destacaban personas como Eduardo Medina y Néstor Tapia. Las empresas exportadoras que tuvieron presencia permanente en el territorio fueron Tayrona y Espinosa Hermanos.

Las empresas exportadoras que hacían presencia en El Salado contaban en muchos casos con más de un representante, como ocurrió con Espinosa Hermanos que tuvo como representantes a Alejandro y Pedro Duarte, Hernando Yepes, Julio y Armando Torres, José de la Cruz Varela, Virgilio Donado y Gustavo Redondo. Vicente Duarte fue el representante de Tabarama, mientras que Francisco Tapia (ver foto 51) lo era de Tayrona. Julio y Armando Torres llegaron de la mano de Hernando Yepes como representantes de Tabacalera El Carmen en 1974 antes de su venta a Tayrona y su traslado a Espinosa Hermanos.

La posición social de los intermediarios derivada de su representación como proveedores de empleo y símbolo de la prosperidad del pueblo por las bonanzas tabacaleras, fue reforzada por

acciones individuales y colectivas que resonaban por su anclaje en la vida cotidiana del pueblo y que eran vistas como aportes para el progreso o como parte de la identidad.

Además de los aportes económicos para las corralejas o las fiestas patronales, vistos como gestos de solidaridad y generosidad con los otros, los tabacaleros afianzaron su reconocimiento social con la provisión de bienes públicos. El caso más relevante corresponde a Armando Torres (ver foto 49), quien construyó el Parque 5 de Noviembre en homenaje a su padre Julio Torres (ver foto 48), quien en 1974 se puso como propósito construir en un plazo de siete años un parque para el pueblo, intención que nunca pudo concretar por su muerte en 1979. Desde su construcción en 1981, el parque se convirtió en uno de los espacios públicos más importantes del pueblo, además de referente de la vida comunitaria. El parque está ubicado equidistante a las dos bodegas tabacaleras en el barrio abajo. Se trata de un espacio conformado por un mobiliario de bancas en cemento alrededor de un pedestal en el que se erige la imagen de Santa Rosa de Lima, patrona del pueblo, cubierta con una hoja de tabaco. Su construcción original que duró mes y medio contaba con columpios que se destruyeron y nunca fueron rehabilitados, de ahí que no haga parte del mobiliario que se conserva hasta hoy. El nombre del parque (5 de Noviembre) no conmemora ningún hito en la historia del pueblo sino la fecha de muerte de Julio Torres en honor de quien fuera construido (ver foto 47).

Junto con la provisión de bienes públicos como el Parque 5 de Noviembre, los corredores o representantes posibilitaron su reconocimiento social gracias a su carisma o a algún rasgo de su personalidad que se hacía sobresaliente con la habituación que da la cotidianidad.

Este es el caso de corredores como Gustavo Redondo y Eduardo Medina o de representantes como Virgilio Donado. El primero ampliamente recordado por su temperamento y erigido como representación de la autoridad en la memoria colectiva. El segundo recordado por su solidaridad en momentos difíciles, incluso como



Foto 47. Parque 5 de Noviembre. Fotógrafo: Andrés Suárez para el CNMH



Foto 48. Julio Torres
Fuente: álbum familiar. Reproducción:
Andrés Suárez para el CNMH



Foto 49. Carlos Armando Torres
Fotógrafo: Andrés Suárez para el CNMH

consejero, para ello recuérdese el papel que jugó en la vida de Álvaro Pérez Ponce, pero que en la cotidianidad tenía un rasgo de su personalidad que lo hacía único: recordaba todas las fechas, hasta los detalles mínimos, podría decirse que era Eduardo, el memorioso, pero olvidaba su sombrero o sus abarcas –por nombrar algunas cosas– cuando visitaba a sus amigos y sus vecinos, lo que parecía más difícil de olvidar por ser inmediato (ver foto 50). Y el tercero por una singularidad en su forma de vestir que se asociaba con un símbolo de progreso por la bonanza tabacalera.

Virgilio Donado asumió la administración de la bodega de José de la Cruz Torres que funciona en donde hoy se encuentra la estación de policía. Virgilio llegó al pueblo tras la bonanza tabacalera y gracias a su empeño en el trabajo logró ascender social y económicamente hasta convertirse en empleado de Espinosa Hermanos y administrador de una bodega. El símbolo de su prosperidad fueron los zapatos blancos, los mismos que generaban tanto malestar en el viejo Gustavo Redondo y que hacían que este le recordara constantemente sus orígenes humildes cuando llegó hasta el pueblo. Recuérdese que Gustavo Redondo apodaba a Virgilio Donado “zapato blanco” o “el farol”.



Foto 50. Eduardo Medina con su familia. Fuente: álbum familiar. Reproducción: Andrés Suárez para el CNMH



Foto 51. Francisco “Chico” Tapia.
Fotógrafo: Andrés Suárez para el CNMH



Foto 52. Sabas Señas, Román Torres, Virgilio Donado, Hernando Yepes, Aurelio Medina, Manuel Ramón Yepes, Humberto Yepes, Antonio Yepes (médico) y Esteban Domínguez en la casa de Erasmo Tapia en el corregimiento El Salado (De derecha a izquierda) Virgilio Donado y Hernando Yepes del gremio tabacalero. Fuente: álbum familiar. Reproducción: Andrés Suárez para el CNMH

Las acciones individuales, unas creativas y otras interpeladoras, también le permitieron a algunos tabacaleros erigirse como personas importantes en la memoria colectiva de El Salado. Son los casos de Armando Torres y Vicente Duarte. El primero desde la estrategia económica, el segundo desde la acción política.

Armando Torres, en su calidad de representante de la empresa Espinosa Hermanos, decidió implementar una estrategia para aumentar el volumen de tabaco comprado a los campesinos y así mejorar la competitividad de su empresa. Su incentivo consistió en ofrecerles a los campesinos cultivadores una comisión por cada kilo que le vendieran a él. Lo que llamó la atención de los campesinos en este caso es que un tabacalero diseñara una estrategia competitiva en la que el campesino recibiera un beneficio económico, algo atípico para una relación histórica en la que el campesino estaba siempre expuesto al fraude, a la expoliación y a la desventaja. Los campesinos guardaban los recibos y al final de la cosecha Armando les pagaba la comisión por vendérselo a él. Se trató de una iniciativa por fuera de las directrices de la compañía tabacalera, razón por la cual las comisiones fueron pagadas directamente del bolsillo de Armado Torres.

Vicente, el disiente. Esta expresión condensa con fuerza ilustrativa la singularidad de la historia de Vicente Duarte. Profundamente ligado al gremio tabacalero por su padre Alejandro Duarte y luego como representante de la empresa Espinosa Hermanos, Vicente decide apoyar la causa de los campesinos en su lucha por una báscula pública. Aporta recursos para su compra y no flaquea en su respaldo a pesar de que es expulsado de la empresa y vetado en el gremio. Cuando el pulso entre las empresas exportadoras y los campesinos cultivadores alcanzó su momento más crítico con la decisión unilateral de las primeras de no comprar más tabaco en El Salado, Vicente acepta el ofrecimiento de ser el representante de Tabarama, una empresa que incursiona en la región, y aprovecha la oportunidad para comprar todo el tabaco de El Salado y de paso posicionar a la empresa.



Foto 53. Don Vicente Duarte, 2015.
Fotógrafo: Andrés Suárez para el CNMH

El hecho de que Vicente haya renunciado a cualquier solidaridad gremial en el conflicto con los campesinos cultivadores, y que hubiese soportado la segregación, es valorado más allá de la lucha de clases entre empresarios y campesinos, es reivindicado ante todo como una opción por su pueblo, porque antes que empleado de una empresa exportadora, Vicente era saladero. Este caso es ilustrativo de cómo en la memoria colectiva el intermediario era en muchos casos más cercano a ese “nosotros” del pueblo saladero que a ese “ellos” de los empresarios exportadores.

Pedro Duarte, el continuador y el resistente (ver foto 54). Continuador porque fue desde sus inicios la mano derecha de su padre, Alejandro Duarte, el pionero de la industria tabacalera en El Salado. A medida que se deterioraba la salud de don Alejandro, don Pedro asumió la administración de la bodega tabacalera y preservó el legado de su padre aún después de su muerte siendo representante de distintas empresas tabacaleras. Pero el continuador fue a su vez el resistente. Pedro Duarte fue el último tabacalero en irse de El Salado y el primero en regresar. Formó parte de la primera junta provisional de Asodesbol que lideró el retorno junto con Lucho Torres, María Cabrera, Samuel Torres y Agustín Redondo. Volvió a pesar del riesgo inminente que pesaba sobre la integridad de todos los retornados, como se colige del testamento que escribió para sus hijos el 7 de febrero de 2002 cuando retornó (ver foto 55). Pero no volvió como un saladero más, puso su bodega al servicio del proyecto de cultivo de tabaco que se desarrolló con Agritec en 2003 como parte de los proyectos de estabilización socioeconómica promovidos por la Gobernación de Bolívar.



Foto 54. Pedro Duarte en su bodega, 2014. Es el mismo que aparece en la foto pesando tabaco. Fotógrafo: Andrés Suárez para el CNMH

NOTAS / Notes

CARTAGENA, FEBRERO 7/02

DE PEDRO DUARTE ROMERO.

PARA MIS HIJOS.

ASUNTO ULTIMA VOLUNTAD.

EN BUEN USO DE MIS SENTIDOS, RETORNO AL SALADO; SI ALLÁ ME SORPRENDIERE LA MUERTE. LES PIDO POR FAVOR, POR FAVOR LO SIGUIENTE:

- 1) NO ME TRASLADEN A OTRO LUGAR, ENTIERRENME AHÍ MISMO. SI FUERE EN EL PATIO DE LA BODEGA MUCHO MEJOR
- 2) NO ESPEREN A NINGUNO DE MIS HERMANOS PARA ELLO
- 3) SI FUERE POSIBLE, CONTRATEN UN CONJUNTO VALLENATO QUE AL PRECISO MOMENTO INTERPRETEN LAS SIGUIENTES CANCIONES:
 - A) MI GRAN AMISO
 - B) EL VIEJO MIGUEL
 - C) LOS CAMINOS DE LA VIDA
 - D) VEINTE AÑOS
 - E) NADIE ES ETERNO EN EL MUNDO
 - F) NUESTRO JURAMENTO
- 4) A SU MAMA, A CAMBIO DE FLORARLA CUANDO MUERA; MEJOR RESPETENLA HOY, PUES CON EL RESPETO LE DEMUESTRAN QUE LA APRECIAN.

CUMPLASE, GRACIAS

Foto 55. El testamento de Pedro Duarte tras el retorno
Fuente: archivo personal. Reproducción: Andrés Suárez para el CNMH

Toda esta épica de prosperidad de la bonanza tabacalera materializada en las bodegas tabacaleras, la proliferación de empresas exportadoras y sus representantes, la multiplicación de los corredores y el auge del comercio en el pueblo, empieza su declive en 1990 con el reacomodamiento del mercado internacional del tabaco y las dificultades competitivas del producto nacional en el contexto de la apertura económica. Sin protección arancelaria y con nuevos competidores como Brasil que cuenta con subsidios estatales, la industria tabacalera enfrenta un nuevo periodo de crisis. A este contexto adverso se suma el escalamiento del accionar guerrillero en la región y la réplica paramilitar, lo que fuerza la salida del corregimiento de todas las empresas tabacaleras y con ello se desmantela el logro de las luchas campesinas que dos décadas atrás consiguieron que el tabaco se elaborara y procesara en el pueblo. Las bodegas abandonadas se convierten en ruinas que perviven como huella del pasado próspero de El Salado.

El recrudecimiento de la violencia de tipo delincriminal desde mediados de los años setenta llevó a Armando Torres a dejar El Salado en 1984 luego de sufrir varios asaltos en la vía a El Carmen de Bolívar y de recibir amenazas de secuestro. Con la violencia de tipo subversivo en los años noventa, igual suerte corrió Francisco Tapia, quien luego de recibir constantes amenazas de secuestro y extorsión decidió abandonar el pueblo. La presión de la guerrilla a las empresas tabacaleras a través de las extorsiones, sumada a la presencia generalizada de los grupos armados en las zonas rurales que desincentivaba el cultivo, llevó a que en 1996 se cerrara la última bodega que aún existía en El Salado, la de Pedro Duarte.

Solo hasta 2009 Pedro Duarte, con el apoyo de Coltabaco y Fundación Semana, logró rehabilitar la histórica bodega tabacalera de su padre Alejandro Duarte, pero aún sigue a la espera de que la adecuación del espacio físico recobre todo su significado histórico con la recuperación económica del pueblo.

Como símbolo del pasado próspero de El Salado, el Grupo de Memoria Histórica eligió este lugar emblemático para el lanzamiento público del informe *La masacre de El Salado. Esa guerra no*

era nuestra el 13 de septiembre de 2009. En esa ocasión el reencuentro de los saladeros en aquella bodega estuvo ambientado por la exposición fotográfica *Volver al pasado para reconstruir el futuro*. La prosperidad se colgó como un recuerdo en las paredes de la bodega, pero también como una esperanza de recuperar lo perdido. La fotografía de Pedro Duarte con su robusta figura llevando una cuenta mientras se pesa una carga de tabaco en aquella bodega contrasta con el vacío que hoy la caracteriza y hasta con la figura menuda que hoy luce don Pedro como huella viva de todas las secuelas de la devastación del conflicto armado.

Las bodegas tabacaleras que llegaron a comprar hasta 2.500.000 de kilos de tabaco en una cosecha (Armando Torres compró 1.250.000 kilos de tabaco en su mejor cosecha, mientras que Pedro Duarte y Francisco Tapia no bajaban de 650.000 kilos cada uno por cosecha), además de procesarlo directamente para su exportación con la contratación directa de mano de obra de más de 320 mujeres alisadoras y 80 ayudantes en las cuatro bodegas en funcionamiento durante la bonanza de los años setenta y ochenta; contrastan con la depresión económica que vivió El Salado luego del retorno en 2002 cuando un proyecto de reactivación del cultivo de tabaco promovido por la Gobernación de Bolívar apenas alcanzó los 100.000 kilos durante una cosecha, seguido de su transporte hacia El Carmen de Bolívar en medio de una vía en pésimas condiciones durante el invierno que deterioraban aún más su frágil rentabilidad, y agravado por la ausencia de bodegas en funcionamiento para el procesamiento del tabaco con contratación de mano de obra.

La leyenda del tabaco en El Salado

Por: Samuel Humberto Torres Ortega

La señora Toribia Arrieta llegó a El Salado alrededor de 1820, ella era una india faroto (los indios farotos que existían en los Montes de María), ella llega al Salado ya como artesana, para esa fecha comenzaba la explotación de algunos animales, tenían que tener cabuyas para amarrar los burros, los caballos y las hacían de majagua colorá y mochilas para cargar los alimentos, eso era propio de los artesanos. Toribia llegó y ubicó su choza cerca de donde había agua, unos pájaros emigrantes llegaron a tomar agua allí en esa cienaguita y ensucieron allí, y de ahí nacieron unas matas desconocidas que después se llamaron tabaco.

En vista de que esa mata tenía una hoja tan bonita, tan elegante y grande, la señora la fue conservando, la dejaba crecer y toda hoja que se iba secando la ponía frente al fogón para que no se le fuera a podrir, y cuando había mosquitos o zancudos, ella echaba a quemar hojitas de esas en el fogón y el humo era agradable para las personas que estaban cerca, ahí vino de antojarse de doblar tabaco y empezaron algunos campesinos a fumar tabaco y le fue agradando a todo el que fue fumando.

Ya después de estar utilizándolo de esa manera, la gente del Salado, los san jacinteros venían, iban de acá al Carmen, a Ovejas, y fueron distribuyendo muchas semillas, comenzaron a cultivarlo, a fumarlo y después cuando empiezan a llegar muchos foráneos a trabajar: africanos, cubanos, y al momento en que se empezó a distribuir semilla para tantos varios lados, pues se dice que desde acá llevaron la semilla para Cuba y comenzaron a consumirlo igual que acá, pero si le gustaba a los turistas, le gustaba a los forasteros, hasta el momento en que vieron que lo podían convertir en una industria. Al momento de haber el cambio de gobierno en Cuba, cuando Fidel Castro se toma el poder en Cuba y conoce que puede utilizarlo como una industria de exportación.

CONCLUSIONES

Las biografías sociales desarrolladas en el libro relevan un conjunto de características compartidas entre los líderes y personas importantes, las cuales definen los valores del liderazgo y los hitos de lo que es importante para los saladeros en el presente, pues el pasado siempre es resignificado en función de las demandas del presente.

- a. Los personajes se inscriben en una secuencia vital que los ubica en momentos críticos de la historia contemporánea de El Salado, lo que significa que tras el recuerdo de cada individuo yace la evocación de un momento decisivo que los marcó a todos, un antes y un después en la vida colectiva, pero también un aprendizaje sobre la respuesta social ante la adversidad. El cómo cada individuo enfrentó la dificultad y la adversidad de su momento histórico es la proyección de un deseo colectivo sobre cómo enfrentar la adversidad en el presente y el futuro.
- b. El pasado que se recuerda con los personajes elegidos es una experiencia directa, una interacción cara a cara con los líderes y las personas importantes en la vida cotidiana, llena de anécdotas y hechos concretos vividos por los sobrevivientes que conocieron e interactuaron con aquellos a quienes recuerdan. Una experiencia vital que se basa en el conocimiento directo como fuente de sentido de la valoración de lo que hace importante a alguien y lo que lo convierte en un líder. Lo que los saladeros reclaman es que no les contaron

cómo eran sus líderes o personas importantes, los conocieron, los vieron e interactuaron con ellos.

- c. Los líderes y personas importantes que se han elegido se distinguen por tres rasgos distintivos que se enfatizan en el recuerdo de los saladeros: servir a otros, propender por el bienestar colectivo y levantar la voz contra la injusticia. **Servir a otros** apunta a la solidaridad con los más vulnerables, a la disposición a colaborar con o sin plata, al espíritu de sacrificio para atender a los otros sin importar las privaciones o las molestias que ello pudiese ocasionar en su vida privada, al compromiso de trabajar por otros aún si ello menoscababa su capacidad económica o limitaba sus ingresos, o como lo expresara con mucho tino un saladero que vive en Barranquilla “Un hombre no se mide por lo que tiene, sino por su capacidad para servir”. **Propender por el bienestar colectivo** pone el acento en la gestión para proveer bienes públicos que mejoraran la calidad de vida de los pobladores, sea ante los intermediarios políticos o las instituciones estatales, o promoviendo la autogestión mediante el trabajo comunitario. Y, por último, **levantar la voz contra la injusticia** valoriza la capacidad de los personajes de no guardar silencio ni permanecer indiferentes ante lo que se consideraba injusto. No se trataba de individuos que desafiaran el statu quo o que propendieran por la sustitución del orden social, su noción de lo injusto derivaba más bien del incumplimiento de las reglas de juego dentro de los límites del orden social establecido. No cuestionaban el clientelismo, lo convirtieron de hecho en una oportunidad para asegurar la provisión de bienes públicos, lo que criticaban era el incumplimiento del pacto entre el intermediario político y la clientela, que se violara el principio de reciprocidad de votos por bienes públicos. No reclamaban un cambio en el modelo económico de la agroindustria tabacalera, pedían más bien que se respetaran las reglas del juego, que se pagara el peso del tabaco

sin recurrir a las argucias de la alteración de la báscula para apropiarse fraudulentamente de parte de la producción de los campesinos.

Este último rasgo es particularmente persistente en el recuerdo de los saladeros y proyecta como legado de los ausentes la exigibilidad de derechos cuando han sido vulnerados y la legitimidad del reclamo. Lo que todos reconocen de los líderes y personas importantes elegidos es que le enseñaron a los saladeros que los derechos no son favores, que el reclamo no es subversivo y que la arbitrariedad tiene límites aún dentro de un orden social desigual y excluyente.

- d. La mayoría de los individuos elegidos comparte como rasgo común un origen social humilde, lo que significa que se reconoce como importante a alguien no por su posición socioeconómica en sí misma, sino por sus acciones enmarcadas en los principios de servir a otros, propender por el bienestar colectivo y levantar su voz contra la injusticia. Incluso quienes comparten una posición económica privilegiada son reconocidos por su capacidad para trascender su zona de comodidad y ponerse al servicio de otros, aún si eso les implicaba convertirse en disidentes de su status social, como en el caso de Pedro Eloy Cohen y Vicente Duarte.
- e. Tres de los cinco líderes y personas importantes fueron asesinados, mientras que los dos restantes fallecieron por causas naturales. Esto significa que la memoria colectiva de los saladeros pone el acento en las pérdidas provocadas por la violencia y su conversión en hitos históricos. Dichas pérdidas se inscriben en momentos críticos para la historia local como la masacre del 23 de marzo de 1997 (Álvaro Pérez Ponce), punto de inflexión en el recrudescimiento del conflicto armado, o la coyuntura más desestabilizadora para la sostenibilidad del proceso de retorno con el asesinato de María Cabrera el

7 de agosto de 2003 y las detenciones masivas por parte de la fuerza pública sucedidas entre 2003 y 2006. O el asesinato de Pedro Eloy Cohen cuando el abigeato campeaba desde mediados de los años setenta y a lo largo de los años ochenta. Si bien Agustín Redondo murió por causas naturales, su vida estuvo signada por la persecución, la estigmatización y la segregación que derivaron de sus reivindicaciones políticas y sociales. Este sino trágico de los elegidos confiere sentido a la medida de reparación en tanto que resalta las pérdidas provocadas por la violencia y reclama la dignificación y el reconocimiento de los liderazgos comunitarios.

- f. La mayoría de los personajes ocuparon cargos públicos o directivos dentro de una organización, siendo presidentes de la Junta de Acción Comunal, el comité de la ANUC o la inspección de policía, con excepción de Pedro Eloy Cohen. Sin embargo, ni el cargo ni la permanencia son los que determinan el reconocimiento del liderazgo o la importancia de una persona, más bien prevalecen los logros, el estilo o las mentalidades que orientan la gestión. Un caso paradigmático de la baja relevancia que tiene un cargo en la nominación es María Cabrera, quien no deriva su reconocimiento de haber sido inspectora de policía, sino de su gestión como promotora de salud.
- g. Algunos líderes o personas importantes tienen la particularidad de proyectar en su historia individual un proceso colectivo que involucra a otros. El caso más representativo es el de Agustín Redondo y su ascendencia sobre el proceso de la ANUC en El Salado. Contar su historia conduce irremediablemente a un proceso colectivo en el que se entrelazan nuevos personajes como Alida Torres, Elías Márquez, Abel Montes, Julio Ponce, Josefa Álvarez y Pura Chamorro. En este punto debe resaltarse el peso que tiene la ANUC en la

memoria colectiva, lo que se revela tanto en la nominación de Agustín Redondo como en la postulación de Alida Torres, Elías Márquez y Abel Montes en la mitad de los grupos focales.

- h. Vale la pena destacar que los personajes están profundamente relacionados, muchos de ellos interactuaron entre sí y coincidieron en el tiempo, pese a que sus momentos históricos fueron distintos. De hecho, algunos líderes y personas importantes fueron formados e influenciados por otros y se convirtieron en relevos generacionales en el liderazgo comunitario. Es el caso de Álvaro Pérez Ponce que fue formado bajo la influencia de Agustín Redondo.

A esto se suma que la mayoría de los personajes tienen la particularidad de ser reconocidos en distintos ámbitos de la vida comunitaria, pese a que puedan ser más relevantes en uno u otro campo. Hay en los relatos una exaltación de la personalidad y el estilo de vida de cada individuo, de su vida como ejemplo, que en muchos casos proyectan rasgos profundamente arraigados en la identidad colectiva del saladero, es el ser colectivo que se condensa en el individuo.

En suma, cada personaje es la proyección de la historia y la identidad de un pueblo que es, que debe su permanencia a la resistencia y el coraje de quienes afrontaron los efectos devastadores del conflicto armado para evitar el trágico destino del Macondo de *Cien Años de Soledad* al que había sido condenado El Salado cuando el éxodo de 2000 “dejó a la tierra sin hombres y a los hombres sin tierra”.

REFERENCIAS

- Madero Jurado, Maristella, (2010), *Casas políticas y redes clientelaras en Cartagena*, Tesis de Maestría, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales-Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Ramírez, María Teresa y Tellez, Juana Patricia, (2006), *La educación primaria y secundaria en Colombia en el siglo XX*, Documento del Banco de la República, disponible en: <http://www.banrep.gov.co/docum/ftp/borra379.pdf>

BIBLIOGRAFÍA

- Centro de Investigaciones Económicas del Caribe Colombiano, (1999), “Tabaco del Carmen: producción y exportación de tabaco de los Montes de María, 1848-1893”, en: *Cuadernos de historia económica y empresarial No 3*, Banco de la República, Cartagena.
- Defensoría del Pueblo, (2002, noviembre), *Resolución Defensorial No. 008, Sobre el Proceso de Retorno de la Población Desplazada del Corregimiento El Salado-Bolívar*, Bogotá.
- Grupo de Memoria Histórica, (2009), *La masacre de El Salado. Esa guerra no era nuestra*, Editorial Taurus y Fundación Semana, Bogotá.
- _____ (2010), *La tierra en disputa. Memorias del despojo y resistencias campesinas en la Costa Caribe 1960-2010*, Editorial Taurus y Fundación Semana, Bogotá.
- Jiménez Ahumada, Rosa (2002), “Desarrollo y paz en los Montes de María. Una propuesta desde la región”, en: *Dimensiones Territoriales de la Guerra y la Paz*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Montes Yepes, Nicolás, (1997), *Historia de un pueblo fantasma: Corregimiento El Salado, El Carmen de Bolívar*, III Concurso de Historia Local del departamento de Bolívar, Editorial Lealon, Medellín.
- Sastoque, Edna Carolina (2011), “Tabaco, quina y añil en el siglo XIX: Bonazas efímeras” en: *Credencial Historia No 255*, Banco de la República, Bogotá.
- Ortiz, Carlos Miguel, (2001), “Actores armados, territorios y poblaciones”, en: *Análisis Político*, No. 42, Bogotá, enero-abril de 2001.

Zamosc, León, (1987), *La Cuestión Agraria y el Movimiento Campesino en Colombia: Luchas de la asociación de usuarios campesinos ANUC, 1967-1981*, CINEP-UNRISD, Bogotá.

El Salado era un pueblo condenado a desaparecer. Los actores del conflicto armado hicieron todo lo posible para arrasar con este pueblo enclavado en la región de los Montes de María. No les bastó con perpetrar dos masacres seguidas de desplazamientos forzados que provocaron su abandono. No les fue suficiente amenazar a las personas que retornaron con bombardear su pueblo con cilindros de gas si no lo abandonaban. Exterminaron y estigmatizaron a los liderazgos comunitarios para doblegar la voluntad de saladeros llenos de coraje y valentía que se resistieron a que su pueblo desapareciera, aún si ello implicaba sacrificar su propia vida.

Este libro biográfico de líderes y personas importantes en la historia de El Salado es una medida de reparación colectiva que busca reivindicar los liderazgos comunitarios afectados por el accionar de los actores armados, pero también reconocer las huellas de los ausentes presentes en cada parte de su pueblo. Resistirse a que su pueblo desapareciera era negarse a olvidar el legado de aquellos hombres y mujeres que sacrificaron sus vidas por construir una comunidad, un territorio y un proyecto colectivo.

Pedro Eloy Cohen, Agustín Redondo, Álvaro Pérez Ponce, Gustavo Rendondo, María Cabrera y los tabacaleros representan ese pasado trágico pero también resistente y emprendedor de los saladeros y saladeras. Cada uno de ellos, seres humanos, con virtudes, defectos y vacilaciones, se volvieron extraordinarios en medio de la adversidad para transformar la vida de su poblado, sus condiciones de vida, sus formas de pensar, pero siempre exaltando la dignidad. Se busca en el pasado lo que se reclama para el presente: un liderazgo inspirado en el servir a otros, en la búsqueda del bienestar colectivo y en levantar la voz contra las injusticias.

El Salado aún no es lo que en su pasado próspero fue, pero mientras siga siendo, mientras sea presente, todo será posible en el futuro.

DISTRIBUCIÓN
GRATUITA

ISBN: 978-958-59068-9-1



Centro Nacional
de Memoria Histórica



DPS Departamento
para la Prosperidad
Social



**TODOS POR UN
NUEVO PAÍS**
PAZ EQUIDAD EDUCACIÓN